
DEL AUTOR BESTSELLER INTERNACIONAL
RICK MOFINA
HACIA EL FUEGO
UN THRILLER DE RAY WYATT
JENTAS

HACIA EL FUEGO

Rick Mofina
Hacia el fuego
Título original: Into the Fire
Copyright © Rick Mofina, 2022. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Ana Castillo, © Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1426-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in 2022 by Lorella Belli Literary Agency and Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A.

Este libro es para Donna Carrick.

Regiones de dolor, sombras lúgubres donde la paz
y el descanso nunca pueden habitar, donde nunca llega la esperanza

que a todos llega.
¿Qué importa que el campo esté perdido?
No todo está perdido; la voluntad inconquistable
y el estudio de venganza, el odio inmortal
y el valor para no someterse ni ceder jamás.
John Milton, «El paraíso perdido»

CAPÍTULO 1

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

Había algo entre los árboles.

Jessica Young se concentró en la zona que tenía delante, a la derecha, pero era difícil ver a través de la densidad del bosque. Por un segundo, estuvo segura de haber visto una mancha de color en la distancia.

Se fijó de nuevo en la zona.

Nada.

"Es solo mi imaginación. O un truco de la luz».

Se encogió de hombros y siguió caminando.

"Además, Cody dice que casi nadie conoce este apartado rincón de las montañas. Ni siquiera aparece en la mayoría de los mapas».

Al contemplar los rayos del sol que se colaban entre las copas de los árboles, Jessica se colocó mejor la mochila, aliviando el dolor de hombros. Agarrando las correas, miró a Cody Marshall, unos pasos por detrás de ella.

—¿Tienes problemas para mantener el ritmo, cariño? —dijo Jessica —. ¿Este sendero es demasiado complicado para mi duro marine?

Jessica sabía de sobra que él podría hacer aquel camino en la mitad de tiempo y llevándola a ella. Pero a Cody le encantaban sus bromas y respondía con su tímida y confiada sonrisa de lado, que siempre la conmovía.

—Hago lo que puedo, Jess.

—Mejor que sigas así, amigo.

Fue idea de Cody salir de Filadelfia con ella para hacer lo que él llamaba «lo del río de dos corazones de Hemingway» en las montañas. Había sido su cuento favorito en la escuela. Cuando Cody era niño, su padre lo llevaba de pesca a esa zona aislada y acampaban durante días. Jessica comprendió que Cody necesitaba hacer ese camino desde que había regresado de su misión en Afganistán hacía tres meses.

Desde que volvió a casa, había estado callado, sin hablar mucho de su estancia allí. En lugar de eso, habló de empezar su nuevo trabajo en una empresa de seguridad y quizá convertirse en policía. Él le dedicaba esa sonrisa cada vez que hablaba de sus planes de casarse después de que ella obtuviera su título de enfermera. Entonces esa sonrisa se desvanecía, y ella sabía que era porque le venía a la mente Afganistán. Se dio cuenta de que Cody necesitaba ir a aquellas montañas para curarse.

—¿Quieres descansar y comer temprano? —Señaló con la cabeza una roca plana junto a un arroyo.

Como Cody no contestó, se giró hacia él.

Se había detenido en seco y miraba fijamente los árboles que tenía delante, a la derecha.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Me ha parecido ver algo.

—A mí también, pero no estaba segura.

—No te muevas. —Cody se tocó los labios con el índice—. Escucha.

Ambos miraron al frente.

Nada.

Esperaron.

Entonces, a lo lejos, a poca altura del suelo, en lo más profundo del bosque oscuro y espeso, apareció un destello amarillo.

—¡Hola! —exclamó Cody.

Como respuesta, solo oyeron el canto de los pájaros y una brisa, que llevaba un dulce y limpio aroma a pino y acariciaba con

suavidad los árboles que los rodeaban. En algún lugar cercano, oyeron un aleteo. Después, el lejano y débil chasquido de una rama. Cody se quitó la mochila, sacó los prismáticos y se los acercó a los ojos.

—¡Jesús! —dijo—. ¡No puedo creerlo!

—¿Qué pasa?

—¡Es un niño, un niño pequeño! —Le pasó los prismáticos.

Cuando Jessica los ajustó, apareció la imagen borrosa de un niño.

—¡Parece un niño pequeño! ¡Qué demonios! ¡No hemos visto a nadie en tres días! ¿Qué hace aquí solo?

—Vamos a comprobarlo.

La maleza crepitaba y las ramas se les enganchaban y tiraban de ellos mientras avanzaban rápidamente hacia el niño. Lo alcanzaron en un claro, donde había un pequeño prado.

—¡Eh, chico! —lo llamó Cody.

El niño siguió caminando, como si no hubiera oído nada.

Cody y Jessica corrieron hacia él. El niño se detuvo y ellos se arrodillaron delante de él. Parecía tener unos seis o siete años. Llevaba puesto un pijama: una camiseta amarilla de manga corta con el famoso dibujo del monstruo del sueño, y unos pantalones largos a rayas.

—¿Hola? —Cody miró alrededor—. ¿Dónde están tu mamá y tu papá?

El niño no respondió.

—¿De dónde vienes? ¿Estás con alguien? ¿Dónde está tu campamento?

No los miró ni reaccionó de ninguna manera. Tenía los ojos muy abiertos y no miraba a nada mientras Jessica evaluaba su estado. Estaba temblando.

—Dios mío, cariño...

El niño tenía la cara, el cuello, los brazos y las manos raspados e hinchados por las picaduras de insectos. Su camiseta estaba llena de rasgaduras y salpicada de manchas de sangre. Tenía los pies descalzos, con heridas y cubiertos de laceraciones y mordeduras. Se

dio cuenta de que su mano derecha agarraba algo; con una suave insistencia, se la abrió y descubrió una diminuta figura de juguete de un astronauta.

Jessica estudió sus ojos y comprobó su pulso.

—Está en *shock*, Cody.

Mientras ella buscaba en la mochila el botiquín de primeros auxilios, Cody puso su saco de dormir en el suelo y sentó al niño de modo que Jessica pudiera atenderlo, limpiarle los cortes y vendarle donde pudiera. Cody le hizo beber agua de su cantimplora y comer algunos trozos de manzana y uvas. Jessica lo envolvió en su sudadera y le puso unos calcetines de lana en los pies vendados.

—Debe llevar solo aquí toda la noche —dijo Cody.

—¿Cómo te llamas, cariño? —le preguntó Jessica al pequeño.

Masticando, el chico miraba al frente sin hablar.

—Es como si no te oyera —dijo Cody, que examinó la figurita del astronauta antes de volver a colocarla en la mano del chico—. ¿Qué hace aquí solo? ¿Tal vez se alejó del campamento de sus padres por la noche?

—No lo sé. Ha pasado por algún tipo de trauma. Tenemos que llevarlo a un hospital.

Cody consideró la situación.

—En el mejor de los casos, tardaríamos un día en volver al inicio del sendero y a nuestro coche. Y eso usando el camino más rápido que conozco, con unos cuantos atajos por un terreno complicado.

—Ya...

—Pero creo que deberíamos ir por ahí, por donde vino el niño.

—¿Por qué?

—Podría haber más personas que necesiten ayuda. Tenemos que averiguar qué ha pasado.

CAPÍTULO 2

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

Mientras se ponían en marcha, Cody llevaba al niño, que se había quedado dormido, colgado del hombro.

Cody sabía que se la estaban jugando al intentar volver sobre sus pasos.

Allí no había cobertura para móviles ni GPS. Nada garantizaba que Cody hubiera elegido el camino que el chico había tomado.

Aquello requeriría todas las habilidades de rastreo de Cody, pero Jessica confiaba en sus instintos.

Cody también tenía una buena brújula y buenos mapas, incluidos unos viejos que había heredado de su padre. Y podía recurrir a su formación y experiencia como soldado.

Conocía su ubicación aproximada y el área que habían recorrido. Tenía una idea general del camino por el que podría haber ido el chico. De vez en cuando, Cody encontraba una pequeña huella de pie en el barro, una rama rota o maleza doblada, lo que confirmaba que iban en la dirección correcta.

Afortunadamente, gran parte del terreno era llano. Atravesaron zonas musgosas y algunas rocas resbaladizas mientras avanzaban con paso firme a través de espesos bosques.

Al cabo de una hora, Cody consultó su rastreador y vio que habían recorrido casi tres kilómetros. Llegaron a una colina con vistas a un pequeño claro y a una cabaña con un todoterreno aparcado delante.

A través de los árboles, vieron la terraza de la cabaña y un jardín con cuatro sillas alrededor de una hoguera. Un sendero serpenteaba desde la cabaña hasta un retrete exterior, mientras que otro conducía a un lago.

—Tiene que ser aquí. —Cody dejó al niño en el suelo y se quitó la mochila.

El chico tardó un momento en darse cuenta de dónde estaba. Entonces, al divisar la cabaña, se inquietó, tuvo miedo. Rodeó las piernas de Jessica con los brazos, lanzándole una mirada de preocupación.

—Me quedaré aquí con él —dijo—. Baja y echa un vistazo.

—Voy...

—¿Cody? —Jessica le agarró la mano y se la estrechó con fuerza durante un momento.

Él la miró.

Jessica señaló con la cabeza al chico.

—Algo le ha aterrorizado. Ten cuidado.

—Lo haré. —Cody le besó la mejilla.

Bajó por la pendiente y se acercó primero al todoterreno. Echó un vistazo al interior. Vacío.

Fue a la cabaña. Los tablones del porche gimieron al pisarlos y acercarse a la puerta principal. La puerta exterior, hecha de troncos tallados, estaba abierta de par en par. Se sujetaba con un gancho a la pared de la cabaña, dejando una puerta mosquitera más ligera.

Dada la sombra y el ángulo de la luz, la mosquitera parecía negra y no permitía ver el interior.

Cody golpeó el marco de la puerta.

—¿Hola? —llamó en voz alta.

Le respondió el silencio.

Volvió a llamar con más fuerza.

—¿Hay alguien en casa?

Cody esperó diez segundos, luego treinta; volviendo a mirar hacia el todoterreno, escuchó el piar de los pájaros y el tamborileo entrecortado de un pájaro carpintero lejano antes de coger la

manilla. La puerta mosquitera crujió cuando la abrió y entró.

Parpadeó mientras sus ojos se adaptaban a la luz, absorbiendo la completa quietud. No sabía qué esperar, pero, en caso de necesidad, podía desenvainar rápidamente el cuchillo de combate que llevaba atado al cinturón.

Se humedeció los labios y escudriñó el interior.

El aire olía a madera y a algo podrido, como a comida en mal estado.

A su izquierda había una encimera cubierta de latas de refresco vacías, botellas de agua, bolsas de galletas a medio comer, plátanos maduros, mantequilla de cacahuete y mermelada. Los platos sucios esperaban en el fregadero, que tenía una vieja bomba manual de agua. A la izquierda había una estufa y un horno de leña de hierro fundido que parecían haber sobrevivido más de un siglo.

Junto al mostrador había sillas y una mesita, de alrededor de 1950, con un mantel de vinilo a cuadros rojos y blancos. Sobre la mesa, unos saleros y pimenteros de una pareja de recién casados, bastante horteras, traídos de las cataratas del Niágara, vigilaban unos paquetes abiertos de tartaletas y un pastel, sobre los que zumbaban las moscas.

La cocina daba a un gran salón con puerta trasera. En las paredes colgaban cuadros de pinturas por números, con escenas de gente pescando y acampando. En el suelo, entre los sofás, Cody vio varias figuritas de juguete del estilo del astronauta que el niño sujetaba en la mano.

Dos puertas cerradas se alineaban en la pared de la izquierda.

Tenían que ser dormitorios.

Cody abrió la primera puerta y encontró dos camas individuales, pulcramente hechas, como si nadie hubiera dormido en ellas. En el suelo, una pequeña mochila estaba volcada, con ropa, libros y juguetes. Leyó la etiqueta de identificación que colgaba de ella: Ethan Nelson, 106 Carter Street, Yonkers, NY.

El niño tenía que ser Ethan.

La ventana, con una mosquitera para dejar entrar la brisa, estaba

abierta.

Las tablas del suelo crujieron cuando Cody se acercó a la puerta de al lado. Alargó la mano hacia la manilla, pero dudó. Un zumbido bajo venía del otro lado. Cody estaba familiarizado con ese sonido por su tiempo en Afganistán. Tomó aire y mantuvo una mano en el cuchillo mientras entraba.

Su primer pensamiento fue: «¿Quién ha salpicado pintura en la pared?».

Amontonados entre las sábanas de la gran cama había dos cuerpos cubiertos de sangre, que empapaba el colchón y el suelo. Las salpicaduras cubrían las paredes, la cómoda, el equipaje, todo.

La respiración de Cody se aceleró.

Había sido testigo de terribles escenas de muerte en Afganistán, pero, por muchas veces que viera cadáveres, nunca se le hacía más fácil.

Preparándose, Cody rodeó la cama para ver los rostros de las víctimas.

Fue entonces cuando el zumbido se hizo más fuerte.

CAPÍTULO 3

De camino a Saranac Lake, Nueva York

—Dos muertes sospechosas en una cabaña en el camino Starving Wolf. Esto es realmente malo.

Ray Wyatt, un periodista veterano, escuchaba a su interlocutor mientras contemplaba el horizonte de Manhattan desde la redacción del piso veinte de *First Press Alliance*. La agencia mundial de noticias tenía su sede en el centro, a pocas manzanas del Madison Square Garden y Penn Station.

—¿Así que la escena está cerca de Saranac Lake? —Wyatt se llevó el teléfono a la oreja mientras tomaba notas.

—Sí, pero la zona no es de fácil acceso —dijo la fuente de Wyatt, un policía al que había conocido mientras trabajaba en la historia de una fuga de prisión el año anterior.

Wyatt realizó una serie de llamadas rápidas a la policía del norte del estado mientras revisaba las agencias de noticias regionales y las redes sociales. Aún no se había publicado nada, pero era cuestión de tiempo. Fue a la oficina de Lou Talbott, su editor. Con los recortes de personal en la redacción y los ajustados presupuestos de los últimos años, las arrugas en la cara de Talbott se habían acentuado.

Tras escuchar a Wyatt, Talbott, que rara vez sonreía, se golpeó los dientes con la patilla de sus gafas. Hizo un par de llamadas antes de tomar una decisión.

—Me van a echar una buena bronca por esto, pero quiero que vayas allí ahora y empieces a enviarnos información —dijo Talbott, de pie junto al escritorio de Wyatt—. Coge un taxi hasta Teterboro.

New York 103TV tiene un chárter que va a Saranac y se irá sin ti si no estás allí en una hora. Te he conseguido un asiento. Compartiremos los gastos del vuelo. Te reservaremos un coche de alquiler allí.

Ahora, mientras Wyatt observaba los edificios pasar a través de la ventanilla, se sintió aliviado de que el taxi fuera a buen ritmo y se alegró de tener siempre una bolsa preparada bajo su escritorio. Había hecho una llamada rápida a un amigo para que cuidara de su perra, Molly.

El taxi cruzó el túnel Lincoln, atravesó Nueva Jersey, pasó por Meadowlands, junto al estadio y el hipódromo, y llegó a la terminal de vuelos chárter del aeropuerto de Teterboro en cuarenta y cinco minutos. Tras pagar al conductor, Wyatt se echó la bolsa al hombro y entró en la sala de preembarque de la terminal.

Una rubia levantó la vista de su teléfono para saludarlo.

—¿Eres Ray Wyatt, de *First Alliance*?

—Sí, hola. —Mientras se daban la mano, detectó un toque de perfume.

—Roxanne Rowe, de *103TV.* —Le dedicó una sonrisa radiante y señaló la ventana con la cabeza. En la pista, Wyatt vio a un hombre barbudo y de pelo desgreñado, con camiseta y vaqueros, que cargaba bolsas y material de televisión en un bimotor Cessna—. Ese es Kurt Sharp, el operador de cámara. Tu editor ha enviado tu acreditación por correo electrónico. Todavía tienes que enseñarles tu carné o algo así, Ray, y tienen que inspeccionar tu equipo. Aparte de eso, está casi todo listo. ¿Preparado?

—Sí.

Poco después de que el avión, un acogedor seis plazas, despegara y se dirigiera hacia el norte, la imponente extensión urbana del noreste de Nueva Jersey y de la gran ciudad de Nueva York dio paso a ríos y colinas onduladas. Kurt se tapó los ojos con la gorra de béisbol para dormir un poco mientras Roxanne, que había estado tomando notas en un pequeño bloc, le daba un codazo a Wyatt.

—¿Qué has oído sobre esta historia, Ray?

Siempre cauteloso, Wyatt se encogió de hombros.

—No mucho. ¿Y tú?

—Que es un doble homicidio. Aún no hay nombres, pero probablemente sean un padre y una madre. Dos excursionistas encontraron a su hijo vagando solo por el bosque.

—Yo también he oído algo parecido.

—Y hay algo más.

—¿El qué?

—No lo sé. Algo inquietante.

—Ah, ¿sí? —Ray había aprendido a no enseñar sus cartas a ningún competidor, a menos que estuviera negociando algo, y ese no era el caso—. ¿Tienes idea de qué puede ser?

Ella negó con la cabeza y volvió a concentrarse en sus notas.

Wyatt miró a través de las nubes y calculó que estaban sobrevolando los Catskills. Mientras observaba las ondulantes colinas verdes que se extendían bajo sus pies, reflexionó sobre su vida.

"¿Qué ha pasado? ¿Cómo he acabado aquí?».

***

Un día, cuando era niño y montaba en bicicleta, se encontró con una escena dramática a pocas manzanas de su casa, en Queens. Coches de policía, con las luces encendidas. Cinta amarilla bloqueando la calle. Una multitud reunida frente a una casa. Los equipos de televisión, con sus cámaras y luces brillantes. Periodistas hablando con policías, luego con residentes. Fotógrafos haciendo fotos.

Wyatt tiró de la manga de un tipo que mascaba chicle y llevaba un cuaderno.

—¿Qué está pasando?

—Han asesinado a dos personas.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi trabajo saberlo, chico. Léelo en el periódico de mañana. —El tipo le dio a Wyatt su tarjeta de visita: Stan Martinex, del *Daily News*.

Al día siguiente, Wyatt fue hasta Canelli's Corner Store y compró

todos los periódicos. Encontrar el artículo de Martinex ahí mismo, con fotos, fue impactante. En él leyó que un amante celoso, que era vecino de la pareja, había asesinado a un matrimonio. Fue una tragedia, pero para Wyatt fue algo más. Observar la forma en que Martinex había hablado con los policías, con los testigos, tomando notas, y que luego le dijera: «Es mi trabajo saberlo» había despertado un deseo en Wyatt.

En ese momento supo que quería ser periodista, como Martinex. Quería trabajar para una gran agencia de noticias, con millones de personas leyendo sus artículos cada día.

Pero su padre, Blaine Wyatt —un camionero con trabajos intermitentes que bebía y estaba tan amargado con la vida que podía iniciar una pelea en una habitación vacía—, le dijo que se olvidara de eso.

—Harías bien en bajar de las nubes y buscarte un trabajo de verdad, porque no puedo pagarte ninguna maldita universidad.

Pero la madre de Wyatt, que trabajaba en una panadería local y siempre llegaba a casa oliendo a pan recién hecho, se llevó a Wyatt aparte.

—No te preocupes, Ray, cariño. Donde hay voluntad, hay un camino.

Wyatt se negó a renunciar a su sueño.

Se dio cuenta de que nunca podría asistir a una universidad de renombre como Columbia o NYU. Así que, después del instituto, se fue de casa. Compartía piso con un amigo y hacía lo que podía para sobrevivir.

Trabajó en turnos brutales en cadenas de montaje de fábricas antes de conseguir un empleo a tiempo completo conduciendo una carretilla elevadora en un almacén cerca del aeropuerto internacional JFK. Pasaba los descansos y la hora de la comida leyendo clásicos de la literatura y estudiando la vida de escritores que habían trabajado como periodistas.

Durante ese tiempo, ahorró lo suficiente para matricularse en un instituto técnico, donde estudió Periodismo. Mientras estudiaba,

trabajó a tiempo parcial como reportero para un semanario de Queens. También vendía artículos independientes donde podía.

Wyatt conoció a policías y vendió al *New York Daily News* un reportaje independiente sobre una banda de ladrones de coches. El día que se graduó, el editor que le había comprado el artículo le ofreció un trabajo a tiempo completo como periodista en plantilla en el *News*. Su padre había muerto el año anterior. Su madre murió un año después, pero él se alegró de que viviera para verlo triunfar como periodista.

Durante su estancia en el *News*, Wyatt conoció a Lisa Sullivan, una periodista que, como él, era una fan incondicional de Springsteen. En su tercera cita fueron a un concierto en el Madison Square Garden. Después de eso, se enamoraron. Un año después, se casaron. Durante esa época, Wyatt obtuvo su primera nominación al Pulitzer por sus reportajes sobre los tiroteos en el metro. Eso lo llevó a trabajar en *First Press Alliance*.

Poco después, Lisa se quedó embarazada y tuvieron a Danny.

Ray nunca olvidaría el día en que nació su hijo. Estaba en el hospital con Lisa, que casi le rompe la mano de tanto apretarla. Él cortó el cordón, llorando con Lisa ante la maravilla de su hermoso bebé. Al coger en brazos a Danny, Ray sintió como si caminara sobre el aire.

Poco después, obtuvo su segunda nominación al Pulitzer por su reportaje sobre el accidente de un avión sudamericano.

Con el paso de los años, Ray valoraba cada vez más su vida con Lisa y Danny. Se sentía el hombre más afortunado del mundo. Fue entonces cuando planearon las vacaciones familiares de sus sueños a las Montañas Rocosas canadienses y al majestuoso Banff, en Alberta.

"Ahora, todas las personas de mi vida se han ido».

***

Apartando la mirada de las nubes, Wyatt sacó el móvil y pasó el dedo por las fotos de Lisa y Danny en el teleférico, ascendiendo la

montaña en Banff.

Sus rostros estaban llenos de alegría.

"Nos lo íbamos a pasar como nunca".

Su mente se llenó de recuerdos.

"El mejor momento de nuestras vidas".

Mientras los motores del avión zumbaban, Wyatt cerró los ojos y luchó para que no aparecieran las otras imágenes, los horrores que acabaron con todo.

CAPÍTULO 4

Saranac Lake, Nueva York

Poco más de una hora después, aterrizaron en el aeropuerto regional de Adirondack, a las afueras de Saranac Lake.

La escena del crimen estaba al menos a una hora en coche hacia el interior de la montaña, y Wyatt dejó claro a Roxanne y Kurt que iba a alquilar un coche y que se iría por su cuenta.

—Sin ánimo de ofender —les dijo—. Es trabajo. Prefiero ir a mi aire.

—No hay problema —dijo Kurt—. Nos parece bien, ¿verdad, Rox?

—Claro, no hay necesidad de estar atado a la agenda de otra persona. Nos vemos por allí. Te llamaremos a tu teléfono por satélite antes de marcharnos. ¿De acuerdo?— Roxanne le puso en la mano una tarjeta con su número—. Podría ser esta noche, mañana o pasado mañana, dependiendo de cómo vaya esto. Te avisaremos para que nos encontremos aquí. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Nos vemos.

Wyatt recogió su equipaje y se dirigió a otra agencia de alquiler, donde Talbott le había reservado un coche.

—Su empresa fue inteligente al llamar con antelación —dijo el agente de alquiler mientras tramitaba los papeles de su vehículo.

—¿Por qué lo dice? —Wyatt intentaba localizar el lugar en un enorme mapa mural de la zona que abarcaba el camino Starving Wolf. Tomó notas en un mapa más pequeño que llevaba en la mano. No se fiaba de que el GPS fuera preciso en esa parte tan remota del estado.

—Están viniendo muchos medios de comunicación a causa de los asesinatos en Starving Wolf. Hay bastante actividad en la zona, con controles de carreteras y helicópteros. Este es el último todoterreno que me quedaba. Lo va a necesitar; la carretera se vuelve escarpada en la última parte del camino.

Wyatt le dio las gracias, recogió la documentación y se subió al todoterreno. Tras ajustar el asiento y los retrovisores y consultar su mapa, arrancó.

Conducía por la carretera asfaltada que atravesaba los bosques y se encontraba a unos dieciséis kilómetros del aeropuerto cuando vio las luces de emergencia de un coche patrulla del sheriff del condado, que bloqueaba ambos carriles. Detuvo el todoterreno y un agente con gafas oscuras de aviador se acercó a su ventanilla.

—Buenas tardes. ¿De dónde viene y hacia dónde se dirige, señor?

—Vengo del aeropuerto. Acabo de llegar desde Manhattan. Soy periodista de *First Press Alliance* y me dirijo a la escena en el camino Starving Wolf.

—Permiso de conducir y documentación del vehículo.

Wyatt le entregó todo, incluida su acreditación de prensa.

—Es un coche de alquiler.

Cuando el ayudante del sheriff se fue a su coche para comprobar la documentación, Wyatt se dio cuenta de que había una cámara de vídeo sobre un trípode grabándolo todo antes de que el ayudante regresara.

—¿Da usted su permiso para que registre su vehículo, señor?

—Claro. —Wyatt salió y abrió las puertas y el maletero—. ¿Puede decirme qué está buscando?

—Está relacionado con el incidente en las montañas. —El ayudante del sheriff pasó la linterna por debajo de los asientos—. Es todo lo que puedo decirle.

Tras registrar el todoterreno y encontrarlo vacío, salvo por las bolsas de Wyatt —que también revisó—, el ayudante del sheriff le autorizó a continuar con unas palabras de despedida.

—Todavía le queda un buen tramo por recorrer, cerca de cuarenta

kilómetros, diría yo.

—¿Han pasado ya muchos periodistas por aquí?

—Una pareja de Plattsburgh y Potsdam. Escuche, habrá otros controles, y debe tener cuidado. El terreno se complica bastante en la última parte.

—Gracias.

Contento de que la carretera siguiera asfaltada, Wyatt recorrió otros veinticinco kilómetros. En ese punto, el asfalto dio paso a un camino de grava. Serpenteó a través de bosques con un agradable olor a madera durante unos tres kilómetros antes de llevar a Wyatt a una intersección y a otro control de carretera.

Lo vigilaba un policía estatal, que sometió a Wyatt al mismo procedimiento antes de permitirle continuar.

Las palabras de su fuente resonaron en su cabeza. «*Esto es realmente malo».*

No sabía lo que se iba a encontrar, pero agradeció que aún quedara mucha luz antes de la puesta de sol.

No tardó en llegar a Big Walt's General Store & Gas, un edificio de madera con jardineras rebosantes de flores. La tienda tenía un único surtidor de gasolina y un par de camionetas aparcadas en la entrada. En las ventanas, carteles pintados a mano anunciaban artículos de pesca, material para actividades al aire libre y comestibles.

Un *collie* gordo y somnoliento estaba tumbado en el porche.

Los tablones del porche crujieron y el perro enarcó las cejas cuando Wyatt se acercó a la puerta. Al entrar, unas campanillas sonaron en el dintel.

Un hombre corpulento de pelo blanco, barba poblada y tirantes estaba en el mostrador leyendo un periódico. Un cliente, que parecía rondar los setenta años, bebía café de una taza de cerámica.

—¿Necesita gasolina? —preguntó el hombre de la barba.

—No, gracias. Solo he venido a comprar un par de cosas.

La tienda olía a madera y un poco a pescado. Wyatt cogió una pequeña cesta de plástico, la llenó de comida y la acercó al

mostrador. Luego echó un vistazo a la zona de café.

—También un café grande para llevar. Solo.

—Creo que sé la respuesta, pero preguntaré de todos modos —dijo el hombre de la barba mientras registraba los artículos y los metía en una bolsa—. ¿Qué le trae por aquí?

De repente, las ventanas de la tienda vibraron al pasar un helicóptero por encima de ellos. Cuando el ruido cesó, Wyatt dijo:

—Soy periodista de *First Press Alliance,* de Manhattan.

—¿De Manhattan? No me diga.

—He venido a cubrir los asesinatos.

El hombre de la barba asintió.

—Lo que le ha ocurrido a esa familia en Starving Wolf ha sido todo un *shock* —dijo—. La última vez que vi a la madre, fue cuando vino a comprar malvaviscos.

—¿En serio? ¿Sabe algo de lo que ha sucedido?

El de la barba y el otro hombre, que había permanecido en silencio, intercambiaron una mirada. Este último bajó la vista al suelo antes de hablar.

—Es algo que te deja helado —afirma.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Wyatt.

El hombre se pasó una mano arrugada por la cara cubierta de una barba incipiente y miró por la ventana hacia el bosque.

—Me refiero a que nunca en la vida esperas algo así en un sitio como este. Esta es una zona tranquila. Starving Wolf está muy aislado, y esa cabaña está en el extremo oriental. La familia hizo algunas reformas, pero la construyeron los hombres que trabajaban en la tala de árboles hace un siglo. El camino forestal está cubierto de maleza, ahora es más bien un sendero, un poco difícil y pedregoso, pero se puede pasar. Es uno de los paisajes más bonitos que verá en su vida.

—Me lo imagino —dijo Wyatt—. Pero ¿qué ha sucedido? ¿Qué ha oído?

El anciano tragó saliva y se rascó la barbilla.

—No sé si debería decirlo. La policía ha pedido a la gente que no

hable de ello. —Se giró hacia el hombre de la barba—. ¿Qué te parece, Walt? ¿Debería contárselo?

—La gente se va a enterar tarde o temprano, Burt.

El anciano se rascó la barbilla, pensativo, y asintió.

—Sí, supongo que tienes razón. Tiene sentido, y ya que viene desde Manhattan...

Wyatt no dijo nada. Se limitó a esperar.

—Bueno —empezó el anciano—, verá, mi hijo es guía de caza. Conoce esta zona como la palma de su mano. Trabaja como voluntario en el equipo local de búsqueda y rescate. Ayudan al sheriff y a la policía estatal cuando los excursionistas se pierden, y cuando hay crímenes, buscan pruebas. Ya sabe, ese tipo de cosas.

—Entiendo —asintió Wyatt, animando al hombre a continuar.

—He hablado con él hace un rato y me ha dicho que es algo gordo. Hay muchos policías trabajando en ello, incluso el FBI.

—¿El FBI?

—Sí. Ha dicho que dos excursionistas encontraron a un niño pequeño solo, a unos pocos kilómetros de la cabaña, que los padres del niño habían sido asesinados y que eran de Yonkers.

—¿De Yonkers? No lo había oído.

Wyatt quería tomar notas, pero no quería interrumpir al anciano.

—Sí. Llevaron al niño al hospital.

—¿A dónde?

—A Saranac.

—Saranac. Vale.

El anciano se frotó la barbilla con fuerza.

—Pero esta es la peor parte.

—¿Cuál?

—A los padres los encontraron decapitados. Y las cabezas han desaparecido.

CAPÍTULO 5

Saranac Lake, Nueva York

Con una bata de hospital enorme, Ethan Nelson, un niño de seis años, estaba sentado en la cama, con la mirada perdida por la ventana.

El doctor Adam Hart usaba una pequeña linterna para examinarle los ojos.

«El horror que este niño debe haber presenciado es inimaginable», pensó la agente del FBI Jill McDade, observando al médico.

—Necesito interrogar al niño, doctor Hart —dijo McDade.

—Lo sé, pero no puedo predecir cuándo será posible. —El doctor Hart se metió la linterna en el bolsillo y actualizó el historial de Ethan —. Como le he dicho, muestra signos de trastorno de conversión.

—¿Trastorno de conversión? —repitió McDade.

—Síntomas del sistema nervioso que no pueden atribuirse a una enfermedad neurológica ni a una lesión física, sino, en su caso, a un importante acontecimiento traumático.

—¿Y el resultado es su silencio? —preguntó McDade.

—Bueno, el trastorno puede afectar al movimiento muscular o a los sentidos, como la capacidad de andar, ver, oír o tragar. En el caso de este niño, ha afectado claramente a su capacidad para hablar.

—¿Así que está en *shock*? —preguntó McDade.

—Sí. También tiene algo de hipotermia y está deshidratado, además de lidiar con el impacto de la exposición, laceraciones en pies, brazos y cara, y picaduras de insectos.

—Pero ¿cuándo hablará?

—En realidad, es difícil de decir.

—Eso no nos ayuda.

—Puede quedarse aquí si quiere —le ofreció el doctor Hart—, pero podrían ser horas, días o incluso semanas. Habrá una enfermera en esta habitación en todo momento. —El médico hizo un gesto a la enfermera que revisaba el suero de Ethan—. Tenemos su número. La avisaremos, agente McDade.

***

Fuera, en el pasillo, McDade se apoyó contra la pared, respirando el aire con olor a desinfectante. El tiempo corría en su contra. Hasta ahora, no tenía nada que se acercara siquiera a una posible pista.

Tenía dos adultos fallecidos: Phil Nelson, de treinta y ocho años, y Margaret Nelson, de treinta y siete, residentes de Yonkers, Nueva York. Ambos habían sido víctimas de homicidio. Cerró los ojos un momento, reflexionando sobre un dato clave que no se había hecho público.

"Ambos han sido decapitados, y no encontramos las cabezas».

Su hijo Ethan, de seis años, ahora huérfano, era el único testigo potencial. Pero, sumado a su estado tras haber vagado por un terreno denso y escarpado, estaba tan traumatizado por lo ocurrido que no podía hablar.

"¿Quién ha asesinado a sus padres? ¿Qué ha pasado allí, en la cabaña?».

Por un momento, McDade y otros investigadores llegaron a considerar la remota posibilidad de que Ethan hubiera matado a sus padres. Pero la investigación preliminar determinó que la única sangre en su cuerpo y en su ropa era la suya. Y, dada su edad, su tamaño y la fuerza necesaria para llevar a cabo esos asesinatos, lo descartaron.

"No, Ethan no es sospechoso. Es mi único testigo vivo».

Jessica Young y Cody Marshall, los dos excursionistas de Filadelfia que lo habían encontrado y que siguieron su rastro hasta la cabaña,

no pudieron pedir ayuda: la cobertura de sus teléfonos era mala. Así que utilizaron el vehículo de los Nelson para llevar a Ethan al hospital y denunciar el incidente a la policía de Saranac, poniendo en marcha la investigación.

McDade revisó sus notas en el móvil. Las entrevistas en Saranac con los excursionistas —Marshall, exmilitar, y Young, estudiante de Enfermería— y la comprobación de sus antecedentes habían demostrado hasta ahora que sus declaraciones concordaban con las pruebas y el marco temporal, lo que disminuía la posibilidad de que fueran sospechosos. Aun así, McDade no los descartaba.

Se les había pedido que no hablaran con los medios de comunicación.

El Equipo de Análisis de Evidencias había empezado a procesar la escena. Hasta el momento, no habían encontrado el arma del crimen. Habían dividido la zona en cuadrículas, y las unidades caninas y los equipos de búsqueda habían empezado a recorrerla sección por sección, con apoyo aéreo.

Estaban organizando el despliegue de buzos para comenzar a buscar en el lago.

Habían establecido controles en las carreteras, pero McDade sabía que podría ser demasiado tarde.

"¿Por qué faltan las cabezas? ¿Fue algún tipo de ritual? ¿O querían que lo pareciera? ¿Por qué eligieron a esa pareja como objetivo? ¿Y cómo logró sobrevivir Ethan?».

Los Nelson habían sido identificados de forma preliminar por sus carnés de identidad, encontrados en el lugar de los hechos, y luego se había corroborado con sus huellas dactilares. Años atrás, ambos habían tenido empleos que requerían el registro de huellas. Phil había trabajado en una empresa de mensajería y Margaret, en el Servicio Postal de Estados Unidos.

McDade procedió entonces a notificárselo a los familiares más cercanos, una tarea horrible que odiaba hacer por teléfono. Utilizando la información encontrada en el bolso de Margaret Nelson, McDade llamó al número de la casa de la hermana de Margaret, que

vivía en Siracusa, Nueva York. Sí, podría haber hecho que la policía de Siracusa se lo notificase en persona, pero quería hacerlo ella; la mantenía más cerca de la investigación.

No hubo respuesta, así que dejó un mensaje de voz, pidiendo a la mujer que la llamase de inmediato.

De eso hacía más de una hora.

Echó un vistazo a su teléfono en busca de mensajes, pensando en que hacía mucho tiempo que no era la agente principal en un caso importante. Tenía treinta y cinco años y llevaba más de una década en el FBI. Había trabajado en Denver y luego en Los Ángeles, antes de trasladarse a Nueva York. Durante la mayor parte de su carrera, había trabajado en la oficina del FBI en el Bajo Manhattan.

McDade había sido considerada una estrella en ascenso hasta el día en que murió su marido.

Tim.

Miró su foto en el móvil.

Qué dolorosos habían sido para ella los primeros meses tras su muerte. Había vivido en agonía, soñando con él, buscándolo, despertándose sola en su cama. Algunos días no sabía cómo seguir adelante. Se limitaba a pasar por la vida sin él.

Con el transcurso de los meses, fue empujando su ropa poco a poco hacia el lado vacío del armario. Dios, cuánto lo echaba de menos. Había días en casa en los que se ponía sus viejas camisas, las que había guardado, y se deleitaba en cómo aún conservaban su aroma, sintiéndolo a su alrededor.

Tim había sido detective de la policía de Nueva York.

Fuera de sus trabajos, eran dos personas solitarias y tímidas que se habían conocido hacía una eternidad, o al menos eso le parecía a ella. La primera vez que coincidieron fue durante una operación conjunta que frustró la detonación de una bomba de doscientos kilos en una torre de oficinas en el centro de Manhattan. La policía detuvo a un hombre que había trabajado allí, pero que había sido despedido por presunto robo a su empresa.

Como uno de los investigadores principales, Tim había hecho un

excelente trabajo en el caso. McDade quedó impresionada. No solo era inteligente, sino que también tenía un carácter amable que a ella le gustaba. Y no estaba nada mal.

No mucho después, volvió a encontrarse con él en un gran banquete de las fuerzas del orden en el Sheraton de Times Square, donde, por casualidad, se sentaron juntos en la misma mesa. Más tarde, fueron a un bar tranquilo y hablaron durante gran parte de la noche.

Todo parecía encajar con Tim.

Salieron juntos. Congeniaron y, dos años después, se casaron en una pequeña ceremonia en una capilla de Long Island. Consiguieron un apartamento precioso en Washington Heights. Todo iba según lo planeado.

Unos años después, tuvieron a Alison.

Tim estuvo en el parto y tenía los ojos llenos de lágrimas cuando sostuvo en brazos a su hija recién nacida. Y, aunque sus trabajos a menudo eran estresantes, McDade sabía que lo que habían construido juntos era perfecto. De vuelta al trabajo, la carrera de McDade fue viento en popa durante años mientras investigaba delitos como parte de grupos de trabajo interinstitucionales.

Hasta que todo se detuvo con la muerte de Tim.

Su asesino había aparecido de la nada.

Todo empezó cuando ella se dio cuenta de que los ojos de Tim habían empezado a ponerse amarillos. Comenzó a perder el apetito y a bajar de peso. Estaba cansado todo el tiempo y se quejaba de dolores lumbares. Tim, siendo Tim, se encogió de hombros y lo ignoró hasta que ella le suplicó que fuera al médico.

Lo hizo.

Cuando llegaron los resultados de las pruebas, sus vidas cambiaron para siempre. Tim tenía una forma agresiva de cáncer terminal. A los cuatro meses, su corpulento y sano marido, miembro condecorado de la policía de Nueva York, le susurró: «Os quiero a ti y a Alison. Dile que la quiero», y luego murió en sus brazos en un hospital de Nueva York.

Tim tenía treinta y siete años.

El mundo de McDade se derrumbó a su alrededor. No podía confiar ni en el suelo que pisaban sus pies, temiendo que se la tragara un abismo de desesperación. Se tomó tres meses de vacaciones. No podía continuar, pero necesitaba encontrar la fuerza para seguir viviendo. Para no pensar solo en su propio dolor y seguir siendo madre de Alison, su hija de nueve años.

Se necesitaban mutuamente y juntas se ayudaron a sanar.

Juntas fueron avanzando, día a día.

Viviendo.

Así había sido hasta ese momento, justo antes de que su supervisor, Steve Loren, le asignara ese caso de última hora. McDade había llevado a Alison a ver una exposición sobre la historia del universo en el Planetario Hayden del Museo de Historia Natural. Ya se iban cuando Loren la llamó.

—Jill, sé que es tu día libre, pero te necesitamos.

—¿Qué ocurre?

—No sé si te has enterado de que ha habido un doble homicidio al norte del estado en las montañas Adirondack, en el camino Starving Wolf.

—No. He estado mirando las estrellas durante las últimas horas.

—¿Cómo?

—He estado en el planetario con mi hija.

—Ah, claro. Vale, escucha. No voy a entrar en detalles, pero, después de muchas discusiones con la policía estatal y la del condado, nos han pasado el caso. Se ha discutido en instancias superiores y queremos que dirijas una investigación multiagencia. Tendrás todo lo que necesites; vamos a enviar a más agentes. Te mando toda la información que tenemos hasta ahora. Te llevaremos allí lo antes posible. ¿Te parece bien?

McDade sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

—Como sabe, señor, estoy trabajando en otros casos en este momento.

—Soy plenamente consciente. Me encargaré de asignar a otros

para que cubran los casos en los que estás trabajando. Pásame cualquier nota clave. En este momento, Starving Wolf es tu único caso, tu única prioridad. ¿De acuerdo, Jill?

Sabía que no se lo estaba preguntando. Se lo estaba ordenando.

—Sí, señor.

Tras reunir todo lo que necesitaba, organizó que Alison se quedara en casa de su buena amiga y vecina, Gwen Lansing. McDade embarcó entonces en un Cessna de la policía estatal en LaGuardia y, durante el vuelo a Saranac Lake, leyó todos los informes iniciales.

Ahora, de pie frente a la habitación de Ethan Nelson en el hospital, McDade contemplaba la posibilidad de dirigirse al lugar de los hechos cuando sonó su teléfono. En la pantalla aparecía un número con prefijo 315, que ella reconoció como de Siracusa.

Se le hizo un nudo en el estómago y respondió.

—Soy Martin Meyer. Tengo un mensaje de la agente del FBI Jill McDade pidiendo que la llame.

McDade apretó el teléfono, miró a su alrededor en el pasillo del hospital, encontró una habitación vacía, entró y cerró la puerta.

—Señor Meyer, ¿es usted pariente de Margaret Marie Nelson, de treinta y siete años, de Yonkers, Nueva York?

El silencio precedió a su respuesta.

—Es mi cuñada, la hermana de mi mujer. ¿Por qué?

—¿Y también es pariente de Phil Douglas Nelson, de treinta y ocho años, de Yonkers, Nueva York?

—Sí, Phil es nuestro cuñado. —La tensión se reflejó en su voz—. ¿De qué va todo esto?

—Señor Meyer, por favor, si no está sentado, siéntese.

—Estoy sentado. ¿Qué ocurre?

—Señor, siento mucho informarle de que ambos han sido encontrados muertos en una cabaña al norte del estado de Nueva York. Todo indica que han sido víctimas de un homicidio.

Meyer gritó algo que McDade no pudo entender. Entonces oyó golpes, como si a Meyer se le hubiera caído el teléfono.

—¿Hola? —dijo—. ¿Señor Meyer? ¿Sigue ahí?

Al cabo de unos segundos, volvió a ponerse al teléfono con voz temblorosa.

—¡Dios mío! ¿Está segura?¿No hay ningún error?

—No hay ningún error, señor. Lo siento mucho.

—Oh, Dios mío. Maggie era la persona más maravillosa. Oh, Dios mío. Y Phil. Todo el mundo adoraba a Phil.

—Ethan ha sobrevivido. Estoy con él en el hospital de Saranac Lake.

—¡Ethan! Dios mío, ¿está bien? —Meyer estaba sollozando.

—Sí, estoy con él en el hospital, y necesitaremos que algún familiar venga a recogerlo.

—Sí, iremos enseguida. ¿Y Emma?

—¿Emma? —McDade se quedó perpleja—. Señor, ¿quién es Emma?

—La hermana de Ethan.

—¿Tiene una hermana?

—Sí, Emma Nelson. ¿Está bien?

CAPÍTULO 6

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

"Decapitados».

Durante los siguientes kilómetros, Wyatt procesó lo que el anciano de la tienda le había revelado. Al comprender la magnitud del crimen, su corazón se compadeció del niño encontrado en el bosque.

"Ese pobre crío. ¿Habrá sido testigo del crimen? ¿Estará herido?".

Conduciendo por lo que ahora se había convertido en un serpenteante camino de grava, Wyatt escudriñaba en vano los oscuros bosques en busca de respuestas. El anciano le había asegurado que no había hablado con ningún otro periodista y que, por lo que él sabía, ningún medio de comunicación estaba al corriente de los macabros detalles del crimen.

Eso convertía la información de Wyatt en exclusiva.

"Aun así, no puedo evitar pensar en lo que debe estar pasando ese niño; su madre y su padre han sido asesinados con brutalidad. ¿Quién lo ha hecho y por qué?».

Wyatt siguió dándole vueltas mientras conducía. Después, el camino de grava se estrechó y se convirtió en un sendero de tierra empinado que atravesaba bosques densos, frescos y aromáticos de cedros, pinos, arces y abedules. Las ramas frondosas rozaban y se chocaban con el coche, ocultando de forma intermitente pequeños valles que se aferraban a bordes de acantilados, en un mosaico de sombra y luz. Era peligrosamente hermoso, como si estuviera

entrando en un mundo perdido.

Llegó a un pequeño claro donde las luces de emergencia parpadeantes teñían de rojo sangre los árboles. Se detuvo frente a un grupo de vehículos policiales aparcados frente a una línea de cinta amarilla que se adentraba en el bosque.

Los agentes uniformados reunidos junto a la cinta se mostraron fríos con Wyatt cuando este salió del coche, se acercó a ellos, mostró su acreditación de prensa y pidió información.

—¿Hay algún responsable de prensa? —preguntó, sin ver nada más allá de los árboles.

Uno de los agentes lo evaluó con gesto imperturbable.

—No hay nada que ver aquí —dijo—. De ninguna forma vosotros, gusanos de los medios, vais a conseguir ni una foto. Sois como moscas. Siempre aparecéis cuando hay mierda.

Los demás se rieron.

—Sigue hacia delante por el camino, tío —le dijo otro de los agentes a Wyatt.

Wyatt le dio las gracias, ignorando el insulto. Probablemente había estado en más homicidios que ese imbécil. Además, tipos así nunca le disuadían. En todo caso, pensó, golpeando su cuaderno contra el muslo, le motivaban a ser aún mejor.

Menos de un kilómetro más adelante, llegó a una suave pendiente y vio una docena de vehículos de la prensa y de la policía alineados en los arcenes. Varias personas se encontraban cerca de una formación rocosa a la altura de donde aparecía más cinta amarilla para sellar la entrada de un camino forestal. Agentes estatales y policías del condado la custodiaban.

"Ese tiene que ser el camino a la cabaña".

Tras aparcar, Wyatt pasó junto a vehículos de emergencias, coches y furgonetas de los medios de comunicación de Saranac, Potsdam, Plattsburgh, Schenectady y Siracusa. Los ladridos de los perros resonaban desde el interior del bosque antes de que un helicóptero sobrevolara la zona. No vio nada más allá de la cinta, salvo un camino de tierra que se adentraba entre los árboles.

Wyatt reconoció a algunos periodistas de Nueva York —del *Times* y otros medios— cuando vio a sus colegas de la 103TV, Roxanne Rowe y Kurt Sharp.

—¡Oye, Ray! —Roxanne le sonrió—. Creíamos que te habías perdido.

—¿Qué ocurre? ¿Alguna novedad?

—El FBI está a punto de dar una rueda de prensa. Toma. —Le tendió su teléfono—. Hay poca cobertura por aquí. A lo mejor no te ha llegado esto.

Wyatt leyó un escueto comunicado de la oficina del sheriff del condado en el que se decía que el FBI dirigía la investigación del doble homicidio en el camino Starving Wolf.

—Gracias. No lo había recibido.

—Bien, gente, préstenme atención. —Un hombre que llevaba un cortavientos del FBI se acercó al grupo—. Lo haremos aquí. Será breve. ¿Listos?

Las cámaras se alzaron sobre los hombros; los focos se encendieron y apuntaron al hombre del FBI. El grupo formó un semicírculo frente a él. Le acercaron micrófonos, grabadoras y teléfonos, y empezó a leer de una hoja de papel. Otro agente repartió copias del comunicado a los periodistas.

—Soy el agente especial Troy Hirst, portavoz del FBI. La Oficina Federal de Investigación, con el apoyo de las autoridades locales y estatales, está investigando los crímenes cometidos contra Margaret Marie Nelson, de treinta y siete años, y su marido, Phil Douglas Nelson, de treinta y ocho años, ambos de Yonkers, Nueva York. Los dos fueron encontrados sin vida. Su hijo, Ethan Charles Nelson, de seis años, se recupera en el hospital de Saranac Lake de lesiones no determinadas y se encuentra estable. Su hija, Emma Louise Nelson, de ocho años, está desaparecida y no se tiene información sobre su paradero. Rogamos a sus telespectadores, lectores y oyentes que, si tienen cualquier información sobre el caso, se pongan en contacto con el FBI o con la policía local.

«Les hemos entregado un comunicado de una página con

imágenes. Las fotos de la familia se acaban de publicar en la página del FBI de Nueva York. Incluye una imagen de la llegada de la familia a esta cabaña enviada por Margaret Nelson a su hermana. Esta foto tiene gran importancia para la investigación porque se cree que es la última imagen de la familia antes de la tragedia.

La mayoría de los periodistas estudiaban las imágenes en la hoja que habían recibido o en sus teléfonos y *tablets* mientras Hirst continuaba.

—Tengan en cuenta que Emma aparece sosteniendo su peluche favorito, un elefante gris con las patas blancas. Emma también lleva una mochila, de aproximadamente veinticinco por treinta y cinco centímetros. Es de color morado, con un estampado de mariposas blancas, lunas crecientes y estrellas. Estos dos objetos no se encontraron en el lugar ni se han localizado hasta el momento. Con esto concluye nuestra declaración. Proporcionaremos más información cuando esté disponible. Gracias.

—Espere, agente Hirst, ¿va a responder alguna pregunta? —dijo una mujer de un canal de televisión de Siracusa.

—Esa no es nuestra intención en este momento.

Wyatt sorprendió a Hirst lanzando una mirada a un grupo de agentes del FBI y otros investigadores que observaban desde las inmediaciones, donde estaban aparcados varios vehículos policiales.

—¿No va a haber preguntas? ¿Nos está tomando el pelo? —intervino un periodista de uno de los medios neoyorquinos—. ¿Tienen algún sospechoso?

Hirst miró hacia el grupo de agentes. Wyatt se dio cuenta de que una mujer le hizo un leve gesto de asentimiento para que continuara. Hirst frunció los labios y dijo:

—De momento, no.

—¿Creen que Emma Nelson está muerta? ¿O está desaparecida en el bosque como su hermano? —preguntó un periodista de un periódico de Lake Placid.

—No hemos llegado a ninguna conclusión. Tenemos equipos en el aire y en tierra rastreando el terreno que rodea la propiedad y buzos

en el lago. La policía del condado y la estatal están ayudando con una red de controles de carretera cada vez más amplia. La búsqueda continúa.

—¿Podría haber sido secuestrada por el asesino o asesinos? —preguntó un reportero de una emisora de radio de Adirondack.

—De nuevo, no podemos sacar conclusiones. La búsqueda continúa.

—¿Podría tratarse de un atentado terrorista? —preguntó el reportero de Adirondack.

—No descartamos nada, pero no hemos encontrado nada que lo sugiera.

—¿Van a hacer públicos los nombres de los excursionistas que encontraron al niño? ¿Se les considera sospechosos? —preguntó un periodista de Schenectady.

—No y no —dijo Hirst.

—¿Debemos entender que los asesinatos ocurrieron en la cabaña que está al final de este camino? —preguntó un periodista de Saranac Lake.

—Sí, en la propiedad de Phil Nelson. Nuestro Equipo de Análisis de Evidencias está en el lugar, procesando la escena.

—¿Tienen alguna teoría de por qué les ocurrió esto a los Nelson? —preguntó un periodista neoyorquino—. ¿A qué se dedicaban? ¿Cuál era su formación? ¿Tenían enemigos?

—No podemos descartar nada, pero es prematuro especular sobre el motivo. E investigaremos los antecedentes familiares como parte del procedimiento estándar de investigación.

—¿Les ha dicho algo el niño? —preguntó el reportero de Saranac Lake.

El agente Hirst miró a los investigadores y vio que la mujer hacía un leve movimiento de negación con la cabeza.

—Seguimos intentando interrogarle. Amigos, estamos en las primeras etapas de la investigación, y eso es todo lo que podemos decir por ahora.

—Una última pregunta —intervino Wyatt—. ¿Puede decirnos cómo

fueron asesinados los Nelson y si han encontrado el arma homicida?

—No. Se realizarán las autopsias y, con suerte, eso nos proporcionará más información. —Hirst levantó la voz y las manos—. Amigos, tenemos que hacer hincapié en que imploramos a cualquiera que tenga información que se ponga en contacto con nosotros. Veremos el acceso para que fotografíen la cabaña más tarde. Eso es todo por ahora. Gracias.

Un murmullo de descontento recorrió el grupo mientras se dispersaban, con los periodistas apresurándose para contactar con sus redacciones y enviar las noticias.

«La rueda de prensa ha sido bastante estándar», pensó Wyatt. Estaba seguro de que aún tenía información exclusiva. Pero necesitaba más datos antes de poder redactar la noticia, y no tenía mucho tiempo. En cuanto Talbott viera los resultados de la conferencia *online*, le exigiría algo.

Wyatt vio a los investigadores agrupados en una intensa conversación. Decidió que era su oportunidad antes de que regresaran al otro lado de la cinta y los perdiera de vista. Asegurándose de que estaba solo, rodeó los vehículos de emergencia por el otro lado.

Cuando se acercó, los investigadores pusieron fin a su conversación y lo miraron con frialdad.

—Disculpen. Soy Ray Wyatt, de *First Press Alliance*. Busco al agente a cargo del caso.

Su petición fue recibida con silencio, antes de que los investigadores se dieran la vuelta, se agachasen para pasar bajo la cinta y caminaran hacia el lugar de los hechos. Pero la mujer que había hecho señas sutiles a Hirst durante la rueda de prensa se quedó y contestó.

—Soy yo —dijo McDade.

Wyatt calculó que tendría unos treinta años. Pensó que era atractiva, pero de una manera atormentada. Su rostro parecía delatar que había visto demasiada maldad para una sola vida.

—Y no voy a hablar con usted. Toda la información se difunde a

través de la oficina de prensa. —Se dio la vuelta para marcharse.

—Espere. Por favor. Lo respeto, pero la oficina de prensa no está aquí investigando dos asesinatos y buscando a una niña desaparecida. Usted sí. Y necesito confirmar una información. Y, ya que han pedido a los medios de comunicación que los ayuden a recabar pistas, me dirijo directamente a usted con una petición similar, confiando en que reconozca que esto es un intercambio mutuo.

McDade se abrió la chaqueta y puso las manos en las caderas, mostrando la empuñadura de su arma enfundada. Se tomó un momento para evaluarlo, decidiendo que se merecía al menos unos segundos de su tiempo.

—¿Cuál es esa información, señor Wyatt?

—Primero, necesito saber quién es usted.

—Ni hablar. No me van a citar en su periódico.

—De acuerdo. ¿Me puede confirmar que las víctimas fueron decapitadas?

McDade lo miró fijamente. En sus ojos, Wyatt vio un sutil destello de preocupación, que le confirmó que su información era correcta y que a ella no le hacía ninguna gracia que lo supiera.

—Seguimos investigando.

—Pero ¿no descarta mi información?

—No tengo tiempo para juegos con la prensa, señor Wyatt.

—¿Los asesinatos podrían estar relacionados con el terrorismo? ¿O con algún ritual?

—No voy a responder.

—Entendido.

McDade se giró para marcharse, murmuró algo y se detuvo.

—¿Tiene una tarjeta? —le preguntó.

Antes de dársela, Wyatt escribió en ella su número de teléfono por satélite.

Ella lo miró, le dio unos golpecitos en la mano y dijo:

—No lo conozco, pero me arriesgaré a decir que es un periodista con mucha experiencia, Ray. Que ha cubierto muchos crímenes y

que es bueno en su trabajo.

—He estado en unos cuantos, sí.

—Pues piense en esto. No estoy confirmando nada, pero, si informase sobre algo que solo conoce el asesino, podría poner en peligro nuestra investigación. Y tenga en cuenta que todavía no hemos encontrado a la niña desaparecida. Su seguridad podría estar en juego. Quiero que lo tenga en cuenta.

—Lo haré. ¿Tiene usted una tarjeta? ¿Una con el número que esté usando?

McDade dudó. Se lo pensó y le dio una. Él la estudió.

—Gracias. Una última pregunta, agente especial Jill McDade.

Ella esperó.

—¿Descartan cualquier conexión entre este caso y otros asesinatos sin resolver, especialmente si se trata de un asesino en serie?

Ella lo miró.

—No, no lo descartamos.

CAPÍTULO 7

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

"Necesitamos un descanso. Una pista. Algo».

Bebiendo un café bien cargado, McDade se esforzaba por mantenerse concentrada mientras dirigía la primera reunión sobre el estado del caso en el puesto de mando móvil que el FBI había instalado en el lugar de los hechos.

Aparcado a cierta distancia de la cabaña, junto a otros vehículos del FBI, de la policía estatal y de la oficina del sheriff, el vehículo estaba equipado con tecnología de última generación, como acceso a Internet y teléfonos móviles y por satélite.

McDade inició la reunión con una rápida ronda de presentaciones de los investigadores reunidos en la pequeña mesa y de los que estaban en línea.

—Muy bien. Actualizaciones. —McDade empezó con Bill Silvera, un agente del FBI.

—Phil Nelson era el propietario y gerente de la empresa SunTop Landscaping, en Yonkers. Dirigía la compañía desde hace diez años. Daba empleo a unas treinta personas —afirmó Silvera.

—¿Cuál era la situación del negocio? —preguntó McDade.

—Sólida, por lo visto hasta el momento. Margaret Nelson era agente inmobiliaria en Trusted Globe, en Yonkers. Llevaba ocho años trabajando con ellos. Estaba casada con Phil desde hacía cuatro. Era el segundo matrimonio para ambos. La primera mujer de Phil murió

de cáncer. Margaret estaba divorciada —explicó Silvera.

—¿Qué sabemos sobre su exmarido?

—Era agente de la ley. Hemos intentado contactar con él, pero al parecer está fuera del país.

—Muy bien. ¿Y los niños?

—Los niños son de ella, y hace dos años Phil los adoptó —dijo Silvera—. Como sabéis, se ha avisado a la familia y los parientes están esperando en el hospital para hacerse cargo del niño.

—¿Alguna amenaza, deudas o personas que quisieran hacer daño a los Nelson? —preguntó McDade.

—Tenemos agentes trabajando con la policía de Yonkers, realizando entrevistas. Hasta ahora, no ha aparecido nada.

—Muy bien. Gracias, Bill —dijo McDade—. Sigamos.

—Los cuerpos han sido retirados y trasladados al centro médico para realizarles la autopsia. Eso podría aportar algo —dijo el agente del FBI Larry Scanell.

—¿Hemos encontrado ya el arma?

—Todavía no.

—¿Y el lago?

—Nada de los buzos de momento —añadió Scanell—. Ahora ya no hay mucha luz. Tendremos que parar. Reanudaremos la inmersión y el rastreo por la mañana.

—¿Y la búsqueda por tierra? —preguntó McDade—. ¿Algún rastro de la niña?

—Negativo hasta ahora —dijo Randy Langton, el jefe de búsqueda de la policía estatal—. Hemos tomado su altura aproximada, su peso y calculado la longitud de su zancada. Lo hemos comparado con la dificultad del terreno y las condiciones meteorológicas para determinar un perímetro de búsqueda basado en la distancia que podría haber recorrido.

—¿Cómo se puede hacer eso sin que sepamos la hora de la muerte de sus padres? —preguntó Russ Bedder, un investigador del condado.

—Tuvimos que trabajar con la hipótesis de que el niño salió de la

cabaña tras los asesinatos —dijo Langton—. Marcamos desde el lugar aproximado donde lo localizaron los excursionistas, luego invertimos el proceso para calcular su paso y estimamos un tiempo. Todo para decir que hemos cubierto estos sectores aquí y aquí. —Langton señaló un mapa detallado de la zona—. Nada de la niña, hasta ahora.

—¿Habéis tenido en cuenta la posibilidad de que haya sido atacada por animales salvajes, como un lobo o un oso? —preguntó McDade.

—Lo hemos considerado —dijo Langton—. Hasta ahora, los perros no han detectado nada, lo que sugiere un posible escenario.

—¿Cuál es?

—Que la niña podría haber sido sacada de la escena en un vehículo.

—Eso encaja —intervino Herb Tranter, un agente del FBI del Equipo de Análisis de Evidencias—. Aún no hemos terminado nuestro trabajo, pero hemos recogido algunas huellas parciales. Necesitaremos un poco más de tiempo para procesarlas e identificarlas correctamente. También hemos encontrado impresiones de zapatos en la sangre del dormitorio, junto con huellas de neumáticos y pisadas fuera, en el barro, así que tenemos esperanzas.

—Vale. —McDade tomó notas—. ¿Y los móviles, ordenadores, *tablets* y portátiles que utilizaba la familia?

Sally Sheridan, una agente veterana del Equipo de Análisis Informático del FBI, que eran expertos en procesamiento forense digital, consultó su portátil.

—Hemos confirmado y hecho público que parece que la última comunicación de la familia fue desde el móvil de Margaret Nelson a su hermana en Siracusa. Envió la fotografía de la familia tomada aquí, en la cabaña. Pudimos confirmarlo con la hermana, que había recibido la foto de Margaret —dijo Sheridan—. Pero hasta ahora no se han localizado teléfonos móviles, ordenadores o portátiles pertenecientes a la familia Nelson en la escena o en el vehículo

familiar.

—Los móviles, portátiles u otros dispositivos podrían ser fundamentales para establecer quién estuvo en contacto con la familia por última vez —dijo McDade—. Entonces, ¿dónde nos deja eso, Sally?

—Podemos buscar comunicaciones sin los dispositivos, pero será difícil. Nos hemos puesto en contacto con Unidique Global Tele-Systems, el proveedor de servicios de telefonía móvil de los Nelson, con sede en Houston, Texas. Dada la política de privacidad de la empresa, no nos facilitará información. Así que, como se trata de una circunstancia excepcional, obtendremos una orden que obligue a Unidique a proporcionarnos el contenido y la información relativa a todos los mensajes y otras comunicaciones originadas o recibidas en cualquiera de los dispositivos de los Nelson durante el último año, empezando por el mensaje más reciente.

—Supongamos que nuestro sospechoso se llevó los dispositivos de Nelson. ¿Podemos localizarlos? —preguntó McDade.

—Ya lo hemos intentado —dijo Sheridan—. Ahí está el problema. En primer lugar, hay que tener en cuenta que la conectividad en esta región es irregular en el mejor de los casos. Nuestros intentos de localizar los dispositivos móviles propiedad de los Nelson han fracasado, probablemente porque no tienen conexión a Internet, lo que hace ineficaz cualquier función de localización. También significa que, si los teléfonos o dispositivos fueron retirados del lugar, podrían haber sido apagados y se les podrían haber quitado las baterías y las tarjetas SIM, con el objetivo de impedir su localización o el acceso a los contenidos.

—Eso indicaría que estamos ante alguien que sabe lo que hace —concluyó McDade.

—Exacto —dijo Sheridan.

—¿Qué pasa con los dispositivos que los Nelson tuvieran en su casa o en sus oficinas? —preguntó el agente Bill Silvera—. También podrían decirnos con quién se comunicaba la familia. ¿Podemos acceder a ellos?

—Así es —dijo Sheridan—. Hemos iniciado el proceso para conseguir órdenes que nos permitan incautar esos dispositivos.

—Hemos recuperado las tarjetas de débito y de crédito de la familia —dijo McDade—. ¿Cómo vamos en ese frente?

—Hasta ahora no hemos encontrado nada relevante —respondió Silvera—. Todavía las estamos procesando.

—Muy bien, continuemos. —McDade alzó entonces la voz para dirigirse al agente que tenía en llamada por el altavoz—. Len, ¿qué piensas hasta ahora?

—Bueno, por el vídeo de la escena y otros factores —dijo Len Resher, un agente veterano de la Unidad de Análisis del Comportamiento, en Quantico—, yo diría que se trata de un asesinato impulsado por la ira. Las decapitaciones son un claro indicio de algo más profundo. Por el momento, todo son especulaciones sobre si se hizo para transmitir un mensaje terrorista, religioso, ritual o personal. ¿Habéis encontrado ya las cabezas?

—No —dijo McDade.

—Su posicionamiento y colocación podrían darnos información. Por otra parte, el asesino o los asesinos podrían habérselas llevado como trofeos. Además, la niña desaparecida añade otra dimensión al caso.

—¿Qué opinas al respecto, Len?

—¿Sobre la niña desaparecida? No pinta bien. Las estadísticas indican que es probable que encontréis otro cuerpo. En cuanto a si el ataque fue aleatorio, ritual, impulsado por una fantasía o si la familia conocía a su asesino, me temo que aún es demasiado pronto para decirlo. Quizá el niño superviviente pueda decirnos algo.

—Acabo de hablar con nuestro agente en el hospital. El niño sigue sin hablar.

—Tenemos que seguir introduciendo datos clave en el ViCAP a medida que vayan apareciendo —dijo, refiriéndose al Programa de Detención de Delincuentes Violentos, una base de datos utilizada por las agencias de seguridad para rastrear y correlacionar información sobre crímenes violentos, especialmente homicidios.

—Gracias, Len. ¿Alguien tiene algo más?

—Vamos a continuar con las operaciones durante toda la noche —dijo el jefe de búsqueda de la policía estatal.

—Pues eso es todo por ahora, gracias a todos. —McDade dio por concluida la reunión.

CAPÍTULO 8

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

Tras dar las gracias al equipo, McDade se tomó el café y salió del puesto de mando del FBI, respirando el aire fresco y limpio.

Era el crepúsculo.

Incluso por encima del zumbido de los generadores y el suave crepitar de las radios, oía los grillos mientras contemplaba las copas de los árboles, recortadas contra la luz que se desvanecía. Era una parte remota y hermosa del país.

Recorrió a pie la corta distancia que separaba el puesto de mando móvil de una carpa instalada por un grupo local de voluntarios de búsqueda y rescate. Bajo ella había varias mesas cargadas de café, bebidas, fruta y bocadillos.

McDade se sirvió un sándwich y un café recién hecho, se sentó en una mesa con su *tablet* y empezó a redactar un informe de la situación del caso Nelson. Trabajó con rapidez y eficacia, anotando lo que se sabía, lo que se había hecho, lo que se estaba haciendo y lo que quedaba por hacer.

Cuando terminó, revisó con rapidez sus otros casos pendientes.

El más urgente era su participación en un caso de contraterrorismo. En dos días, se suponía que debía reunirse con miembros de un equipo conjunto en un aparcamiento de Brooklyn para llevar a cabo la vigilancia de una ciudadana estadounidense, de la que se sabía que estaba afiliada a una organización terrorista. El

sujeto, que llevaba diez años residiendo en Oriente Medio, iba a regresar a Estados Unidos de visita, supuestamente para asistir a una boda. El equipo necesitaba determinar si iba a reunirse con un ciudadano estadounidense, residente en la zona de Bed-Stuy, que podría haber sido reclutado por Internet.

McDade redactó una nota detallada y se la envió a su supervisor para el agente que la sustituiría en la operación.

Exhaló despacio.

Aunque habían pasado solo unas horas, sentía como si llevara días fuera de casa y, de repente, deseó abrazar a Alison. Caminó hacia un rincón apartado cerca de la linde del bosque, llamó a su hija y se sintió aliviada cuando contestó.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo va todo?

—¡Bien, Gwen me está enseñando a cocinar pasta!

—Parece divertido.

—Sí, un montón. Oye, mamá, todavía vamos a ir al zoo y a comprar mis deportivas nuevas, ¿verdad?

—Ya veremos. Depende de cómo vaya mi trabajo.

—Lo sé. Oye, mamá, recuerda que va a haber un concierto gratuito en el Rockefeller Center en dos semanas. ¿Puedo ir con Mandy y su madre?

—No lo sé, cariño.

—Eso significa que no.

—No, significa que ya veremos.

—Mamá, por favor...

A McDade la invadió una repentina oleada de tristeza. A los nueve años, Alison ya conocía de primera mano lo cruel que podía ser la vida, pues ambas ya habían enfrentado algunas de las peores cosas que el mundo puede arrojarte.

En ese momento, McDade vio linternas sondeando los bosques mientras los equipos de búsqueda continuaban su trabajo bajo la luz agonizante del día. Pensó en los Nelson, en la horrible escena del crimen, en la malvada brutalidad que había sufrido la familia.

Luego pensó en Ethan, en el hospital, tan traumatizado que no podía hablar. Pensó en Emma, su hermana desaparecida, y dio gracias a Dios por tener aún a su hija con ella.

Pero debía dejar a un lado sus sentimientos.

Tenía un trabajo que hacer.

—Mamá, de verdad que quiero ir al concierto con Mandy.

—Lo sé, cariño. Hablaremos de ello cuando llegue a casa, ¿vale?

—Vale.

—Cariño, recuerda siempre lo mucho que te quiero, ¿de acuerdo?

—Yo también te quiero, mamá. ¿Cuándo vuelves a casa?

—No estoy segura, pero te llamaré en cuanto pueda. Sé amable con Gwen, ¿vale?

—Sí...

—Un abrazo y un beso. Tengo que irme.

Al guardarse el teléfono en el bolsillo, tocó la tarjeta de Ray Wyatt y sus pensamientos cambiaron de rumbo.

Por alguna razón, le caía bien, le gustaba su actitud. Parecía estar en un nivel superior al de otros periodistas con los que había tratado y, además, era agradable a la vista.

"Sí, pero ¿puedo confiar en que no me traicione?».

Mientras escuchaba el eco lejano de las radios que resonaba por el bosque, miró hacia la oscuridad, rezando con todas sus fuerzas para que Len Resher y las estadísticas se equivocaran en ese caso.

"Déjame encontrar a Emma Nelson con vida".

CAPÍTULO 9

Saranac Lake, Nueva York

Después de hablar con Jill McDade, Wyatt se subió a su todoterreno.

Como era de esperar, había recibido un mensaje en su teléfono por satélite de su editor, Lou Talbott.

«Necesito que envíes el artículo ya».

Wyatt repasó sus notas, repasó los puntos que había marcado en la grabación de la rueda de prensa y encendió el portátil. La mayoría escribían en sus móviles, pero Wyatt, que era de la vieja escuela, era más rápido con un teclado.

Tomó un trago de café negro y frío y empezó a redactar el párrafo introductorio.

> El FBI dirige la búsqueda de una niña de ocho años cuyos padres fueron decapitados en la cabaña familiar, en un desconcertante caso descubierto después de que el hermano de la niña, de seis años, fuera encontrado vagando por los escarpados bosques del norte del estado de Nueva York.

Un poco largo, pero, satisfecho con su duro comienzo, dio un mordisco al bocadillo de jamón y queso que había comprado antes y siguió escribiendo.

No tardó mucho en acabarse el bocadillo y en terminar el artículo. Dio otro trago al café, mordió una manzana y empezó a revisar el texto.

La magnitud y brutalidad de lo que había ocurrido a poca distancia de donde estaba sentado era inimaginable. Wyatt pensó en los niños, rezó una oración por ellos y reanudó el trabajo.

"Tienes que centrarte en el artículo».

Mientras masticaba, reconsideró usar el enfoque de la decapitación. No le había prometido a McDade que no lo contaría, pero era una oportunidad de tender un puente con ella. Y podría llegar un momento en que se necesitaran mutuamente. Si algo había aprendido Wyatt de sus años cubriendo crímenes, era que la buena relación con los buenos policías siempre daba sus frutos.

Quitó la palabra «decapitados», la cambió por «asesinados» y envió el artículo. La cobertura era irregular en esa zona, pero el teléfono por satélite hizo su trabajo. Al ver que se había enviado, se frotó los ojos.

«Casi se me olvida», pensó antes de llamar a un número de Queens. Respondió una mujer.

—Hola, Jane. Soy Ray.

—Hola, Ray. ¿Vienes a buscar a Molly?

—No, estoy fuera de la ciudad trabajando. Puede que necesite que te quedes con ella unas noches. ¿Te parece bien?

—No hay problema.

—¿Cómo está?

—Está muy bien.

—Gracias, Jane.

Mientras Wyatt recogía los restos del bocadillo y se preparaba para el viaje de más de una hora hasta Saranac Lake para buscar un motel, sonó su teléfono. Era Talbott.

—Tengo tu artículo. ¿No podemos darle más fuerza?

—Es todo lo que tenemos por ahora.

—Necesitamos algo que nos ponga por delante de las demás agencias de noticias. Tenemos que vencer a *AP*, *Bloomberg*, *WPA*, a todos.

—Sé cómo funcionan las cosas, Lou.

Wyatt se mordió el labio y luchó con la idea de retomar el enfoque de la decapitación. No quería dejarlo pasar, todavía no. Su instinto le decía que a esa historia le quedaba mucho camino por recorrer y que necesitaría a McDade.

—Necesitamos exclusivas para aumentar el número de lectores —insistió Talbott.

—Lo sé, Lou, pero es todo lo que tengo por ahora.

—De acuerdo. Tenemos a una madre y un padre de Yonkers muertos y a dos niños huérfanos, uno de ellos desaparecido o muerto. Es una historia potente, de interés nacional.

—Lo es. Solo tenemos que ver hacia dónde nos lleva.

—Tengo a Judy Pace investigando los antecedentes de los Nelson en Yonkers. Te doy un día más allí, en las montañas.

—De acuerdo. Veré lo que puedo hacer.

—Contamos contigo para que consigas algo, Ray. Si no hay nada, quiero que vuelvas.

Tras la llamada, Wyatt se terminó lo que le quedaba de café y empezó a conducir. El sol se estaba poniendo y, mientras las sombras se alargaban al avanzar los kilómetros, sus pensamientos lo llevaron a otra época... a Canadá y a Banff, en Alberta.

A Lisa y a Danny les encantaban las Montañas Rocosas, el viaje en teleférico hasta la cima de la montaña Sulphur. Esa noche, Lisa y yo fuimos a cenar. El restaurante estaba al otro lado del patio de nuestra ala del hotel. Danny estaba agotado; dormía solo en su habitación, contigua a la nuestra, de la cuarta planta. Podíamos verla desde el restaurante. Todo era perfecto, un sueño. El camarero acababa de servir el vino. De repente...

Wyatt sabía lo que venía, parpadeó con fuerza e intentó alejar esos pensamientos.

*"*La mayor parte de los últimos tres años han sido un borrón, un difuso y devastador borrón*»*, pensó mientras los faros atravesaban la oscuridad.

"Aún tengo a Molly, y ha sido una buena compañía».

Deseó estar en casa con ella en ese momento; sería mejor.

Entonces pensó en Jill McDade y se alegró de haber eliminado lo de la decapitación de su artículo. Recordó su cara y cómo estaba seguro de haber visto algo en sus ojos. Eran azules, de un azul suave. Sí, definitivamente quería ganarse la confianza de la agente

especial McDade.

Al llegar a las afueras de Saranac Lake, se acercó al motel por el que había pasado antes, Genatta Lee's Village Motor Inn. Aliviado al ver que la luz de la entrada estaba encendida, consiguió una habitación.

Estaba limpia, aunque desprendía un fuerte olor a jabón.

Mientras se tomaba un trozo de tarta de manzana con un vaso de leche en la cafetería del motel, revisó si tenía correos electrónicos en su teléfono personal y se detuvo en uno que venía de Nueva Zelanda.

> Señor Wyatt, un amigo me pasó su solicitud con las fotos y los detalles. Puedo confirmar que mi mujer y yo estuvimos en Banff durante el período que menciona. Estaremos encantados de revisar nuestras fotos y nuestros recuerdos. Espero que podamos ayudarlo.
> Hank Brown, Christchurch

El mensaje era en respuesta a los cientos y cientos —no, ya debían ser más de mil— de personas que había localizado y con las que había contactado a lo largo de los años. Todo formaba parte de su trabajo de investigación personal en curso; su búsqueda privada para encontrar ayuda sobre lo ocurrido en Banff.

Retomaría el asunto en cuanto pudiera.

Tras terminarse el trozo de tarta, Wyatt regresó a su habitación, se conectó a Internet, leyó su artículo en la página web de su periódico y luego leyó otros reportajes sobre la tragedia de Nelson. Nadie más había informado sobre lo que él sabía y había decidido reservarse. Pero ahora no pensaba en eso. Necesitaba averiguar qué había pasado en aquella cabaña.

"¿Quién haría algo así? ¿Dónde está Emma? ¿Qué vio Ethan?».

"Ethan».

Wyatt pensó en el niño y en cómo el FBI había declarado en la rueda de prensa que Ethan Nelson se estaba recuperando en el hospital de Saranac Lake. Wyatt buscó la página web del centro y comprobó el horario de visitas. No quedaba mucho tiempo.

”Si me doy prisa, puedo llegar».

CAPÍTULO 10

Saranac Lake, Nueva York

A los periodistas rara vez les iba bien siguiendo las historias en los hospitales.

Los médicos y las enfermeras eran implacables a la hora de proteger la intimidad de los pacientes. A lo largo de los años, Wyatt se había topado con algunos parásitos del periodismo que habían llegado a hacerse pasar por amigos, familiares o investigadores, o incluso habían enviado flores con tarjetas de visita adjuntas, para intentar acceder a sus fuentes.

Tácticas como esas le repugnaban.

«Tienes que ser directo. Ser honesto», se dijo mientras pasaba bajo el tejado curvo del centro médico, que se extendía desde la entrada.

Las puertas se abrieron a la pequeña sala de espera de urgencias, donde un hombre con los brazos cubiertos de tatuajes y vestido con una camiseta miraba su teléfono, que sostenía en la mano que llevaba vendada. Varios asientos más allá, una mujer mayor hablaba con un hombre encorvado en una silla de ruedas. Al otro lado de la sala, una mujer estaba sentada con una niña, que parecía dormir con la cabeza apoyada en su regazo.

Wyatt se acercó al mostrador, donde una mujer de unos veinte años trabajaba con un teclado.

—¿Puedo ayudarlo? —dijo sin levantar la vista del monitor.

—Eso espero. Me gustaría hacerle llegar un mensaje a la familia de un paciente.

—¿Nombre del paciente?

—Ethan Nelson.

La mujer dejó de teclear y miró a Wyatt.

—¿Es usted de la familia?

—No. Soy periodista, de Nueva York. —Wyatt deslizó su tarjeta por el mostrador. La mujer la cogió mientras él continuaba—: Necesito hablar en persona con un familiar. ¿Sería posible hacerles saber que estoy aquí? Es muy importante.

Ella leyó su tarjeta, cogió el teléfono, marcó una extensión y se giró, manteniendo la voz baja. Wyatt la oyó decir «periodista» y la vio asentir. Terminó la llamada y se volvió hacia él.

—Ahora viene alguien a hablar con usted. Tome asiento.

—Gracias.

Encontró un rincón privado, donde prefirió quedarse de pie para comprobar si tenía mensajes en el móvil. En menos de dos minutos escuchó su nombre y una mujer mayor, seria y que llevaba una bata blanca se acercó a él.

—Señor Wyatt. Lo siento, pero ningún familiar puede hablar con usted. La policía es quien se encarga de informar a la prensa. —Le devolvió la tarjeta.

Por su tono y su expresión, intuyó que sería inútil suplicarle. Aceptando la tarjeta, le dio las gracias y se marchó.

«Podría haber sido peor», pensó, sacudiendo la cabeza y saliendo del edificio.

Mientras se calmaba el escozor de la derrota, Wyatt consideró su siguiente paso cuando vio que una pareja se acercaba a la entrada. La mujer llevaba un pequeño peluche; parecía un oso. El hombre llevaba una bolsa de comida y un vaso de McDonald’s. Parecían tener alrededor de treinta y tantos, la misma edad que Phil y Margaret Nelson.

Wyatt tuvo una corazonada.

—Disculpen, ¿por casualidad conocen a la familia de Ethan Nelson?

El hombre y la mujer se miraron y luego miraron a Wyatt con

caras de preocupación.

—Somos los tíos de Ethan. ¿Quién es usted?

—Ray Wyatt, periodista de *First Press Alliance,* en Nueva York.

El rostro del hombre se tensó y empezó a sacudir la cabeza.

—Lo siento. No vamos a hacer declaraciones.

—Perdóneme. Sé que es un momento terrible. El FBI ha hablado con nosotros en el lugar de los hechos hace unas horas. Mi agencia de noticias tiene gente recopilando información aquí y en Yonkers, y...

—¿Han encontrado a Emma? —intervino la mujer—. ¿Qué sabe? El FBI no nos ha dicho nada.

Wyatt se tomó un momento para leer su expresión. Sabía que acababa de abrirse una puerta, pero que la pareja era vulnerable y estaba lidiando con una enorme tragedia familiar. No se aprovecharía de ellos para escribir un artículo.

—No, lo siento —respondió—. Solo sabemos que siguen buscando a Emma y que hacen todo lo posible por encontrar al responsable.

—¿Cómo puede alguien ser tan malvado? —dijo la mujer.

—Tenemos algunas ideas al respecto, pero debemos irnos —dijo el hombre.

—Sí, lo entiendo —dijo Wyatt—, pero estaría dispuesto a compartir cualquier información que descubramos. —Wyatt le pasó dos tarjetas a la mujer—. ¿Me pueden dar sus nombres y números, para avisarles si mi agencia de noticias se entera de algo?

La pareja se miró. La angustia que soportaban era abrumadora mientras sopesaban la oferta de Wyatt. Finalmente, asintieron con la cabeza.

—Martin y Rhonda Meyer. Vivimos en Siracusa —dijo la mujer—. Maggie era mi hermana.

—¿Su número?

La mujer le dio a Wyatt dos números y él los anotó en su cuaderno.

—Gracias. Sé que tienen que irse, pero ¿puedo preguntarles cómo está Ethan?

—Todavía está en *shock.* —Su tía luchaba contra las lágrimas—. No habla.

—¿No habla? ¿De verdad? ¿Ni siquiera con el FBI?

Rhonda negó con la cabeza.

—No ha dicho ni una palabra. Lo que haya visto lo acompañará el resto de su vida.

—Señor Meyer, ha dicho que tenía algunas ideas sobre quién podría querer hacer daño a Phil y a Maggie.

La mandíbula de Meyer se tensó mientras evaluaba mentalmente si debía revelarlas o no.

—Díselo, Marty —dijo la mujer.

—Phil tenía una empresa de jardinería y me dijo que había tenido problemas con uno de sus trabajadores, un exconvicto, pero eso lo tiene que investigar el FBI.

Wyatt asintió. Entonces Rhonda Meyer añadió:

—Y Maggie y los niños estaban muy contentos con su nueva vida con Phil. Todo iba bien.

—¿Su nueva vida?

—Maggie había pasado por momentos difíciles. Se divorció hace unos años.

—Ah. ¿Cómo se llama su exmarido? ¿Qué puede decirme de él?

—Mire —Martin Meyer consultó su reloj y lo interrumpió—, el médico ha dicho que podíamos traerle a Ethan su comida favorita. Empieza a hacer frío y tenemos que irnos. No va a poner en su artículo nada de lo que hemos dicho, ¿verdad?

—No sin su permiso —respondió Wyatt.

Rhonda Meyer miró su tarjeta.

—Puede poner algo —dijo, cubriéndose la cara con el peluche mientras sollozaba—. Y es esto: rezamos con todo nuestro corazón para que encuentren a Emma sana y salva lo antes posible.

CAPÍTULO 11

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

A unos cincuenta kilómetros al oeste de donde Ray Wyatt había entrevistado a Martin y Rhonda Meyers, April Swanson, una voluntaria del equipo de búsqueda, estaba en lo más profundo del bosque ajustándose la linterna frontal.

Durante las últimas horas, como parte del equipo de búsqueda, había estado avanzando lentamente a través del denso bosque de su sector, agradecida de participar en la gran operación para encontrar a la pequeña Emma Nelson, aunque eso significase tomar parte en una peligrosa búsqueda nocturna.

"Tenemos que seguir. El tiempo corre en nuestra contra".

Swanson, profesora de educación física en un instituto, llevaba seis años en el equipo de búsqueda y rescate del condado. Había realizado todos los cursos disponibles sobre procedimientos de búsqueda y rescate y estaba certificada en reanimación cardiopulmonar y primeros auxilios avanzados.

Esa era la primera noche de búsqueda, y los equipos se habían mantenido alejados de las zonas de acantilados porque no se podían inspeccionar con seguridad. En su lugar, los miembros se desplegaban en fila, separados por unos tres metros, y rastreaban la espesa maleza.

—¡Emma!

Varias personas del sector de Swanson se turnaban para llamarla

por su nombre simultáneamente a intervalos frecuentes. La llamaban y luego guardaban silencio diez segundos, esperando oír alguna respuesta. Una de las ventajas de la búsqueda nocturna era que facilitaba la detección de los sonidos.

Hasta el momento, no había habido ninguna respuesta.

Continuaron.

La mente de Swanson estaba despierta y concentrada en su turno. Se había comido una barrita energética y se había tomado una bebida isotónica. Vestida con un mono naranja con franjas reflectantes amarillas y plateadas, llevaba guantes para buscar entre las zarzas y gafas transparentes para protegerse los ojos de los latigazos de las ramas invisibles en la oscuridad.

Swanson estaba comprometida con su trabajo como voluntaria. La recompensa llegaba cada vez que conseguían rescatar a excursionistas perdidos. Pero no todas las búsquedas terminaban bien. Había suicidios, personas que se caían y morían por las heridas, por ataques de animales o, simplemente, por exposición al frío.

Conocía las estimaciones médicas sobre las probabilidades de supervivencia de un niño ante una lesión, el clima adverso o la falta de agua y comida en esas condiciones.

—¡Emma!

Swanson esperó, escuchando la noche y sin oír nada más que el ulular de un búho.

La esperanza se desvanecía con cada minuto que pasaba.

"Si estás ahí fuera, Emma, tienes que resistir. Te encontraremos».

El corazón de Swanson dio un vuelco cuando su linterna iluminó una huella reciente, una clara impresión de zapato en el suelo blando que tenía delante. Se agachó para ver desde un ángulo más bajo si había más huellas.

Apartó algunas ramas y se quedó sin aliento.

Su linterna había iluminado dos palos rectos clavados en el suelo.

Cuando alzó la cabeza, la luz de su frontal ascendió y reveló lo que había en cada palo.

Los gritos de Swanson resonaron por todo el bosque.

CAPÍTULO 12

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

Swanson descubrió las cabezas de las víctimas en una zona de densa vegetación a unos ciento cuarenta metros de la cabaña.

El Equipo de Análisis de Evidencias acordonó la escena de inmediato y empezó a procesarla. Al amanecer, McDade ya estaba de vuelta en el puesto de mando, revisando vídeo de alta calidad de las espeluznantes imágenes en uno de los monitores. Leonard Resher, el analista de la Unidad de Análisis del Comportamiento, estaba viendo las imágenes simultáneamente en Quantico.

—En este caso podrían intervenir varios factores —señaló Resher por el altavoz—. Rabia, fantasía, venganza. Ten en cuenta que los Nelson podrían haber sido el objetivo. Podrían tener algún vínculo con el asesino. O los asesinatos podrían ser completamente aleatorios porque los Nelson encajaban en un tipo determinado o porque tan solo estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado.

McDade dejó escapar un largo y profundo suspiro.

—Eso nos deja con un montón de posibilidades —dijo.

—Tenemos que seguir introduciendo datos en el ViCAP. Cualquier prueba física que obtengáis debería ayudarnos a reducir la búsqueda —dijo Resher.

—Lo estamos haciendo, pero aún no tenemos mucho con lo que trabajar.

—Tienes un testigo potencial: el niño.

—Hay agentes vigilándolo en el hospital, pero sigue sin hablar —dijo McDade.

—Voy a enviar un equipo de la Unidad de Análisis del Comportamiento para llevar a cabo un examen en el lugar.

—Bien. Gracias, Len.

McDade se mordió el labio inferior y miró a los demás investigadores de la mesa, invitándolos a compartir sus novedades, ideas y teorías.

—Aparte de esto —Randy Langton, el jefe de búsqueda de la policía estatal, señaló con la cabeza las imágenes en el monitor—, no hemos encontrado nada en los sectores, incluyendo tierra, agua y aire. Y estamos revisando cada embarcadero, rampa de botes, sendero o camino que conduzca al agua.

Entonces Nora Orland, una investigadora de la policía estatal, mostró al grupo un mapa grande y detallado marcado con círculos rojos, en el que la cabaña estaba en el centro.

—Tenemos gente revisando cada sendero, cada cabaña, cada edificio, cada negocio, cada propiedad dentro de estas áreas —dijo Orland—. Hemos establecido controles en todas las carreteras posibles en intervalos de uno, dos, cinco, diez, quince y veinte kilómetros, y así sucesivamente. Estamos a unos doscientos kilómetros de la frontera canadiense. Hemos alertado a la Agencia de Servicios Fronterizos de Canadá, a la Policía Provincial de Ontario y a la Policía Montada de Canadá.

—Bien. —McDade se giró hacia Bill Silvera, del FBI—. ¿Qué sabemos hasta ahora sobre la familia y la cronología de los hechos?

—Lo que sabemos por familiares y compañeros de trabajo es que los Nelson se fueron de Yonkers hace una semana para pasar quince días en su cabaña.

—Eso nos da la base para una cronología. Continúa —dijo McDade.

—Tenemos un equipo forense procesando el todoterreno de la familia, el que los excursionistas condujeron hasta la comisaría de

Saranac. Están revisando la caja negra para ayudar a establecer un marco temporal.

—¿Y los teléfonos de los Nelson? —preguntó McDade.

—Acabamos de obtener las órdenes judiciales y hemos empezado a trabajar con el proveedor de telefonía móvil de los Nelson en Texas —declaró Sally Sheridan, del Equipo de Análisis Informático del FBI —. Estamos revisando el historial de comunicaciones. Nada importante por ahora.

—¿Cuál es la teoría preliminar de tu equipo, Herb? —preguntó McDade a Herb Tranter, el jefe del Equipo de Análisis de Evidencias.

—Aún estamos procesando la huella del zapato hallada donde se encontraron las cabezas. Parece consistente con las que se encontraron en la cabaña.

—¿Y las impresiones de los neumáticos? —preguntó McDade.

—Por las huellas de los neumáticos, es posible que alguien llegara en coche, cometiera el crimen y luego se fuera. Necesitamos estudiar los moldes para identificar los tipos de vehículos y compararlos con el todoterreno de los Nelson. Determinaremos si el asesino fue en coche, a pie o en una embarcación.

—¿Y a los excursionistas los dejamos fuera?

—De momento sí —dijo un agente—. Y han accedido a pasar la prueba del polígrafo.

—De acuerdo. —McDade asintió con la cabeza—. Sobre los Nelson, más cosas.

—También tenemos un equipo con una orden judicial procesando su residencia en Yonkers: ordenadores, todo —añadió Sheridan.

—¿Y qué hay de sus antecedentes? ¿Qué sabemos?

Bill Silvera consultó su teléfono.

—Margaret era agente inmobiliaria. Hemos hablado con su agencia para preguntar si había tenido clientes problemáticos o si había recibido amenazas. No recordaban nada, pero lo van a revisar para estar seguros.

—Sabemos que estaba divorciada —dijo McDade—. ¿Hubo violencia en su anterior matrimonio?

—Estamos recuperando los documentos judiciales. Su exmarido es detective en Long Island, en el condado de Suffolk.

—¿Lo hemos localizado?

—Todavía no. Su supervisor dice que está de vacaciones fuera del país.

—¿Tenemos un número de teléfono o un correo electrónico?

—Ya hemos intentado contactar con él. Está en algún lugar del Pacífico Sur. Seguiremos insistiendo.

McDade asintió.

—¿Y Phil Nelson?

—Acabamos de recibir esto de la oficina central de Nueva York. —Silvera miraba su teléfono—. Según su hermano, que vive en Brooklyn, Phil tuvo un altercado recientemente con un antiguo empleado.

—¿Qué tipo de altercado?

—Al parecer, hace unos meses tuvo que despedirlo, y al tipo no le hizo mucha gracia.

—¿Sabemos por qué y quién es ese hombre, y si hemos hablado con él?

—Estamos trabajando en ello con la policía de Yonkers y la de Nueva York.

—Haced un seguimiento. Mantenedme informada.

Cuando terminó la reunión, McDade salió al aire fresco de la mañana y repasó mentalmente en qué punto estaban con la investigación. Al mirar hacia la cabaña, un pensamiento pasó por su mente.

"Lo que ha ocurrido aquí es indescriptible, pura maldad".

McDade repasó todos los aspectos conocidos y las posibilidades: un asesinato ritual, un acto de venganza, un taque aleatorio o algo más. Como investigadora, no podía permitirse perder la perspectiva general ni dejarse llevar por especulaciones o teorías.

No se podía descartar nada.

Al coger su teléfono para ver fotos de la familia Nelson, se quedó mirando los ojos de Emma Nelson, que brillaban como estrellas

fugaces.

"Ayúdanos a encontrarte, cariño".

—Jill. —Herb Tranter apareció a su lado.

—¿Qué ocurre?

—Hemos encontrado algo. Será mejor que te prepares. Tienes que ver esto.

CAPÍTULO 13

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

Antes de entrar en la cabaña, McDade se puso un mono de protección, cubrezapatos y guantes.

Uno de los agentes del Equipo de Análisis de Evidencias registró el nombre de McDade y la hora a la que Herb Tranter la condujo al interior.

—Ten cuidado y sigue mis pasos. Queremos conservar todas las pruebas. —Tranter señaló el suelo, entró en el dormitorio donde habían encontrado los cadáveres y cerró la puerta.

Los cuerpos ya no estaban, habían sido trasladados para realizarles las autopsias. Todo lo demás permanecía igual. La cama aún estaba húmeda por la sangre. La habitación estaba a oscuras porque la luz de la mañana había sido bloqueada con lonas colocadas por los forenses.

—Hemos aplicado luminol por todas partes.

McDade asintió y observó las paredes cubiertas de sangre. Estaba familiarizada con el proceso, conocido como luminiscencia química. Una vez que la solución química conocida como luminol se aplica uniformemente sobre una superficie, detecta cualquier resto de sangre que un sospechoso haya podido limpiar y hacer invisible a simple vista. Al entrar en contacto con la sangre, la solución reacciona iluminándose de color azul en la oscuridad durante un breve periodo de tiempo. Gracias a los avances tecnológicos, ahora

el resplandor dura más y es más brillante.

Pero McDade no entendía por qué era necesario aplicarlo.

—¿Por qué luminol, Herb? ¿No es evidente la salpicadura?

—Es el procedimiento. No queremos dejar nada sin revisar. Date la vuelta.

McDade se giró. Sus ojos se abrieron de par en par y su corazón se aceleró.

Allí, en la parte trasera de la puerta cerrada, escritas en letras fantasmales que brillaban en azul en la oscuridad, McDade leyó las siguientes palabras: «*No puedes...».*

CAPÍTULO 14

Manhattan, Nueva York

Emma Nelson miraba fijamente a Ray Wyatt desde una de las pantallas de televisión suspendidas del techo de la redacción de *First Press Alliance,* en el centro de Manhattan.

La foto de Emma aparecía sobre imágenes aéreas de la cabaña y los vastos bosques, los investigadores en el lugar, los equipos de búsqueda, los buzos y los controles de carretera.

El gráfico en la parte inferior decía: «Asesinatos en el camino Starving Wolf».

Mientras pasaban las imágenes, Wyatt cogió un mando a distancia y subió el volumen para oír la voz del presentador del canal de noticias.

—Continúa la búsqueda desesperada de Emma Louise Nelson, de ocho años, en el extraño y trágico caso de Phil Nelson, un empresario de Yonkers, y su mujer, Margaret Nelson, agente inmobiliaria. Ambos aparecieron asesinados en la cabaña de la familia, en la remota región de Starving Wolf, al norte del estado de Nueva York. Al entrar en el cuarto día de este desconcertante caso, el FBI sigue sin revelar la causa, el motivo y los sospechosos, por lo que se especula con la posibilidad de que se trate de un ataque aleatorio, un robo que salió mal o algún tipo de asesinato ritual. La historia salió a la luz cuando unos excursionistas encontraron al hijo de los Nelson, Ethan, de seis años...

Las fotos de Ethan, Phil y Margaret se unieron a las de Emma para llenar la pantalla. Allí estaban: una familia media estadounidense

unida en la tragedia. A Wyatt se le encogió el corazón cuando el reportaje terminó y analizó el contenido.

"Aquí no hay nada nuevo. Tengo que encontrar una manera de meterme en esta historia».

Wyatt dejó sus bolsas de viaje y se acomodó en su mesa.

Había regresado a la ciudad a última hora de la noche después de tres días en el lugar de los hechos, volando de vuelta con Roxanne Rowe y Kurt Sharp en el bimotor Cessna fletado. Habían discutido el caso durante parte del vuelo antes de que Wyatt y Sharp se durmieran.

Ahora, mientras tomaba un café para llevar, Wyatt observaba las mesas vacías de la redacción.

Parecía una ciudad fantasma.

La otrora ilustre agencia de noticias no había dejado de recortar presupuestos y personal. Wyatt había perdido la cuenta de las veces que había visto a amigos llevarse los restos de sus carreras en cajas de cartón y caminar hacia el ascensor como en un funeral.

Según sus colegas de *Bloomberg*, *AP* y *Wall Street Journal*, *Alliance* estaba a punto de hacer otra ronda de recortes.

"¿Y si esta vez mi nombre está en la lista?".

Ser periodista era todo lo que Wyatt sabía hacer.

Y ahora ese sueño, un sueño por el que había trabajado muy duro, podría estar llegando a su fin. Internet estaba pasando factura a *Alliance*. Demonios, a toda la industria de las noticias.

No había trabajos esperando a tipos como Wyatt.

A sus cuarenta y un años, y dado el contexto actual, no importaba lo bueno que fuera. Nadie le contrataría porque todo el mundo estaba igual.

Danny y Lisa le sonrieron desde la foto enmarcada cerca de su teclado.

Wyatt miró hacia los despachos de los editores, con paredes de cristal, situados a un lado de la planta. Lou Talbott estaba al teléfono y le hizo señas para que entrara al terminar la llamada.

—¿Cómo te fue en las montañas? —Talbott se levantó y se

arremangó.

—El paisaje es bonito. La historia es una tragedia horrible, y el FBI mantiene las cosas muy herméticas sobre la investigación.

—He contratado a un corresponsal de uno de los periódicos locales para que nos vaya informando mientras trabajamos en esto desde aquí. ¿Has hablado ya con Judy Pace?

—No, acabo de llegar.

—Ha conseguido muy poco de la familia y amigos en Yonkers. Habla con ella, consigue toda la información y hazte cargo. Necesito que dirijas esto. Moviliza a tus contactos, Ray. Tenemos que conseguir algo. No debería tener que recordarte lo que nos jugamos.

—No tienes que recordármelo, Lou.

De vuelta en su mesa, Wyatt recordó una época en la que ciento cincuenta personas trabajaban en la sede de *Alliance* en turnos de veinticuatro horas. Ahora, solo quedaban sesenta. Y había perdido la cuenta de cuántas sucursales nacionales y extranjeras habían cerrado. Mientras hacía inventario de las mesas vacías, sintió una punzada de pérdida. El lugar empezaba a parecerse más a un cementerio que a la sede de una agencia mundial de noticias.

Tenía que seguir adelante.

Wyatt comprobó si había mensajes en su teléfono y se lo volvió a meter en el bolsillo. Luego miró a la mujer que estaba sentada en su mesa, echando un vistazo a su móvil.

Sonrió.

Tenía una nariz pequeña y respingona. Siempre le había parecido que era guapa y una excelente periodista. Tenía un instinto afilado y no se dejaba intimidar por nadie.

—Vaya, pero si es Judy Pace, la chica reportera —se burló de ella.

—Raymond. Te he visto con Lou. ¿Te ha comentado algo sobre los rumores?

—¿Qué rumores?

—Otra oleada de recortes de personal en cualquier momento.

—Llevan diciendo eso un par de meses.

Pace parpadeó mientras miraba a su alrededor.

—No me creo lo que está pasando. Ya nos han reducido al mínimo. Si pierdo mi trabajo aquí... —le tembló la barbilla—, puede que tengamos que vender la casa.

—Sé que es una mierda, Judy. Está mal en todas partes, pero hay que hacer lo que sea para aguantar.

Ella asintió.

—Tengo un amigo en la CNN que está intentando conseguirme un puesto allí. Parece que van a abrir un par de plazas de productor.

—Ahí lo tienes. Hasta entonces, seguimos trabajando y cobrando. Dime, ¿cómo te fue en Yonkers? ¿Fuiste a la casa?

—Sí.

—¿Alguna pista sobre quién podría haber hecho esto? ¿Los Nelson tenían enemigos?

—Nada de eso. No había nadie allí. Hablé con un par de vecinos, conseguí algunos testimonios conmovedores. Lo típico de una familia normal. Probé en la inmobiliaria donde trabajaba la madre y recibí algunos comentarios a modo de homenaje. Luego fui al negocio de jardinería del padre. Te he enviado todo lo que tengo: direcciones, números..., pero que conste.

—¿Que conste qué?

—Me acerqué a hablar con un par de trabajadores de la empresa de jardinería y un imbécil me dijo que me fuera a la mierda. No conseguí nada, así que no insistí.

—¿Te echaste atrás por un imbécil? Eso no es propio de ti. Tú eres una fiera, Judy. A todos nos mandan a la mierda. Es parte de nuestro trabajo.

—No sé. —Se encogió de hombros—. Es que estoy pensando en este lugar y, bueno, me pregunto... ¿qué sentido tiene intentarlo?

Como él no respondió, ella lo miró y le dijo:

—¿Cómo lo haces, Ray?

—¿Hacer qué?

Señaló la foto enmarcada de su mujer y su hijo junto al teclado, y sus dos nominaciones al Pulitzer también enmarcadas: dos veces finalista, pero ningún premio.

—Seguir en esto, seguir adelante después de todo lo que has pasado.

Wyatt miró la foto de su familia y parpadeó.

—Supongo que es mi forma de ser. No me rendiré sin pelear.

Wyatt revisó su teléfono, se terminó el café, se levantó y cogió la chaqueta.

—¿A dónde vas? —preguntó Judy.

—A Yonkers. Hay que seguir avanzando en la historia.

CAPÍTULO 15

Yonkers, Nueva York

Los Nelson vivían en una gran casa de campo con un porche que rodeaba toda la estructura. Estaba situada en un terreno ajardinado, en pendiente, que ofrecía vistas del río Hudson desde el noroeste de Yonkers.

Wyatt se sorprendió al llegar, pues esperaba ver a algunos equipos de noticias, policías o vecinos. Algún tipo de actividad. Pero todo estaba en calma. Volvió a comprobar las notas de Judy Pace, confirmando que tenía la dirección correcta. Luego subió por el camino hasta la casa y llamó al timbre.

Había tres vehículos aparcados uno junto al otro en la entrada. El último tenía matrícula de Connecticut. Wyatt oyó movimiento en el interior, luego una mujer abrió la puerta. Tenía unos cuarenta años y los ojos enrojecidos. Wyatt escuchó una voz detrás de ella, un hombre al teléfono.

—¿Sí? —La mujer apretó un pañuelo arrugado en la mano.

—Ray Wyatt. Soy periodista de *First Press Alliance*.

La mujer no respondió, así que él continuó:

—Hace unos días estuve en Saranac Lake, en el hospital, y hablé con los tíos de Ethan Nelson, Martin y Rhonda Meyer.

La mujer parpadeó y a él le pareció que asentía.

—¿Es esta la casa de Phil y Margaret Nelson?

—Sí —la mujer recuperó algo la compostura—, pero lo siento, es un mal momento.

—Lo sé. Por favor, perdóneme, pero ¿sería posible que hablara con

alguien de la familia? Es importante.

—Lo siento, pero no es un buen momento.

—Solo busco algo de información. Podría ayudar a encontrar a Emma y a que la gente sepa lo de Phil y Margaret, lo que ha ocurrido.

—Phil era mi hermano. —Se cubrió la cara con la mano—. Estamos en *shock*, y tenemos que encontrar a Emma. Lo siento, yo...

Wyatt oyó unos pasos pesados, y un hombre corpulento y alto abrió la puerta de par en par.

—Otro periodista —dijo la mujer.

El rostro del hombre se endureció mientras examinaba a Wyatt de pies a cabeza.

—Ya le hemos contado a la policía todo lo que sabemos —dijo—. Vaya a hablar con ellos.

—Lo entiendo, y ya he hablado con el FBI, pero estoy intentando entender quiénes eran Phil y Margaret, por qué alguien querría hacerles esto.

—No deberíamos hablar con usted. Eso es lo que nos ha dicho la policía.

—Con el debido respeto, eso es lo que siempre dicen, señor. Una mayor atención sobre esta terrible tragedia puede ayudar a encontrar a Emma y al responsable.

El hombre tensó los músculos de la mandíbula mientras pensaba cómo responder. Wyatt sabía que ese era el momento clave. O hablaban, o se tendría que marchar. Los ojos del hombre se entrecerraron.

—No tenemos ni idea de qué clase de animal haría esto —dijo—. Phil y Maggie eran personas amables y cariñosas.

Wyatt sacó su cuaderno, asintió y anotó lo que había dicho. Luchando contra las lágrimas, la mujer añadió:

—Mi hermano quería a Maggie y a los niños con toda su alma. Estábamos muy felices de que hubiera encontrado a alguien después de la muerte de Alice.

—¿Alice? —preguntó Wyatt.

—La primera mujer de Phil murió de cáncer. No tuvieron hijos. Al cabo de unos años, él vendió su casa. Así conoció a Maggie. Era su agente inmobiliaria. Y ella también lo había pasado muy mal.

—¿A qué se refiere?

La mujer miró al hombre y luego a Wyatt, con el bolígrafo suspendido en el aire.

—La verdad es que nunca hablaban de ello —dijo la mujer—. Maggie era muy reservada al respecto y Phil era protector, pero una vez nos dijo que su marido, su ex, no era un buen hombre.

—¿En qué sentido?

—Creo que ya es suficiente —intervino el hombre—. Tenemos que irnos a Saranac Lake.

—Espere, por favor. ¿Cómo que no era un buen hombre? ¿Lo sabe la policía? ¿Cómo se llama?

—La policía lo sabe —respondió el hombre—. Se lo dijimos a los detectives de Yonkers que vinieron aquí. Su ex se llama Dean Street. Es policía del condado de Nassau o de Suffolk. Escuche, de verdad que tenemos que irnos. Debemos ayudar con el papeleo y llevar ropa para Ethan.

—¿Cómo está?

—Por lo que nos han dicho —intervino la mujer—, no ha pronunciado ni una palabra.

—Ya está, tenemos que irnos —dijo el hombre.

—De acuerdo, gracias —dijo Wyatt—. Mis condolencias. Esta es una parte de mi trabajo que no disfruto. Me gustaría utilizar sus comentarios en mi artículo. ¿Les parece bien?

El hombre exhaló y asintió.

—¿Me pueden dar sus nombres y números de teléfono? Les informaré si nuestra agencia de noticias se entera de alguna novedad.

—Stowe —dijo el hombre—. Somos Audrey y Cooper Stowe. De Hartford, Connecticut. —Deletreó sus nombres y le dio a Wyatt su número y su correo electrónico.

—¿Tienen los contactos de los detectives de Yonkers? —preguntó

Wyatt.

Cooper Stowe sacó unas tarjetas de su cartera y Wyatt las fotografió con el móvil. Luego le dio a Cooper una tarjeta con su número.

—Gracias. De nuevo, mis disculpas y mis condolencias.

Wyatt se dio la vuelta para marcharse cuando Cooper Stowe, con un tono más cordial ahora, dijo:

—Es posible que quiera investigar algo sobre el negocio de Phil, SunTop Landscaping, aquí, en la ciudad.

—¿A qué se refiere?

—En la última reunión familiar me contó que había tenido un enfrentamiento con un tipo después de despedirlo, hace unos meses. Creo que Phil estaba un poco afectado por ello. Eso es lo que les dije a los detectives de Yonkers.

—¿Sabe el nombre de ese tipo?

—No, no lo sé.

Wyatt miró a Stowe un momento.

—Gracias. Lo investigaré.

CAPÍTULO 16

Yonkers, Nueva York

SunTop Landscaping ocupaba una parcela en una esquina, rodeada por un seto de hoja perenne de dos metros y medio de altura, cuidadosamente recortado, que ocultaba una valla metálica.

El edificio principal, de poca altura, tenía una oficina anexa a un garaje triple, que se asentaba sobre un aparcamiento pavimentado. Un par de docenas de personas se movían por allí, cargando coches y camiones aparcados junto a equipos de jardinería.

Wyatt atravesó la puerta abierta.

La advertencia de Judy Pace sobre una recepción hostil resonó débilmente en su cabeza mientras se acercaba al grupo más cercano. Tres hombres estaban reunidos alrededor de uno que sujetaba un teléfono. Estaban tan absortos con lo que el hombre del teléfono estaba compartiendo que no notaron la presencia de Wyatt hasta que estuvo a pocos pasos.

—Disculpen. Me llamo Ray Wyatt. Soy periodista de *First Press Alliance*. ¿Podrían ayudarme a encontrar...?

—¿Un periodista? —El hombre que sostenía el teléfono frunció el ceño, miró a los demás y luego volvió a mirar a Wyatt—. ¿Eres el tipo de periodista que escribe esta basura?

Wyatt estaba desconcertado.

—Lo siento, no sé a qué se refiere. Trabajo para una agencia de noticias.

El hombre acercó el teléfono a la cara de Wyatt para que pudiera leer un artículo que acababa de publicarse en Internet.

La noticia era breve y citaba «fuentes» que aseguraban que Phil y Margaret Nelson habían sido asesinados por las fuerzas de la justicia porque abusaban de sus hijos, y que Emma Nelson había sido rescatada y ubicada en un hogar seguro con una familia cariñosa y adinerada de Manhattan.

Wyatt negó con la cabeza.

La historia estaba publicada en una web conocida como baddogyowling@thebadmoon. Los responsables eran un grupo marginal que se alimentaba de casos muy sonados y luego traficaba con teorías conspirativas. El *New York Times*, el *Washington Post* y el *Wall Street Journal* habían demostrado que lo que publicaban era falso.

—Le he preguntado —dijo el hombre— si usted es uno de esos mentirosos y desgraciados de los falsos medios de comunicación?

—Venga ya —dijo Wyatt—. Esta historia es tan real como un grafiti en un retrete.

—No creemos que nuestra gente deba hablar con personas como usted.

—Yo no tengo nada que ver con esto.

—¡Márchese de aquí, ahora!

Los hombres rodearon a Wyatt. Estaban bronceados, sin afeitar, y sus brazos musculosos estaban cubiertos de tatuajes. Wyatt estaba familiarizado con ese comportamiento; lo había presenciado antes. Tras tragedias sin sentido que dejaban a la gente impotente y furiosa, algunos encontraban alivio atacando a los periodistas.

—Se lo he dicho —dijo Wyatt—. Soy de *First Press Alliance*. No tengo nada que ver con esa basura.

—¡Lárgate de aquí ahora mismo!

El hombre del teléfono empujó a Wyatt.

—¡Ya basta, Gino!

Todos se giraron hacia la mujer vestida con un polo de SunTop, que estaba de pie y con las manos en las caderas. Parecía tener unos cincuenta años y desprendía un aire de autoridad.

—¿Es usted periodista? —le preguntó a Wyatt.

—Sí. Ray Wyatt, de *First Press Alliance*.

—¿Me enseña su acreditación?

Sacó la cartera y se la mostró.

Después de examinarla, la mujer dijo:

—Venga a la oficina conmigo, señor. —Luego se giró hacia los demás—. Y vosotros terminad de cargar el camión y tomaos un maldito descanso.

Condujo a Wyatt a un estrecho despacho con un escritorio, archivadores de acero y paredes paneladas. En un gran tablón había un calendario de la empresa SunTop con la imagen de un bonito jardín, junto con horarios de trabajo y listas de contactos.

—Conozco su nombre por sus artículos. Tome asiento. —Señaló una de las dos sillas situadas frente a la suya, de respaldo alto.

Wyatt vio una caja de pañuelos de papel junto al teclado y un pañuelo arrugado sobre un portapapeles que contenía una hoja con notas escritas a mano.

—Val Radley. Soy la jefa de equipo. Estamos intentando organizarlo todo antes de cerrar durante unos días. Ya sabe, unos días de luto. Siento lo de Gino y los chicos. Las emociones están a flor de piel.

Cogió un pañuelo.

—Lo comprendo.

—Seguimos trabajando. Algunos de nuestros colegas en el sector, nuestra competencia, nos están ayudando para mantener los contratos, y estamos organizando a los voluntarios que van a Starving Wolf para ayudar en la búsqueda. Han sido unos días muy duros.

—Me hago cargo.

—Esto está siendo muy difícil. No podemos creer lo que ha pasado. ¿Por qué? ¿Por qué alguien haría algo así? Y Emma... ¡Dios mío! —Radley negó con la cabeza—. Tenemos que encontrar a esa niña. ¿Ha oído si el FBI tiene alguna pista? ¿Hay alguna novedad?

—No, pero tienen a mucha gente trabajando en ello.

Radley dio un largo suspiro.

—¿Puede hablarme un poco sobre Phil y Margaret? Es para los artículos en los que estamos trabajando.

—Son... Eran las mejores personas del mundo. Él era honesto, trabajador y muy bueno con los niños. Llevo con Phil desde que fundó SunTop con Alice, su primera mujer, antes de que muriera.

—¿De cáncer?

—Sí. Estuvo a punto de acabar con él, pero resistió. Entonces conoció a Maggie.

—¿Qué puede decirme sobre Maggie?

—Es una bellísima persona, muy tranquila y entregada a Ethan y Emma. Estaba profundamente enamorada de Phil. Los dos encajaban a la perfección. A veces él me decía que era curioso cómo había terminado su vida; que, aunque nunca se recuperaría de la pérdida de Alice, estaba muy contento de tener a Maggie y a los niños.

—¿Qué puede decirme sobre el ex de Maggie, Dean Street?

—¿El policía?

—Sí.

—No mucho, solo que el divorcio fue complicado. Pero ella era muy reservada y muy tímida. Nunca hablaba de esa parte de su vida.

Wyatt pasó a una nueva página de su cuaderno.

—Tengo entendido que Phil tuvo problemas recientemente con un antiguo empleado.

El rostro de Radley se tensó. Luego se levantó, rodeó el escritorio, pasó junto a Wyatt y cerró la puerta.

—¿Así que lo sabe? —Se sentó y empezó a juguetear con una goma elástica entre las manos.

—He oído algo.

—Les dije a los detectives que vinieron todo lo que sabía, pero me pidieron que lo mantuviera en confidencialidad.

—Lo sé. Y, ya que estoy al tanto, quizá pueda confirmarme que tengo los datos correctos. Tengo entendido que Phil despidió a un trabajador por un desacuerdo...

Radley siguió retorciendo la goma elástica, pensativa.

—¿Fue así? —preguntó Wyatt.

—Fue más que eso. El tipo mintió en su currículum —dijo—. No le dijo a Phil que era un exconvicto. Salió de Rikers hace unos dos años, tras cumplir condena por agresión sexual.

Wyatt asintió, tomando notas.

—Phil es, o era, un tipo decente —su voz se quebró, pero continuó —, la persona más decente que he conocido. Le daría una oportunidad a cualquiera, pero ese tipo mintió sobre su pasado como delincuente sexual violento. Maggie y los niños venían aquí todo el tiempo, y tenemos a otras mujeres trabajando para nosotros, así que cuando Phil se enteró por un policía amigo suyo, lo despidió en el acto.

—¿Y esto fue hace unos dos meses?

—Dos meses, sí.

—¿Cómo se lo tomó él?

—Por lo que Phil me dijo, se enfadó mucho. Un día, como un mes después de haberlo despedido, Phil estaba en el centro comercial con los niños, y ese tipo estaba allí, esperándolo en el aparcamiento para enfrentarse a él.

—¿Qué ocurrió?

—No lo sé, pero Phil estaba muy alterado.

—¿Se lo contó a la policía?

—Tal vez. No estoy segura.

—¿Presentaron cargos contra él?

—No lo sé.

—¿Y eso fue todo?

—Tampoco lo sé. Phil no habló mucho del tema después de aquello.

—Pero los detectives están al tanto y lo están investigando, ¿verdad?

—Creo que sí. Parecían muy interesados.

—¿Cómo se llama ese hombre?

Radley retorció la goma elástica.

—No dirá en su artículo que he sido yo quien le ha hablado sobre este tipo, ¿verdad? No quiero que salga mi nombre.

—No lo mencionaré, si es lo que prefiere.

—Su nombre es Mickey Lee Brim.

Wyatt lo escribió y le enseñó su cuaderno a Radley. Ella asintió.

—¿Tiene su dirección y fecha de nacimiento? No diré de dónde lo he sacado.

Radley dudó, se levantó y se dirigió a un archivador.

CAPÍTULO 17

Manhattan, Nueva York

Varios kilómetros al sur de donde Ray Wyatt seguía la pista de su historia, Jill McDade estaba de vuelta en Manhattan, en su despacho de la planta veintiocho de la sede del FBI en Nueva York, en Federal Plaza.

Observaba las brillantes palabras azules que habían sido garabateadas en la puerta de la cabaña donde los Nelson habían sido asesinados.

"No puedes...».

Las fotos de las letras llenaban el monitor del ordenador de McDade.

Había regresado de la escena la noche anterior, demasiado tarde para recoger a Alison del apartamento de su vecina. Pero se había escabullido para besar su mejilla antes de irse a casa a dormir unas horas. Su despertador sonó a las 4:30 de la mañana. Se dio una ducha caliente y luego cogió el metro hasta el Bajo Manhattan.

Durante todo el trayecto, había mirado la foto de Emma Nelson en su teléfono, pensando que tenía casi la edad de Alison, esperando y rezando para que estuviera viva.

Pero conocía las probabilidades.

Ahora, en su despacho, se concentraba en la pantalla del ordenador.

Llevaba varias horas examinando los informes más recientes. Incluían declaraciones, vídeos, diagramas y los resultados preliminares de los registros y análisis de la escena. Pero volvía una

y otra vez a las dos palabras garabateadas en la puerta del dormitorio.

Le inquietaban.

El teclado de McDade repiqueteó mientras tecleaba su contraseña para acceder a un expediente cifrado.

Hacía poco más de tres años, varios meses antes de la muerte de su marido, había sido asignada a un grupo de trabajo multijurisdiccional que investigaba una serie de asesinatos sin resolver de víctimas cuyos restos fueron encontrados en varios estados durante un periodo de diez años. La investigación seguía en curso, pero en casi dos años no había surgido nada relevante.

El expediente del caso fue marcado como UNSUB, el término que usaba el FBI para referirse a un sujeto desconocido. Pero, entre los miembros del grupo de trabajo, el sospechoso había sido apodado la Hidra, tomado de la mitología griega. La Hidra era una serpiente de muchas cabezas; cuando se le cortaba una, esta era sustituida por otras dos.

El apodo llegó a la prensa y generó titulares.

La investigación giraba en torno a los restos de más de una docena de mujeres, niños y hombres que habían sido descubiertos en los Meadowlands de Nueva Jersey, en los suburbios de Boston, en Filadelfia y en Long Island, Nueva York. En la mayoría de los casos, las víctimas habían sido desmembradas, y había un factor común en cada incidente.

En las vallas, en los árboles o, a veces, junto a los restos, el asesino había dejado un breve mensaje que empezaba por «No puedes». Ese detalle era una prueba clave que se había ocultado a otros investigadores. Solo unos pocos detectives del grupo operativo, entre ellos McDade, conocían el mensaje completo exacto que se había encontrado en cada caso.

Con el tiempo, algunos medios de comunicación que afirmaban haber tenido fuentes cercanas a la investigación, habían publicado que el mensaje completo era «No puedes hacerme esto», «No puedes escapar» o «No puedes ir al Cielo».

Todos estaban equivocados.

Y aunque el nuevo caso del camino Starving Wolf no aparecía un mensaje completo, McDade empezó a sentir miedo y se le hizo un nudo en el estómago.

"¿Podría la Hidra estar en activo de nuevo?".

Miró la foto de Emma Nelson y luego la de Ethan, su hermano traumatizado.

"¿Sois mis únicos testigos vivos?".

Había dado instrucciones al Equipo de Análisis de Evidencias del norte del estado para que no contaran a nadie lo del mensaje en la cabaña, a excepción del personal de la Unidad de Análisis del Comportamiento.

"Esto lo cambia todo, y necesitamos proteger el caso. Necesitamos tiempo para evaluarlo y para obtener más información».

Consultó los informes de la autopsia que habían llegado de Saranac Lake. Phil y Margaret Nelson habían muerto por heridas de arma blanca. Cada uno había sufrido varias heridas cortantes, heridas incisas que habían llegado hasta el hueso subyacente. Las lesiones se habían producido con un arma pesada de filo cortante, como un machete o un hacha. Cada víctima presentaba múltiples heridas defensivas en las manos, los brazos y los antebrazos. Estaban muertos, o casi muertos, en el momento de la decapitación.

McDade apretó los ojos con fuerza durante dos segundos, absorbiendo el horror del ataque.

A continuación, continuó analizando otros aspectos del caso. Aún no habían encontrado el arma del crimen, lo que la dejaba especulando sobre si el asesino se la había llevado. Todavía estaban procesando huellas y revisando las impresiones de neumáticos y pisadas en las bases de datos.

Tras la rueda de prensa, los investigadores habían recibido unas doscientas pistas sobre posibles informaciones y avistamientos de Emma Nelson. Se estaba haciendo un seguimiento de todos ellos, pero hasta el momento no había surgido nada concreto.

McDade soltó un largo y lento suspiro.

"No pierdas la perspectiva general: mantén la mente abierta a todo».

Consultó el informe sobre el encontronazo de Phil Nelson con su exempleado descontento, Mickey Lee Brim, el exconvicto al que Nelson había despedido por no revelar que había cumplido condena en Rikers Island por agresión sexual.

McDade cogió el teléfono y llamó a otro agente.

—Dwayne, ¿en qué punto estamos con Brim? ¿Lo hemos localizado y hemos confirmado su paradero?

—Estamos trabajando en ello con la policía de Yonkers y la de Nueva York. Por lo visto, no consiguen dar con él.

—Tenemos que encontrarlo. Lo necesitamos.

McDade revisó sus notas sobre el exmarido de Margaret Nelson, Dean Street, el policía del condado de Suffolk. Necesitaban darle la noticia, dado que era el padre biológico de Ethan y Emma. Leyó sus apuntes. El FBI le había llamado, enviado mensajes de texto y correos electrónicos.

No habían obtenido respuesta.

"¿Por qué está tardando tanto?».

Podría haber estado incomunicado. Sabía que Dean Street estaba de vacaciones en el Pacífico Sur, haciendo alpinismo en Nueva Zelanda o senderismo en Australia, y habían recurrido al agregado legal del FBI en Canberra para confirmar sus vuelos y posiblemente notificárselo a través de las compañías aéreas.

"Aun así, se supone que debería haber visto algo en las noticias en alguna parte».

Mientras McDade se levantaba para prepararse otra taza de café, un recuerdo vago y diminuto la asaltó, pero no pudo precisar de qué se trataba.

De vuelta en su mesa, estudió de nuevo las palabras: «*No puedes...».*

"¿Por qué este no es un mensaje completo, como los demás? ¿Ha vuelto la Hidra?».

CAPÍTULO 18

Yonkers, Nueva York

Ray Wyatt encontró una cafetería a unas tres manzanas de SunTop Landscaping, echó un vistazo al desgastado menú de plástico, pidió un sándwich club a la camarera, que bostezaba, y luego hizo una llamada.

El número que marcó respondió al cuarto tono.

—Hola, soy Wyatt. ¿Has seguido ese doble asesinato en el norte del estado con la niña desaparecida?

—He estado leyendo tu buen trabajo, amigo.

—Necesito tu ayuda. Tengo que verte.

—¿Cuándo? Suenas apurado.

—Lo antes posible. Estoy en el noroeste de Yonkers.

—¿Yonkers? No estoy lejos. Déjame comprobar algunas cosas. No cuelgues. —La camarera le trajo a Wyatt su *ginger ale*, y él dio las gracias con la cabeza mientras su contacto volvía a la llamada—. Vale, te veré en noventa minutos en Yonkers. Te enviaré un mensaje con la ubicación.

Tras terminarse el sándwich, Wyatt llamó a Crystal O'Shea, de la hemeroteca de *First Press Alliance*, agradecido de que siguiera en plantilla. Le pidió que se pusiera en contacto con la empresa de investigación jurídica que utilizaban y le solicitara que obtuviera todos los antecedentes penales y penitenciarios de Mickey Lee Brim. Le proporcionó la fecha de nacimiento del investigado. Como una idea de última hora, también le pidió copias de los documentos del divorcio de Margaret Nelson.

—De acuerdo. Entendido, Ray —dijo O'Shea.

Después de comerse su postre de tarta de manzana y helado de vainilla, Wyatt siguió investigando antes de llamar a un taxi.

***

El lugar de la reunión era Tibbetts Brook Park, en un banco junto a County Park Road, muy al sur de los campos de fútbol.

A Wyatt le gustó que el banco estuviera a la sombra de altos arces. Una brisa susurraba entre las hojas, arrastrando consigo el canto de los pájaros y el rumor del tráfico de Saw Mill Parkway.

Al cabo de quince minutos, vio que un Ford sedán familiar se detenía y aparcaba a un lado a cierta distancia. De él salió un hombre blanco, unos años mayor que él, vestido con un abrigo deportivo azul marino sobre una camisa azul y vaqueros. Llevaba gafas de aviador, y el pelo blanco le empezaba a ralear.

Era Tony DeCastilla, un detective retirado de la policía de Nueva York.

Wyatt lo había conocido hacía unos años, cuando había informado sobre un atraco frustrado a un banco en el Bronx. La policía de Nueva York había recibido un soplo del robo y se movilizó para impedirlo. Tony D, como le llamaban, estaba en el lugar y recibió dos disparos. Respondió al fuego y mató a los dos sospechosos, de veinticuatro y veintidós años. Eran unas hermanas de Union City, Nueva Jersey.

Las chicas eran drogadictas violentas que necesitaban saldar una deuda. Pensaron que podrían asaltar el banco con la ayuda interna del novio de una de ellas, que trabajaba allí. Pero el novio se echó atrás y alertó a la policía.

En los días siguientes, Tony D aceptó ser entrevistado por Wyatt. Se cayeron bien y desde entonces mantuvieron el contacto. Wyatt escribió un artículo sobre el caso. Mucho más tarde, se enteró de que la dolorosa recuperación de Tony tras recibir los disparos —una bala le había atravesado la parte baja de la espalda, mientras que la otra le había astillado la columna— lo había obligado a caminar con

una leve cojera. Tiempo después, los trámites burocráticos seguían bloqueando los términos de su indemnización por lesiones.

Tony D necesitaba un costoso tratamiento farmacológico para tratar su dolor. Vivía con su mujer, empleada municipal, en una casa de dos dormitorios en Brooklyn, de más de sesenta años de antigüedad, desde donde dirigía una pequeña agencia de detectives privados para llegar a fin de mes.

Tony usaba a Wyatt como recurso de investigación.

Y Wyatt lo usaba a él. Así era como funcionaban.

Además, Tony D era respetuoso con lo que Wyatt había sufrido en su vida, y su relación profesional se había convertido en amistad.

El antiguo detective se acercó lentamente al banco donde lo esperaba su colega.

—Bueno, Raymond, ¿cómo estás?

—Como siempre, Tony, ¿y tú?

—Día a día. ¿Cómo está Molly?

—Ella siempre está bien. ¿Y cómo está tu sufrida esposa?

—Rosie también está bien. —Tony suspiró—. Entonces, ¿necesitas ayuda con esta historia?

—Sí.

Wyatt le contó todo lo que sabía sobre Mickey Lee Brim. Señaló que aún no había recibido todos los antecedentes penales de Brim, pero que los familiares y los compañeros de trabajo le habían dicho que había cumplido condena en Rikers por agresión sexual.

—La cuestión es que parece que Brim acosó a Phil Nelson después de que lo despidiera, que se enfrentó a él en el centro comercial. Si eso es cierto, quizá Nelson lo denunció.

—Habría un informe —dijo Tony D—, algo en el registro de una unidad policial que atendió el incidente.

—Exacto. Y eso es lo que necesito. Quiero saber qué ocurrió. ¿Le amenazó? Lo investigaría yo, pero necesito esta información cuanto antes. ¿Puedes ayudarme?

Tony D exhaló despacio.

—Conozco a gente en la policía de Yonkers, pero tengo que

advertirte. Si el FBI está tras este tipo, y probablemente lo estén...

—Seguramente lo estén.

—Bien, entonces me podría resultar un poco complicado.

—Lo entiendo.

—Pero conozco a unos chicos de la policía de Nueva York que me deben una, así que veré qué puedo hacer. —Tony D se encogió de hombros—. ¿Y me has hecho venir hasta aquí cuando podrías haberme preguntado esto por teléfono?

—Oye, te echaba de menos, hacía tiempo que no te veía.

—Estás acumulando una gran cuenta conmigo. —Tony D sonrió—. Tienes suerte de que tenga otros asuntos que atender en Westchester.

—¿Me puedes acercar a la estación?

—Qué morro tienes, amigo. —Tony D gruñó y se levantó—. Vámonos.

—Ah, otra cosa: Margaret Nelson estaba divorciada de un tipo que trabajaba en la policía del condado de Nassau o Suffolk.

—¿Quién es?

—¿Te suena el nombre de Dean Street?

Tony D negó con la cabeza.

—No, pero puedo preguntar.

CAPÍTULO 19

Manhattan, Nueva York

Era última hora de la tarde cuando se abrieron las puertas del ascensor en la sede de *First Press Alliance*.

Wyatt pasó junto a las paredes de la recepción con las fotos premiadas de la agencia, atravesó la redacción y se dirigió a su mesa, molesto porque Talbott lo quería de vuelta allí cuando podría haber enviado la información desde Yonkers.

Había estado presentando contribuciones durante todo el día para el artículo de actualización sobre los asesinatos en Starving Wolf, pero así eran las cosas. Wyatt dejó su café para llevar sobre la mesa, abrió sus notas y marcó con asteriscos los puntos clave que iba a utilizar.

Lou Talbott apareció frente a él.

—Ray, quiero que prepares un artículo más largo que englobe todo lo que sabemos hasta ahora. Lo más importante al principio. Te enviaré los borradores de cada uno. —Talbott se giró y añadió por encima del hombro—: Hazlo rápido. Los suscriptores están esperando. Se marcharán a *AP* o a *Reuters* si nos retrasamos.

—Lou, lo sé. No tienes que decírmelo.

Talbott se detuvo.

—Ven a mi despacho un momento.

Talbott cerró la puerta.

Wyatt cogió una silla.

—No te sientes, Ray. Será rápido. —Talbott se pasó la mano por la nuca y comenzó a pasearse por la oficina—. Esto se queda entre

nosotros.

—Por supuesto, Lou. Claro.

—Me ha llegado de mi fuente en la empresa que estamos en venta... o que cerramos. No sé los detalles, pero el tiempo corre en nuestra contra.

—¿Es así de grave? No tenía ni idea.

—Si pudiéramos conseguir un par de exclusivas que dieran un empujón a nuestras cifras, quizá ganemos algo más de tiempo y atraigamos a un comprador que nos mantenga en pie. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, pero es una posibilidad remota, Lou.

—Mira, ahora mismo tenemos la oportunidad de mantener en marcha *First Press Alliance*. Si valemos algo como periodistas, debemos hacer todo lo posible por aprovecharla. ¿Me comprendes, Ray?

—Sí.

Wyatt ya se imaginaba que algo así estaba en el aire.

En su mesa, lo primero que hizo fue revisar el borrador de Judy Pace. Ella tenía las últimas novedades sobre pistas, recursos y el alcance de la investigación. Kevin Levine, el corresponsal en Saranac Lake, había aportado información sobre el impacto de la tragedia en la comunidad.

Todo era información general, ambiente y contexto, sin nada realmente relevante.

Wyatt comenzó a escribir, empezando por la desesperada búsqueda de Emma Nelson y los misteriosos asesinatos de sus padres.

Quería empezar con su información exclusiva: el hecho de que Phil y Margaret Nelson habían sido decapitados. Pero todo lo que tenía era el rumor de una persona de la localidad en una tienda. Necesitaba una confirmación oficial, y el FBI se había negado a dársela.

Wyatt no le había dicho a Talbott nada sobre el enfoque de la decapitación, adhiriéndose a su regla de nunca decirle a un editor lo

que tienes hasta que lo hayas conformado. Los editores, o te obligaban a presionar a tu fuente hasta perderla, o descartaban tu pista por completo.

"Quizá es el momento de presionar un poco».

Wyatt abrió su cartera y miró la tarjeta de visita de Jill McDade, la agente del FBI a cargo del caso. Cogió el teléfono y la llamó al móvil. Ella contestó al segundo tono.

—McDade.

—Agente McDade, no sé si me recuerda, soy Ray Wyatt, de *First Press Alliance*. Hablamos hace unos días en el lugar del crimen.

—¿Qué quiere, señor Wyatt?

—¿Es consciente de que me he abstenido de informar sobre el hecho de que los Nelson fueron decapitados?

McDade guardó silencio.

—Estoy planeando incluir esa información en nuestro próximo artículo, que saldrá publicado dentro de una hora. Buscaba una confirmación por su parte.

—No puedo. Debe contactar con nuestro jefe de prensa, el agente Troy Hirst.

—Por favor. Ambos sabemos que ya no soy un principiante. Fui respetuoso y no lo publiqué. Solo le pido un poco de ayuda.

Pasaron unos segundos antes de que McDade hablara:

—No me cite. Ni siquiera con «fuentes cercanas a la investigación».

—Esto es extraoficial.

—Ni confirmamos ni desmentimos nada. Estamos investigando todas las posibilidades.

—Pero eso no aclara la forma de la muerte.

—No voy a hacer comentarios al respecto. No descartamos nada.

—¿Incluidos parientes, amigos, excónyuges, empleados y desconocidos?

—En los principios básicos de la investigación, no se descarta nada. Ya sabe cómo funciona.

—Eso no ayuda mucho.

—No le debo nada —dijo McDade.

—De acuerdo, me parece justo.

—Le daré un consejo, si lo acepta.

—Dispare.

—Tenga cuidado con lo que escribe, Ray. Piense en Emma Nelson, creemos que sigue viva.

—¿Lo creen, a pesar de las probabilidades?

—No le estoy dando una entrevista, Ray. Le estoy diciendo que tenga cuidado. Piense en las familias.

—Estoy pensando en ellas y en que merecen saber la verdad. ¿Saben algo sobre cómo murieron?

—Buen intento. Solo le digo que tenga cuidado. Debo dejarle.

McDade no le dio a Wyatt la confirmación que necesitaba, pero él intuyó que estaba en el camino correcto. Decidió seguir reservándose el dato de las decapitaciones, confiando en que había algo más detrás de ello. Investigaría un poco sobre el tema y luego volvería a hablar con ella.

Además, le gustaba que le hubiera llamado Ray.

Veinte minutos después de la llamada, Wyatt terminó su artículo y se lo envió a Talbott. Luego entró en los archivos de noticias de *FPA* y buscó reportajes sobre asesinatos con decapitaciones y desmembramientos.

Aparecieron demasiados resultados, en su mayoría noticias repugnantes sobre personas de todo el país, asesinos que habían perdido la cabeza y descuartizado a sus parejas o vecinos, y luego habían enterrado partes del cuerpo en el jardín o las habían metido en el congelador.

Wyatt limitó su búsqueda a los casos sin resolver y pronto encontró una serie de artículos de años anteriores —de medios como el *Boston Globe*, el *Philadelphia Inquirer* y el *Newark Star-Ledger*— sobre la escurridiza Hidra.

Los artículos refrescaron la memoria de Wyatt. Había informado muy poco sobre ese caso, pero sabía que estaba relacionado con desmembramiento y se remontaba a más de una década atrás.

Hubo rumores de que el asesino había dejado mensajes.

Seguían sin resolverse.

"Aquí podría haber algo».

Los imprimió para leerlos de camino a casa, recogió sus cosas y se dirigió al ascensor cuando oyó que alguien lo llamaba.

—¡Ray! —Crystal O'Shea, de la hemeroteca, se acercó a él con un grueso sobre de papel manila—. Aquí están todos los documentos que me pediste.

—¿Lo de Mickey Lee Brim?

—Sí, y los documentos de divorcio de Margaret Nelson. Lo que ha ocurrido en las montañas es una historia muy triste. Espero que encuentren a esa niña.

Wyatt asintió.

—Gracias, Crystal. Los leeré esta noche.

Sintiendo su peso y grosor, Wyatt guardó el sobre en su mochila. Su intuición le decía que, si seguía indagando, encontraría algo.

"Así suelen ser estas cosas».

CAPÍTULO 20

Washington Heights, Nueva York

Jill McDade salió de la parada de metro en la calle 157 con Broadway y respiró el aire del atardecer, contenta de que iba a ver a su hija.

Vivían a pocas manzanas, en un edificio de apartamentos de doce plantas de la época victoriana. Les encantaba el barrio, su gente, los parques, las vistas del puente George Washington y cómo por la noche sus resplandecientes luces se extendían como un collar por el Hudson.

McDade se detuvo en la tienda de la esquina a comprar unos sándwiches para llevar.

Al llegar a su edificio, entró en el vestíbulo, donde hacía unos años habían conocido a Gwen Lansing, una sanitaria jubilada que vivía sola dos pisos por debajo de ellas.

—Tu hija es muy guapa, como su madre —le había dicho Gwen aquel día.

McDade había descubierto en ella a una mujer cálida, sincera y quizá un poco solitaria. Después de aquel primer encuentro, comenzaron a verse para tomar café, y Gwen no tardó en insistir en cuidar de Alison siempre que McDade trabajara hasta tarde o tuviera que viajar.

Ahora, al llegar al apartamento de Gwen, McDade percibió el aroma a repostería recién horneada antes de que Alison y Gwen abrieran la puerta.

—¡Hola, mamá! Hemos hecho tartaletas. —Alison abrazó a su madre, luego volvió a la mesa de la cocina y recogió una pequeña

lata, su teléfono, sus libros y otras cosas para meterlas en la mochila —. Gwen dice que puedo llevarme algunas a casa.

—Vale —dijo McDade—. Gracias por todo, Gwen.

—Cuando quieras. —Al leer el cansancio en sus ojos, Gwen le tocó la mano y bajó la voz—. ¿Qué tal va el caso, Jill?

—Es duro.

—Recuerda que estoy aquí para lo que Alison y tú necesitéis.

—Gracias.

Gwen se giró para ayudar a Alison con la mochila.

—Os veo mañana, chicas.

En casa, McDade y Alison cenaron sándwiches de ensalada de huevo y ensalada de col con pepinillos, el plato favorito de Alison. De postre, comieron las tartaletas de mantequilla de Gwen, que estaban increíbles.

—¿Me has traído un regalo, mamá? —Alison se comió el último bocado de su tartaleta.

—Ay, sí. Coge mi bolso, cariño.

McDade sacó una pequeña bola de cristal con nieve con una escena en miniatura de una mamá osa y dos oseznos en las montañas. Los ojos de Alison se abrieron de par en par. La agitó y luego abrazó a su madre.

—¡Gracias, gracias!

Después de cenar, recogieron la cocina y se pusieron al día.

—Mamá, ¿has pensado en lo del concierto con Mandy?

—Todavía lo estoy pensando, cariño.

—¿Y podemos ir a comprar deportivas nuevas?

—No necesitas deportivas nuevas, Al.

—¡Sí las necesito, mamá! Todo el mundo se está comprando el modelo nuevo. Son rosas por dentro y por debajo. Tienen cordones rosas. Son una pasada.

—Déjame pensarlo.

Terminaron de limpiar y se fueron al salón.

—Ah, mamá, casi se me olvida. Me han invitado al cumpleaños de Olivia. Va a haber una fiesta de pijamas. ¿Puedo ir, por favor?

—Estoy segura de que no habrá problema, pero me gustaría saber un poco más.

—Le preguntaré a Olivia.

Alison sacó el teléfono de la mochila y empezó a teclear. McDade le había regalado el teléfono por su noveno cumpleaños tras meses de implorárselo sin descanso. Era consciente de los inconvenientes: la distracción, los depredadores en línea y el riesgo de que alguien se lo robara. Pero McDade quería que pudieran estar en contacto en cualquier momento.

Por eso le había comprado un modelo básico que solo podía enviar y recibir mensajes de texto o realizar llamadas a una lista de contactos concreta. Alison solo podía hablar con gente que su madre aprobara.

Alison estaba concentrada en su teléfono, y McDade sonrió al ver la funda con forma de oso panda que su hija había elegido.

—Olivia dice que le pedirá a su madre que te llame.

—Oh, esta noche no, cariño. Estoy muy cansada. No hay prisa.

—Dice que en unos días. Mamá, ¿me ayudas con el trabajo sobre *Stuart Little* para mi clase de lectura de la biblioteca de verano?

—Tienes que bañarte e irte a la cama. Es tarde.

—Solo dime cuáles son los temas.

—No voy a hacerte los deberes, enana.

—Bueno, Stuart es un ratón en un mundo de personas, así que pensé que podría escribir sobre eso.

—Eso está bien. Piénsalo. Piensa en que la vida de cada persona es diferente y que todos tenemos la capacidad de ser valientes. Escribe sobre cómo se aplica eso a Stuart.

—¡Sí!

—Ahora vete.

Alison se metió en el baño y empezó a llenar la bañera mientras McDade comprobaba en su teléfono las últimas novedades de la investigación. Todavía no había noticias sobre la búsqueda de Emma Nelson. Estaban siguiendo todas las pistas que tenían, pero ninguna había dado frutos hasta el momento. Y, además, Ethan seguía en el

hospital, en silencio, incapaz de comunicarse.

"¿Qué vio ese pobre niño? Tienes que ayudarnos, cariño".

Pensó en Stuart Little.

"Todos tenemos la capacidad de ser valientes».

McDade oyó el chirrido de los grifos y el agua llenando la bañera.

Tenían que localizar a Mickey Lee Brim. Lo habían incluido en el NCIC, el Centro Nacional de Información Criminal, lo que significaba que la policía de todo el país había sido alertada para detenerlo en el acto e interrogarlo sobre su enfrentamiento con Phil y su paradero en el momento de los asesinatos.

McDade volvió a la prueba más inquietante de todas: el mensaje de dos palabras y la posibilidad de que la Hidra hubiera regresado.

"No pierdas la perspectiva general. Aún no conocemos todos los hechos. Consulta a la Unidad de Análisis del Comportamiento».

Dejando a un lado el teléfono, se dirigió al dormitorio de su hija para vaciar su mochila y ordenar sus cosas. Pensó en poner la lavadora, pero estaba agotada. En lugar de eso, se sentó en la cama y se quedó mirando las fotos enmarcadas que estaban sobre la mesita de noche de Alison.

Tim se reía con Alison en la playa, cerca de Daytona, cuando habían ido a Orlando. Al lado había una foto de Alison cuando era un bebé y se había subido al pecho de Tim con su biberón. Ambos estaban dormidos.

"¿Se desvanecerán los recuerdos de Alison sobre su padre a medida que crezca?".

McDade se secó una lágrima de la mejilla cuando sonó su teléfono.

Era un número oculto.

Respondió.

—¿Hola?

—¿Es la agente Jill McDade, del FBI?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Dean Street. Tengo un mensaje suyo en el que me dice que la llame con urgencia.

Con el teléfono pegado a la oreja, McDade se dirigió al pasillo, poniendo algo de distancia entre ella y Alison, que seguía en el baño con el agua corriendo.

—¿Agente McDade? —dijo Dean Street por encima del ruido de fondo—. ¿Me oye?

—Sí.

—¿Por qué quería que la llamara?

Entonces se dio cuenta de que Street, el exmarido de Margaret Nelson, podría no estar al corriente de la tragedia. ¿No lo habían localizado las autoridades de Australia, o de dondequiera que estuviera, para notificárselo en persona? ¿No había visto las noticias ni se había enterado por sus familiares? ¿Recaía la responsabilidad de darle la noticia en ella?

—Señor Street, ¿alguien le ha informado de lo ocurrido en el norte del estado de Nueva York?

—¿De qué tenían que informarme? Recibí un correo electrónico de alguien de la Policía Federal Australiana para que la llamara a usted, decían que era urgente. ¿De qué va esto?

Los grifos chirriaron al cerrarse. Al otro lado de la línea, McDade oyó el eco de un anuncio de embarque: «Buenos días, señoras y señores. Bienvenidos al vuelo JQ11 de Jet Sun Star con destino a Tokio Narita...».

—¡Agente McDade! Dígame qué demonios está pasando.

Tenía que decírselo, y odiaba hacerlo.

—Lo siento mucho, señor Street, pero su exmujer, Margaret Nelson, ha sido asesinada.

Pasó un momento. McDade oyó algo sobre un vuelo de Virgin Australia a Adelaida y a Alison chapoteando en la bañera, antes de que un grito desgarrador le retumbara en el oído.

—¡Oh, Dios, no! ¿Han matado a Maggie? Está muerta. ¡No!

—Su marido, Phil Nelson, también ha sido asesinado.

—¿Y mis hijos? ¿Qué pasa con Ethan y Emma? ¿Están bien?

—Ethan está en el hospital. No está herido, pero está bastante conmocionado.

—¿Y Emma?

—Ha desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Ha desaparecido? ¡Oh, Dios!

—Estamos haciendo todo lo posible por encontrarla.

Street rompió a llorar al otro lado de la línea, con los anuncios de las aerolíneas de fondo.

—¡Esto tiene que ser un error!

—No es un error, señor Street. Siento mucho su pérdida. —Dejó pasar un momento—. Señor, necesito entrevistarle en cuanto pueda.

—¿Está usted a cargo de la investigación? —preguntó entre sollozos.

—Sí, pero yo...

—¿Ethan está bien?

—Sí.

—Gracias a Dios. ¿Qué les ha dicho?

—Es incapaz de hablar. Escuche, necesito hablar con usted tan pronto...

—Oh, Dios. —Street soltó un suspiro entrecortado—. Ni siquiera puedo...

—¿Dónde está, señor Street?

—¿Cómo?

—¿Dónde se encuentra?

—En Australia. Cerca de Brisbane. En el aeropuerto de Gold Coast. Estoy a punto de embarcar en un vuelo a Tokio. Pero tengo que volver a casa de inmediato. Lo siento, agente McDade. La llamaré.

La llamada se cortó.

McDade odiaba hacer notificaciones, con toda su alma. Se quedó sentada en el sofá, mirando el teléfono, agradecida de haber grabado la llamada, práctica habitual en ella. Luego miró al techo, conteniendo las lágrimas, y se quedó allí hasta que Alison terminó.

Más tarde, después de que Alison se fuera a la cama, se dio una larga ducha caliente, que relajó sus músculos mientras las nubes de vapor la envolvían. Después de ducharse, se cepilló los dientes, se secó el pelo, se puso la bata y entró en la habitación de Alison.

Estaba dormida. Arrodillada junto a la cama, McDade la tapó bien con la manta, apartó suavemente unos mechones de pelo y la miró.

"Perdóname por trabajar tanto, cariño. Te quiero muchísimo».

Le besó la mejilla, salió y se metió en su cama.

Mientras esperaba a que llegara el sueño, repasó su llamada con Dean Street. Era policía. Detective. Pero ni una sola vez durante la conversación le había preguntado cuándo habían matado a su exmujer, cómo la habían matado, el lugar exacto, por qué había ocurrido, quién podía haberlo hecho, si McDade tenía algún sospechoso o si se había hecho alguna detención.

Ni una sola vez.

Pensó en ello un momento, sabiendo que cada persona responde de manera diferente cuando le comunican la muerte de un ser querido. No había una única forma de reaccionar ante una noticia tan devastadora.

"Pero él es detective».

CAPÍTULO 21

Queens, Nueva York

El tren subterráneo en el que iba Ray Wyatt atravesaba Queens a toda velocidad mientras él buscaba en los documentos del divorcio de Margaret y Dean Street.

El divorcio se había concedido en gran parte por ruptura irreparable del matrimonio. Ya se habían resuelto todas las cuestiones monetarias, incluidos el régimen de visitas y los pagos de manutención, que se cancelarían si Margaret volvía a casarse.

Los documentos no mostraban evidencias de crueldad física o mental, adulterio, violencia, abuso verbal, ludopatía, alcoholismo, abandono ni nada de eso. El tribunal había considerado que se trataba de un divorcio «sin culpa», en el que ni Margaret ni Dean eran considerados responsables. A Wyatt le pareció extraño porque, según sus notas, los familiares habían indicado que Margaret había tenido un divorcio «difícil» y que Dean Street «no era un buen hombre».

"Vale, puede que aquí no haya historia".

Tal vez Wyatt encontrara algo en los antecedentes de Mickey Lee Brim. Los leería más tarde en casa, pensó mientras se bajaba.

Caminó varias manzanas hasta la modesta casa de Jane Dobson, que había cuidado de Molly, su labradora negra de cuatro años.

Molly aulló y jadeó de alegría al verlo.

—¿Se ha portado bien? —Wyatt pagó a Jane y cogió la correa.

—Muy bien, Ray. Te echaba de menos, y vaya si le gustan los nachos, ¿verdad?

—Sí, se le queda cara de tonta cada vez que abres una bolsa.

Afuera, Molly estaba feliz, con los ojos brillantes y una expresión que parecía preguntarle a Wyatt a dónde iban.

—Nos vamos a casa, chica.

Su casa estaba a seis manzanas de distancia, en una bonita zona de Rego Park, donde altos robles y nogales creaban un dosel natural sobre el vecindario, formado por pequeños jardines bien cuidados frente a casas de la posguerra. La mayoría estaban valladas y mostraban pequeños carteles que alertaban a los posibles intrusos de sus sistemas de seguridad. Algunas puertas delanteras estaban reforzadas con acero decorativo. Era un barrio orgulloso, con banderas en los porches, habitado por inmigrantes irlandeses, italianos, rusos y judíos de cuarta y quinta generación que con el tiempo habían dado la bienvenida a nuevos vecinos albaneses, coreanos, colombianos e iraníes.

Wyatt vivía en una casa de dos plantas.

Cuando llegó, fue a la cocina, cogió algo de comida y agua para Molly, puso un bol de chili en el microondas para él y luego leyó sus correos electrónicos mientras ambos comían.

Cuando llegó a uno nuevo proveniente de Europa, dejó de masticar.

> Estimado señor Ray Wyatt:
> Mi mujer y yo estábamos en Banff, Canadá, en el momento de la terrible tragedia sobre la que usted escribe. Nuestro hotel estaba aproximadamente a dos manzanas del suyo. Tras recibir su solicitud, nos pusimos en contacto con nuestros amigos de Canadá. Nos han informado de que tienen una grabación en vídeo de nuestro tiempo juntos en Banff. Sin embargo, debido a un reciente fallecimiento en su familia, es posible que tardemos algún tiempo en obtenerla y compartirla con usted.
> Estaremos en contacto.
> Atentamente,
> Salvatore y Donatella Rossi
> Nápoles, Italia

Ya había recibido respuestas de ese tipo en el pasado, y siempre habían acabado en nada. Aun así, el correo electrónico ofrecía cierta esperanza, y se aferró a ella mientras lidiaba con el caso de Starving Wolf.

Se giró hacia Molly. Ella había apoyado la cabeza en su regazo, como si quisiera consolarlo. La acarició y sonrió.

—Me voy a la cama.

Cogió el teléfono, el portátil y el sobre con los documentos de Brim; luego subió las escaleras y se detuvo al llegar al dormitorio vacío de su hijo.

Abrió la puerta y encendió la luz, que atrapó finas partículas de polvo, agitándolas en el aire. La habitación estaba más fría, ligeramente mohosa, con una sensación subyacente de desesperación.

El tiempo se había detenido allí.

La habitación de Danny.

Su cama estaba hecha con un edredón de Star Wars. Un peluche de Bob Esponja era el único ocupante de la almohada. Encima de la cama, suspendido del techo, había un avión a pilas. Al encenderlo, volaba en círculos orbitales, suspendido de un hilo anclado al techo. Wyatt se lo había comprado durante un trabajo en Texas.

A Danny le encantó.

Así era exactamente como su hijo de tres años había dejado su habitación antes de sus vacaciones de ensueño en Canadá.

Wyatt se sentó en la cama, observando con cariño los dibujos de Danny con ceras de colores y las pinturas de dedos que colgaban de las paredes. Figuras de palitos sonrientes que se daban la mano. Miró los cuentos ilustrados favoritos de Danny en la pequeña estantería.

Alargó la mano hacia la mesilla de noche y cogió la figurita del alce. El preciado recuerdo de Danny de sus vacaciones. Era pequeño, de hierro fundido y acabado en bronce, y descansaba sobre una base de mármol. Wyatt había utilizado un cuchillo para grabar las palabras «Danny Wyatt, Banff, Canadá» en la parte

inferior.

A Danny le encantaba ese alce.

Estaba ennegrecido, y una de las astas se había roto.

Wyatt se pasó la mano por la cara y los recuerdos lo golpearon como un torbellino, arrastrándolo años atrás...

Nos lo íbamos a pasar como nunca.

A Lisa y a Danny les encantaban las Montañas Rocosas, el viaje en teleférico hasta la cima de la montaña Sulphur. Esa noche, Lisa y yo fuimos a cenar. El restaurante estaba al otro lado del patio de nuestra ala del hotel. Danny estaba agotado; dormía solo en su habitación, contigua a la nuestra, de la cuarta planta. Podíamos verla desde el restaurante. Todo era perfecto, un sueño. El camarero acababa de servir el vino. De repente... ¡BOOM, BOOM! La onda expansiva de la explosión lo sacudió todo. Las ventanas vibraron... Los cubiertos tintinearon... Venía del otro lado del patio, donde estaban nuestras habitaciones. De pronto, había llamas por todas partes en nuestra ala. Era irreal. La gente gritaba. Lisa y yo nos quedamos paralizados... hasta que...

—¡Danny!

Lisa gritó su nombre. Las llamas se propagaban con rapidez, lamiendo el interior de las ventanas de nuestra planta, ¡de la habitación de Danny!

—¡Danny! ¡Ray! ¡Coge a Danny! ¡Oh, Dios! ¡Tenemos que ir a por él! ¡Oh, Dios!

Atravesé corriendo el patio y entré en el hotel... Todo era un sueño a cámara lenta. Las alarmas sonaban caóticamente, la gente entraba y salía corriendo... Encontré las escaleras y me abrí paso mientras personas cubiertas de hollín, conmocionadas y llorando, intentaban bajar. Yo seguí subiendo. Segundo piso... Tercer piso... Pero, si era difícil ver, más aún lo era respirar. Algunas personas, agobiadas por el humo, estaban sentadas bloqueando las escaleras. El humo denso hacía casi imposible ver... Las esquivé como pude, luchando por llegar al cuarto piso. La gente me gritaba que

retrocediera, que saliera de allí, gritando que la cuarta planta había desaparecido. El calor era insoportable. Llegué al cuarto piso. El humo negro llenaba el pasillo.

—¡DANNY! ¡DANNY WYATT!

Caí de rodillas, tosiendo, ahogándome por el humo. Las personas se arrastraban, pasaban junto a mí en dirección contraria, hacia la salida.

—¡DANNY!

Busqué su habitación, la 422. Las chispas revoloteaban. Escuchaba el crepitar del fuego, como una hoguera inmensa.

—¡DANNY!

Tosiendo y arrastrándome, vi que la puerta de la habitación 420 estaba abierta. Los ojos me ardían por el humo. Llegué a la habitación 421. La puerta estaba abierta, y entonces...

—¡Papi! ¡Papá!

Mi corazón se hinchó. Era Danny, estaba vivo y me llamaba, pero no podía verlo en esa negrura asfixiante.

—¡DANNY!

Sonaba cerca. Vi una pequeña mano extendiéndose entre las nubes de humo hirviente. Me tiré al suelo, me estiré para alcanzarla y tiré de ella. Sentí el peso de un niño y lo arrastré hacia mí. Era una niña pequeña. Apenas estaba consciente y preguntaba por su mamá.

—Te pondrás bien, cariño. Te sacaré de aquí en cuanto encuentre a mi hijo.

Seguí avanzando.

—¡DANNY!

Me arrastré sobre mi pecho hacia lo más profundo del humo.

—¡PAPÁ!

Palpé a ciegas en ese calor abrasador hasta que mis dedos encontraron la mano de Danny. Sentí que estaba sujetando su pequeño alce y le agarré la muñeca. Tiré de él, arrastrándolo hacia mí. Vi su cara aterrorizada, manchada de hollín, sus ojos abiertos como platos, cuando mi corazón se detuvo... Mi mano no sujetaba

nada... Danny había sido arrancado de mis brazos, arrastrado de nuevo hacia el ardiente infierno.

—¡No!

Alguien lo estaba apartando de mí.

—¡No! ¡DANNY!

Tosiendo, con los pulmones llenos de humo, me lancé hacia las nubes negras en busca de Danny. Sentí unas manos fuertes en los tobillos que me arrastraban hacia atrás... hasta que... hasta que...

Me desperté en una camilla, en la calle, con una mascarilla de oxígeno en la cara. El humo se arremolinaba en el cielo nocturno. Lisa me miraba con el miedo dibujado en su rostro. La esperanza se apagó en sus ojos cuando negué con la cabeza. Danny se había ido. Nuestro hijo se había ido.

***

Los bomberos habían sacado a Wyatt de la devastación.

También habían salvado a docenas de personas, incluida la niña que él había encontrado. Tenía seis años y estaba de vacaciones con sus abuelos de Australia, que también fueron rescatados.

Pero no había rastro de Daniel William Wyatt, de tres años y residente en Queens, Nueva York. Figuraba entre las dieciocho personas que habían muerto en el incendio. Un cortocircuito en el sistema eléctrico había incendiado material inflamable en una zona que se estaba renovando. El sistema de rociadores del hotel había fallado porque se había apagado para repararlo. Debido a un error de comunicación, no se había vuelto a encender.

Wyatt hizo su declaración a los investigadores, insistiendo en que había agarrado a Danny pero sintió que se lo arrebataban. Pero los investigadores atribuyeron el relato de Wyatt a que había encontrado a la niña, tras lo cual se había desorientado, confundido por el intenso humo y la falta de oxígeno. No creían que realmente hubiera tenido a Danny en sus brazos.

—Pero lo tuve. Lo juro por Dios —repitió Wyatt a cada funcionario.

Él y Lisa permanecieron allí varios días agonizantes, observando a

los investigadores escudriñar entre las ruinas. Wyatt y Lisa rezaron para que de alguna manera Danny hubiera sobrevivido. Que, por algún milagro, alguien lo hubiera rescatado del horror. Pero ningún bombero, ningún huésped superviviente ni ningún residente local recordaba haber visto a Danny después del incendio. Los Wyatt hablaron con los medios de comunicación, mostraron fotos de Danny por toda la ciudad e imploraron a cualquiera que tuviera alguna información que se pusiera en contacto con ellos. La gente escuchaba con simpatía y asentía cortésmente.

En aquellos primeros días, los funcionarios encontraron los restos de todas las víctimas, excepto los de Danny. Al final, los Wyatt regresaron a Queens, destrozados. Mientras los equipos de búsqueda seguían buscando entre los restos, solicitaron los registros dentales y el ADN de Danny, previendo que tarde o temprano lo encontrarían.

Pero no fue así.

Las semanas se convirtieron en meses, sin rastro de Danny, excepto su preciado alce, ennegrecido y roto.

Los Wyatt nunca celebraron un funeral por su hijo porque se negaban a creer —sin pruebas— que estuviera muerto. Los investigadores de Banff, los funcionarios del gobierno canadiense y la Real Policía Montada de Canadá les ofrecieron sus condolencias y pésame. Dijeron que Danny había muerto en la tragedia, que sus restos no pudieron recuperarse porque fueron incinerados por el intenso calor.

En lo que se convertiría en una serie de cartas sobre la tragedia, las autoridades canadienses y los abogados que representaban a las familias de las víctimas señalaron que la investigación había concluido que no hubo intención criminal tras el incendio, que se había producido por un fallo en el sistema eléctrico. Pero los Wyatt optaron por no participar en ningún acuerdo que reconociera la muerte de Danny.

Wyatt había consultado a expertos forenses que conocía y le habían dicho que las evidencias dentales de Danny deberían haber

sobrevivido porque el esmalte dental es la sustancia más dura del cuerpo y puede soportar temperaturas de más de mil grados. Le aseguraron que era casi imposible que no quedara ni un solo fragmento de sus dientes tras el incendio.

Ahora, sentado en la cama de Danny, Wyatt volvió a colocar el alce en la mesilla de noche y se dirigió a su habitación. Se detuvo frente a su cómoda y acarició el hermoso joyero de mármol que había pertenecido a su mujer.

"Te echo mucho de menos".

En su dolor, Lisa nunca había creído que Danny se hubiera ido.

—Una madre lo sabe, Ray. Lo siento. No está muerto. Ocurrió algo.

Era un hotel grande, con casi setecientos huéspedes de todo el mundo. La confusión y el pánico durante el incendio fueron abrumadores. Algunas personas saltaron por ventanas y balcones; bomberos y civiles entraban y salían por salidas y ventanas. Se desplegaron escaleras. Algunos improvisaron cuerdas con sábanas. El caos era indescriptible, y los Wyatt consideraron razonable pensar que Danny había sido puesto a salvo por alguien que había abandonado la ciudad por miedo o por alguna razón inexplicable.

Tras la tragedia, los Wyatt se enfrentaron al sentimiento de culpa.

—Lo dejamos solo para irnos cenar, ¿cómo pudimos hacerlo? —solía decir Lisa.

Wyatt aún podía sentir la muñeca de Danny.

—Lo tenía, lo tenía, pero algo lo alejó de mí.

Los psicólogos que los ayudaron en el duelo les dijeron que esos sentimientos eran normales. La culpa de los padres era una emoción natural. En cuanto a Wyatt, un médico atribuyó la idea de que Danny había sido apartado de él a una alucinación debida a la falta de oxígeno en los momentos previos a que el humo lo dejara inconsciente.

Aun así, los Wyatt nunca dejaron de creer que Danny seguía vivo.

"Es lo que Lisa guardaba en su corazón antes de morir».

Había empezado a ir a clases nocturnas de cerámica en el Queens

College para sobrellevar el dolor. Fue más o menos un año después del incendio, conducía a casa y llegaba tarde.

Era muy tarde. Intenté mandarle un mensaje, pero no contestó. La llamé, pero saltó el buzón de voz. Cuando vi aquel coche de la policía de Nueva York llegar a nuestra casa, lo supe... Solo lo supe... Dos mujeres policía se bajaron y caminaron hacia la puerta. Lo vi en sus ojos. Sentí que me desgarraba por dentro cuando me preguntaron:

—¿Es usted el marido de Lisa Constance Wyatt?

Me negué a sentarme en el sofá.

—Solo dígamelo.

—Sentimos mucho informarle de que su mujer, Lisa, ha tenido un accidente... Un conductor que iba enviando mensajes de texto colisionó con el coche de su mujer en la autopista de Long Island. El conductor ha muerto. Su mujer está en estado crítico.

Mis rodillas cedieron. Las policías me sostuvieron... Me llevaron al hospital... Las luces... la sirena... los gritos... ¿Era yo quien gritaba? Corrí por el hospital, el mismo donde había nacido Danny. Sostuve la mano de Lisa, como cuando nació Danny...

Sus últimas palabras antes de morir fueron:

—Encuentra a Danny, Ray. Tráelo a casa.

—Lo haré. Te juro que lo haré. ¡No me dejes, por favor! ¡Lisa, no me dejes!

Pero perder a Lisa casi acabó con él.

Si no fuera por la promesa que le había hecho a su mujer, Wyatt no tendría razón para seguir viviendo.

Sacudió la cabeza, recordando lo que Judy Pace le había preguntado en la redacción.

—¿Cómo lo haces, Ray? Seguir adelante, con todo lo que has pasado.

"Hice la promesa de descubrir la verdad sobre mi hijo».

Así era como había sobrevivido. Aferrándose a su obsesión, a su búsqueda para localizar a cada persona que pudiera haber visto algo o que pudiera saber lo que le había ocurrido a Danny.

En los años transcurridos desde la tragedia, Wyatt había intentado ponerse en contacto con casi cada una de las diez mil personas que residían en Banff. Solicitó que su llamamiento se difundiera a través de los responsables de la ciudad, y con cada grupo turístico, cada grupo chárter, cada excursión, cada huésped de cada hotel y los de los hoteles cercanos a Banff. A las miles y miles de personas que estuvieron allí el día del incendio.

—Alguien tiene que saber algo, ¿verdad, chica?

Wyatt sonrió a Molly, que se había acercado a él y le daba con el hocico en la pierna. Le acarició el cuello.

—Hora de dormir, compañera.

Después de desvestirse, lavarse los dientes y asearse, Wyatt se metió en la cama con Molly a su lado.

"Una niña ha desaparecido, sus padres han muerto y tengo que averiguar la verdad".

Wyatt empezó a leer los antecedentes penales de Mickey Lee Brim.

Pronto descubrió que, antes de trabajar para la empresa de jardinería de Phil Nelson, Brim había sido un violador, había estado a punto de asesinar a un hombre con un martillo y era sospechoso de asesinato en otro caso.

"Que Dios nos ayude si Brim mató a los Nelson y se llevó a Emma con él".

CAPÍTULO 22

Manhattan, Nueva York

A la mañana siguiente, Jill McDade encontró a Leonard Resher —con las gafas puestas sobre su calva cabeza, concentrado en su portátil — solo en un rincón de la cafetería de la oficina del FBI en Nueva York.

—Gracias por aceptar esta reunión privada, Len.

—Es parte de mi trabajo, Jill. Y me encanta el café de aquí. Es más fuerte que el de Quantico.

—¿Cuándo terminasteis tú y el equipo de la Unidad de Análisis del Comportamiento en Starving Wolf?

—Ayer. Anoche llegué tarde a la ciudad. Recibí tus mensajes sobre la Hidra, así que vamos al grano.

Resher se colocó las gafas y hojeó sus notas.

—No formé parte del equipo de investigación del caso Hidra. Fue Pete Dowzing. Está jubilado, se mudó a Sugarloaf Key. Después de repasar los análisis del equipo sobre el caso Hidra, lo llamé, intercambiamos impresiones y analizamos juntos lo que tenemos en esta ocasión en términos de perfil psicológico.

McDade abrió su cuaderno y se dispuso a tomar notas.

—¿Es la Hidra, Len?

Con los ojos fijos en sus notas, Leonard levantó una mano.

—Nuestra evaluación preliminar apunta a una personalidad organizada, pero con algunos comportamientos desorganizados en la escena. Hay rasgos de una personalidad mixta.

«Tiene más o menos la misma edad que sus víctimas, y

probablemente es de la misma raza. Su inteligencia es normal o superior a la media. Está en buena forma, es alguien que se cuida y, en general, solo se preocupa de sí mismo. Es socialmente competente, un buen conversador, un tipo con el que te tomarías una cerveza. Tiene habilidades útiles para conseguir lo que quiere. Puede que viva solo, en una zona de clase media, y que disponga de un vehículo de clase media, así que tiene movilidad.

«Los crímenes podrían haberse desencadenado por alguna situación estresante en su vida. Su actitud durante el crimen demuestra control y planificación. Usó ataduras, ocultó partes del cuerpo y el arma no ha aparecido. Conoce los procedimientos policiales y sigue las noticias. Deja un mensaje para demostrar que es más listo que todos, que tiene el control y que va ganando.

McDade sacudió la cabeza mientras escribía.

—Así que es él, es la Hidra.

—Tal vez.

—¿Tal vez?

—Las señales son claras, pero han pasado varios años desde el último asesinato. La verdadera Hidra querría que supiéramos que ha vuelto, y hay algunos detalles que no encajan. Primero, en todos los casos de la Hidra, el mensaje siempre era el mismo y estaba completo, pero esta vez solo tenemos las dos primeras palabras.

—»No puedes».

—Correcto. ¿A qué se debe esta desviación? Otra parte desconcertante son los niños. ¿Por qué o cómo sobrevivieron?

—No lo sé.

—Sabemos que la Hidra mató a cinco hombres y cuatro mujeres de entre veinte y cuarenta y ocho años; también mató a cuatro niños de entre cinco y doce años. Los mató a todos, pero no lo hizo en este caso. ¿Por qué? Son dos factores importantes, Jill.

—¿Qué te dice tu instinto, Len?

—¿Extraoficialmente?

—Solo estamos hablando entre nosotros.

—Es probable que sea la Hidra.

McDade dejó escapar un largo y lento suspiro.

—Vale, gracias, Len. Nos vemos en la próxima reunión.

McDade fue a la planta veintiocho. Al salir del ascensor, pasó junto a las fotos enmarcadas de los agentes ejecutivos y el expositor en honor a los «mártires del servicio», agentes muertos en acto de servicio como consecuencia de una agresión directa.

Al entrar en su sección, vio a los agentes del caso en sus mesas, trabajando al teléfono, estudiando informes, siguiendo pistas. Se dirigió a su escritorio y empezó a revisarlo todo.

Volvió a leer las noticias sobre Starving Wolf, aliviada de que no se hubiera filtrado nada sobre la Hidra. Al llegar al último artículo de Ray Wyatt, agradeció que no hubiera mencionado nada sobre las decapitaciones, que no la hubiera puesto contra las cuerdas. Todavía.

"No sé lo que es, pero hay algo que me gusta de Wyatt".

Llegaba nueva información. Los expertos forenses habían analizado las huellas de neumáticos encontradas en la escena de la cabaña, de un vehículo no identificado. Tras medir con precisión la distancia entre las ruedas, cotejaron el resultado con varias bases de datos, lo que redujo la lista a unos quinientos vehículos. Todos eran todoterrenos, fabricados por Ford, Toyota, Jeep y Nissan.

Los investigadores estaban comprobando qué coches de alquiler coincidían con esa descripción en Saranac Lake y las ciudades de los alrededores en el momento en que se produjo el crimen. También buscaban vehículos asociados a huéspedes de hoteles y moteles de la zona, investigando matrículas, registros y propietarios.

Al mismo tiempo, seguían afinando la cronología de los Nelson: cuándo llegaron a la cabaña, quién sabía que estaban allí, sus llamadas, mensajes de texto, correos electrónicos, publicaciones en redes sociales de las últimas semanas.

La búsqueda del arma seguía en curso.

McDade soltó un largo suspiro.

"Aún nos queda mucho trabajo por hacer y no podemos descartar nada».

Tomando un trago de café, pensó en Dean Street, esperando que él volviera pronto al país para poder interrogarlo. Entonces sus pensamientos regresaron a uno de los puntos más frustrantes: Mickey Lee Brim.

Abrió una carpeta en su ordenador y repasó los antecedentes de Brim.

Otra vez.

Su foto de la cárcel le devolvió la mirada. Tenía la cara llena de cicatrices, un gesto desafiante y una mirada fría como el hielo. Revisó sus notas sobre el pasado delictivo de Brim y su actividad reciente. Había cumplido condena en Rikers Island por una salvaje y vengativa agresión sexual; unos años después, Phil Nelson lo contrató. Y unos meses atrás, lo despidió, lo que provocó que Brim se enfrentara a él en el aparcamiento de un centro comercial, con los dos hijos de Nelson presentes.

"Brim es un tipo peligroso de verdad».

McDade fue a una nota que había subrayado de su charla con Len Resher.

Los crímenes podrían haberse desencadenado por alguna situación estresante en su vida.

Phil había despedido a Brim, y estaba lo bastante enfadado como para ir a su encuentro y enfrentarse a él. McDade cotejó las fechas de los asesinatos atribuidos a la Hidra y la estancia de Brim en Rikers; no se había producido ningún asesinato de la Hidra durante el periodo de reclusión de Brim. Miró de nuevo su foto y se mordió el labio inferior.

"Tienes muchas papeletas en tu contra».

Sabía que tanto el FBI como la policía de Nueva York estaban trabajando con sus confidentes en busca de cualquier información sobre su paradero.

"Tenemos que encontrar a Mickey Lee Brim".

CAPÍTULO 23

Queens, Nueva York

Esa misma mañana en Queens, en la penumbra que precede al amanecer, Ray Wyatt seguía el rítmico tintineo de la correa de Molly mientras trotaban juntos por el dormido barrio.

Molly jadeaba feliz. Le encantaba correr con Wyatt, que aprovechaba el momento de tranquilidad para despejar la mente. Mientras repasaba lo que había leído la noche anterior sobre Mickey Lee Brim en los documentos que había obtenido, marcaba mentalmente los puntos clave a cada paso.

Brim tenía cuarenta y dos años, era blanco, medía un metro ochenta y había nacido en Búfalo, Nueva York. Su padre los había abandonado cuando Brim tenía diez años. La madre de Brim se casó con un alcohólico, que había abusado de ambos. En el instituto, hubo dos casos distintos de chicas que se quejaron de que Brim las había agredido: las había agarrado, les había metido la lengua en la boca y las había manoseado. Brim lo negó todo. Curiosamente, rajaron las ruedas del coche familiar de una de las chicas que se habían quejado. Y se incendió la casa de la otra. Nadie resultó herido. Aunque ninguna de las denuncias de agresión contra Brim llegó a probarse, fue expulsado en las dos ocasiones.

Sorprendentemente, a Brim le iba bien en clase, movido por su fascinación por la mecánica, las matemáticas, la ciencia y la historia medieval, en particular la tortura. Tenía un coeficiente intelectual superior a la media y había obtenido una beca universitaria para estudiar ingeniería. En lugar de aprovecharla, se alistó en la Marina,

donde se convirtió en ingeniero de combate. Pero consumía drogas, desertó, cometió varios delitos menores, fue condenado a seis meses de trabajos forzados y lo licenciaron con deshonor.

Brim se convirtió en sospechoso del asesinato de uno de los agentes que habían investigado su deserción, pero nunca le acusaron formalmente. Se mudaba constantemente y trabajó de manitas en distintas ciudades de Maryland, Ohio, Pensilvania, Delaware, Nueva Jersey y Nueva York, donde encontró trabajo en empresas de reformas.

En Nueva York, Brim empezó a salir con una mujer a la que consideraba su prometida hasta que la sorprendió engañándolo. Brim la secuestró, la llevó a una zona boscosa remota, la violó repetidas veces y la golpeó. Luego localizó a su amante y le golpeó con un martillo, dejándolo desfigurado de por vida. Fue condenado a siete años en Rikers.

Mientras cumplía condena, Brim dijo a los psicólogos de la prisión que quería que su prometida comprendiera el dolor que le había infligido, y que le había dicho una y otra vez: «No puedes hacer esto! ¡No puedes hacerme esto! No vas a salirte con la tuya». Y todo el tiempo que estuvo «castigándola» a ella y a su amante, había fantaseado con «clavar sus indignas cabezas en estacas».

—Espera, espera —dijo Wyatt en voz alta. Se detuvo en seco, haciendo que Molly ladrara, como preguntando: «¿Qué pasa?»—. Esto podría ser algo importante. Las fantasías de Brim podrían estar vinculadas a la Hidra. ¿Qué opinas, chica?

Molly ladró y una vecina que recogía el periódico en el porche —gracias a Dios que la gente aún hacía eso— los miró. Wyatt la saludó sonriente y siguió corriendo con Molly otra manzana antes de que sonara su teléfono.

—¿Diga?

—Espero que sigas corriendo por las mañanas, Ray —dijo Tony D —. Tengo que coger un avión a Detroit enseguida, pero necesitaba hablar contigo.

—Adelante, Tony.

—Es sobre Brim. ¿Tienes papel y boli?

Wyatt se detuvo, sacó un lápiz y una libreta del bolsillo y utilizó una farola como apoyo.

—Muy bien, Tony. Dispara.

—Nunca hemos tenido esta conversación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—El FBI está detrás de Brim. Es un objetivo prioritario por su relación con Phil Nelson. Como sabes, mintió a Nelson sobre sus antecedentes y usó a unos amigos como referencias falsas. Nelson no lo supo hasta que un amigo policía se lo dijo, así que despidió a Brim en el acto, con razón. ¿Quieres saber las cosas horribles que hizo en su pasado?

—Las sé. Dime qué ocurrió con Nelson.

—Contacté con los agentes que llevaron el asunto. Parece ser que, después de que Brim fuera despedido, empezó a aparecer por casa de los Nelson. Se quedaba sentado dentro del vehículo en la calle. Luego se enfrentó a Phil en un centro comercial de Yonkers, en el aparcamiento, mientras estaba de compras con sus hijos.

«Brim se quejó de que su despido había sido injusto y se disculpó por haberlo engañado. Suplicó que lo readmitiera. Su familia lo estaba pasando mal porque la indemnización había sido mínima. Vivía con una mujer y el hijo de ella, en Yonkers.

—¿Qué hizo Nelson?

—Se negó. Le dijo que no era forma de abordarle y que no iba a readmitirle. Brim perdió los estribos, empujó a Phil delante de sus hijos y le exigió una enorme compensación económica. Le dijo algo como «Quizá tu familia debería sufrir como la mía». Nelson no cedió. Como había gente en el aparcamiento presenciando el altercado, Brim se marchó.

—¿Nelson presentó una denuncia?

—Llamó a la policía. Localizaron a Brim en un motel de Long Island, en Babylon. Se entregó sin oponer resistencia y dijo a los investigadores que lamentaba mucho lo ocurrido. Que había estado bebiendo y que en ningún momento quiso hacer daño a los Nelson.

Que solo se había desahogado tras habérselo encontrado por casualidad, porque Phil había sido un cabrón al despedirlo.

—¿Eso fue todo?

—La policía le dijo a Brim que se alejara de la familia. Él estuvo de acuerdo. No se presentaron cargos. Brim ya no estaba en libertad condicional, así que no se consideró una infracción. Eso fue todo.

—Entiendo por qué el FBI quiere encontrarlo. ¿Dónde está?

—Nadie lo sabe.

El móvil de Wyatt emitió una notificación.

—Acabo de enviarte la última dirección conocida de Brim y los datos de su novia. Tengo que irme, Ray. Espero que esto te sirva.

—Seguro que sí. Gracias, Tony.

Wyatt miró la dirección, sabiendo lo que tenía que hacer.

—Vamos a llevarte a casa de Jane, Molly. Tengo que ir a trabajar.

CAPÍTULO 24

Saranac Lake, Nueva York

Ethan Nelson observaba el remolino de diminutas burbujas bajo la superficie cada vez que los remos cortaban el agua con un suave chapoteo.

Ethan, su hermana Emma, su madre y su padrastro iban a pescar al lago en su bote de remos. A Ethan le encantaba la forma en que el sol hacía brillar a todos contra las olas de diamante, hasta que su sueño terminó en gritos...

Gritos y alaridos... El cerebro de Ethan luchaba por salir de la caverna entre el sueño y la conciencia... Chillidos... Contuvo la respiración... ¿Qué estaba pasando? Estaba completamente despierto, pero tenía miedo. Mantuvo los ojos cerrados con fuerza. Solo estaba soñando. Pero escuchó el golpe... Sintió que se sacudía la cabaña... Por reflejo, abrió los ojos y miró el techo sobre su cama.

"Sí, estás despierto en la oscuridad". Más gritos y ruido... Miró la cama de Emma... No estaba ahí.

—¡EMMA! —la llamó en un susurro apremiante—. ¡EMMA! —Buscó en la penumbra—. ¡EMMA!

"Se ha ido...". ¡PUM! La cabaña se estremeció. "Tengo miedo...".

—¡MAMÁ!

"No viene nadie, nadie responde...". El Capitán Sunblaster estaba de guardia en la mesilla de noche. Lo cogió como protección y lo sujetó fuerte en su mano.

¡PUM! ¡PUM!

La cabaña vibró. La puerta del dormitorio estaba abierta. Tenía

que encontrar a Emma. Había suficiente luz para ver.

—¡EMMA!

Al cruzar la puerta, la vio allí, en el salón, de espaldas a él, de pie junto a la mecedora.

¡PUM! ¡PUM!

—Emma, tengo miedo... ¿Qué está pasando?

Emma estaba paralizada, mirando fijamente hacia el dormitorio de sus padres a través de la puerta abierta... Se giró... Estaba temblando... y sacudía la cabeza... Él no la entendía.

¡PUM! ¡PUM!

—¡Emma!

Ella volvió a mirar... Los dos lo vieron... Sus ojos estaban muy abiertos, pero no se lo podían creer... No era real... Eso que llevaba en las manos no podía ser real.

¡UNA EN CADA MANO!

¡ERA REAL!

¡ERA MUY REAL!

Emma se hizo pis encima... El corazón de Ethan se detuvo... Un miedo punzante le recorrió el cuerpo... Sintió un hormigueo en la piel... Se le cerró la garganta...

Entonces él los vio y dejó suavemente en el suelo lo que llevaba en cada mano...

—Venid aquí —dijo—. Tenéis que saber por qué había que hacerlo...

Emma lloraba, temblaba y sacudía la cabeza mientras retrocedía.

—¡HE DICHO QUE VENGÁIS AQUÍ!

—No —se negó Emma.

Él se lanzó sobre ella como una fuerza imparable... Ella se resistió... Pero él la cogió...

—¡CORRE, ETHAN, CORRE! —gritó Emma.

Ethan pasó corriendo junto a ellos... y salió por la puerta... El terror le oprimía el pecho... Sollozaba sin entender... Tan solo sabía que debía correr... Correr en mitad de la noche... aferrado al Capitán Sunblaster, lo único que le quedaba para protegerse... Escuchó los

chillidos de criaturas invisibles... Pero él siguió corriendo... sin sentir las ramas y las zarzas que le desgarraban los pies, que se le clavaban en la piel... Lo único que sentía era el horror... estallando una y otra vez en su aterrorizado corazón... Golpeándole el pecho mientras apretaba al Capitán Sunblaster con todas sus fuerzas...

"¡Corre! No te detengas... No te detengas nunca. Nunca... Corre... hasta que... Unas manos lo sujetaron... No... Lo habían cogido... "¡No! ¡NO!".

—Está bien, cariño. Shh, shh, está bien. Solo es un mal sueño, cariño.

Ethan vio la cara de la enfermera, percibió el olor del hospital.

"Es la enfermera amable, la enfermera lista».

Ella le enseñó al Capitán Sunblaster para que pudiera verlo.

Luego se lo puso en la mano.

Eso lo tranquilizó, pero el corazón le latía con fuerza. Tenía demasiado miedo. No podía hablar. No podía decírselo.

"Sé quién lo hizo. Lo sé".

CAPÍTULO 25

Quantico, Virginia

Lejos del hospital donde se encontraba Ethan Nelson, Clea Bissell, perito de la Unidad de Documentos Cuestionados del FBI en Quantico, Virginia, estudiaba la foto ampliada de las letras azules resplandecientes del mensaje encontrado en el lugar de los asesinatos, al norte del estado de Nueva York: *«No puedes...».*

"¿Es obra de la Hidra?".

El nuevo mensaje, escrito con la sangre de las víctimas, guardaba similitudes con los encontrados en otros crímenes del caso Hidra. En este último incidente, el mensaje reflejaba una escritura distorsionada, pero incompleta.

"¿No puedes... qué?», pensó Bissell.

"¿Y los mensajes de los otros casos?».

Bissell tecleó en su ordenador portátil, y el mensaje del primer caso, el de Meadowlands, en Nueva Jersey, apareció junto al más reciente en la pantalla de proyección situada cerca de su puesto de trabajo en el laboratorio.

En ese primer caso, el mensaje también estaba escrito con la sangre de las víctimas y también presentaba un tipo de escritura que no parecía natural. La inclinación y el tamaño eran incongruentes; no había engrosamiento ni adelgazamiento; los trazos carecían de estrechamiento al principio y al final.

Pero era una frase completa, a diferencia de la nueva.

Mostró el mensaje del segundo caso, procedente de un suburbio de Boston. De nuevo, las mismas características. A continuación, el

que hallaron junto a las víctimas de las afueras de Filadelfia.

Lo mismo.

Después, buscó el del caso de Long Island, Nueva York. Todos compartían las mismas características. Y así ocurría con los otros asesinatos anteriores.

Este caso era difícil: solo dos palabras, ocho caracteres.

La escritura era de origen desconocido, y Bissell se ceñía a los principios de su campo de especialización: que no hay dos personas que escriban exactamente igual y que se pueden encontrar ciertos rasgos en la escritura de cada individuo.

Los expertos también coinciden en que nadie escribe siempre exactamente igual, pero hay rasgos y cualidades en la escritura de cada persona que pueden identificarse y analizarse.

Fue dentro de ese contexto en el que el examen del nuevo mensaje por parte de Bissell, para determinar si había sido escrito por el mismo autor de los anteriores mensajes de la Hidra, siguió el proceso analítico estándar.

Al igual que habían hecho sus predecesores con los mensajes anteriores, Bissell había enviado el nuevo espécimen a todas las bases de datos disponibles que almacenan muestras de escritura recogidas, incluido el Sistema de Información Forense sobre Escritura Manual del Servicio Secreto de Estados Unidos.

No hubo resultados, como ya había ocurrido durante la investigación anterior del caso Hidra.

El tiempo pasaba mientras Bissell escudriñaba el nuevo mensaje en busca de marcadores de individualidad y variaciones. Tuvo en cuenta el tamaño de la línea base, las relaciones de altura, los trazos de conexión y las repeticiones.

El problema era que la muestra era muy limitada.

Tras llegar a su conclusión, Bissell empezó a redactar su informe.

Escribió que, tras su examen y basándose en la prevalencia de características comunes entre los especímenes que había comparado, había indicios de que el nuevo mensaje era obra del mismo individuo que había escrito los mensajes encontrados en los

casos anteriores de Hidra.

«Sin embargo, se observa alguna duda o falta de concordancia en algunos detalles relativos a la línea base y a las proporciones de altura de las letras más recientes. El carácter incompleto y el alcance limitado del mensaje también son factores a tener en cuenta. Hay que considerar el paso del tiempo y la posibilidad de que el autor haya sido interrumpido. Pero se observaron suficientes características comunes para indicar que la nueva escritura puede haber sido realizada por el mismo individuo que escribió los mensajes anteriores encontrados en los casos de la Hidra».

Bissell se recostó en su silla.

Se mordió el labio inferior y miró la foto de Emma Nelson, de ocho años, que había pegado en su puesto de trabajo.

"Tenemos que encontrarte. Tenemos que poner fin a esto y encontrarte".

CAPÍTULO 26

Yonkers, Nueva York

La casa carecía de jardín delantero.

El destartalado porche terminaba justo en la acera; la pintura marrón de su débil estructura de dos pisos se estaba desconchando.

Un cartel de «SE VENDE» colgaba de la ventana, como una bandera de rendición.

Ray Wyatt no era optimista cuando llamó a la puerta principal. Pegó la oreja a ella, una vieja costumbre suya, para detectar sonidos de movimiento.

No había nada más que silencio.

Se llevó las manos a los ojos para hacer sombra con ellas y trató de mirar dentro, pero fue incapaz de ver nada a través de la mugre acumulada.

Dio un paso atrás y pensó en llamar a la inmobiliaria que gestionaba la venta de la propiedad, pero sabía que no le darían la información que necesitaba. Golpeando el cuaderno contra la pierna, sopesó intentar entrar por la puerta vallada de la parte trasera, pensando que podría haber alguien en el patio de atrás.

Oyó que las puertas de unos coches se cerraban cerca de él en la calle.

—¿Puedo ayudarlo? —Una mujer de unos treinta años, vestida con vaqueros y camiseta rosa, acababa de llegar en un sedán. Dos niños de unos doce años y una niña de unos diez salieron bostezando y arrastrando unas maletas hasta la casa de al lado.

—Tal vez. Necesito hablar con los que viven aquí —dijo Wyatt.

—Si le interesa la casa, debería llamar al agente inmobiliario.

—No, no soy un comprador. Soy periodista.

—¿Periodista?

—¡Mamá! Tenemos hambre —dijo uno de los niños desde el porche.

—TJ, ya te lo he dicho, subid las maletas a vuestras habitaciones y comed galletas y mantequilla de cacahuete. Enseguida voy a prepararos algo. —Luego se dirigió Wyatt—: ¿Quién es usted? ¿Sobre qué está informando?

—Me llamo Ray Wyatt, trabajo en *First Press Alliance*. —Se acercó unos pasos a la mujer, optando por una estrategia discreta. Echó un vistazo a su cuaderno, pero ya tenía el nombre memorizado—. Necesitaba hablar con Joyce Seleronte, SELL-ERR-RON-TAY, si lo he dicho bien, y con su marido, Mickey Brim, creo que se llama así. ¿Los conoce?

—Sí, pero acaban de mudarse. ¿Por qué necesita hablar con ellos?

—Oh, bueno, es para una historia. Necesito su ayuda. Me temo que es sobre un crimen, y creo que pueden ayudarme.

—¿Qué? ¿Un crimen por aquí?

—No, aquí no. Al norte del estado. ¿Conoce el caso cerca de Saranac Lake, en el camino Starving Wolf?

La mujer negó con la cabeza.

—Estos dos o tres últimos días he estado de viaje con mis hijos. Así que no he oído las noticias. ¿Qué ha pasado allí?

—Es un delito grave. Unas personas fueron asesinadas.

—¿Asesinadas? Eso es terrible. ¿Quiénes eran?

—No lo tengo muy claro. Pensé que esta gente podría conocerlos y ayudarme. Las personas que fueron asesinadas estaban en su cabaña en el norte del estado, y podría haber sido un robo o algo así, no lo sé. Pensé —Wyatt miró hacia la casa vacía— que esta gente los conocía, pero... —Echó un vistazo a su alrededor con impotencia—. Bueno, supongo que no he tenido la suerte de llegar a ver a Joyce y a su marido.

—Mickey no es su marido.

—Ah.

—Viven juntos.

—Ya veo.

—Lo ha pasado mal desde que perdió su trabajo. Algo de jardinería, creo. —Señaló la casa con la cabeza—. Por eso la venden. La casa era de su madre. Murió hace siete u ocho años.

—¿Alguna idea de a dónde se han mudado Joyce y Mickey?

La mujer se tomó un momento para evaluar a Wyatt.

—¿Tiene alguna identificación, tarjeta o algo?

—Claro.

Wyatt sacó su acreditación plastificada y se la dio a la mujer. Ella la examinó hasta quedar satisfecha.

—De acuerdo. Se supone que no debo decirle a nadie a dónde fueron.

—¿Y eso por qué?

—Por las deudas, creo, pero ya que usted no los busca por eso...

—No.

—Bueno, como solo es un periodista, se lo diré. Pero no puede decir dónde se enteró.

Él sonrió.

—Yo siempre protejo mis fuentes.

—Joyce se ha mudado con una amiga al Bronx. Tengo la dirección en la casa porque se supone que debo estar pendiente de su correo por si llega algún cheque. Espere aquí.

—Gracias.

Wyatt echó un vistazo a su alrededor, consultó el móvil por si tenía mensajes y luego miró en las páginas de noticias para ver si había novedades en el caso.

—Aquí tiene. —La mujer le dio un papelito con el nombre, la dirección, el código postal y el número de teléfono escritos con buena letra.

—Se lo agradezco. —Wyatt lo guardó en su cartera—. ¿Puede decirme qué clase de vecinos eran?

—Joyce es dulce, confiada. Tiene un niño pequeño, Rocky, de la

misma edad que el mío.

Wyatt asintió.

—¿A qué se dedica?

—Es peluquera.

—Y Mickey, ¿cómo es?

—¿Mickey? —La mujer parpadeó un par de veces, luego miró hacia otro lado y se encogió de hombros—. Era callado, iba a lo suyo. Oiga, no irá a poner esto en las noticias, ¿verdad?

—No, tranquila. Solo es para mí, a menos que prefiera otra cosa.

—No, para nada.

—Entonces, ¿hay algo más sobre Mickey que recuerde? —Wyatt miró hacia la casa—. Ya no son sus vecinos.

La mujer frunció los labios y miró a la nada.

—Siempre he tenido la sensación de que hay algo oscuro dentro de ese hombre.

—¡Mamá! —La niña salió por la puerta—. ¡TJ no quiere compartir la mantequilla de cacahuete y las galletas!

—Enseguida voy, cariño. —La mujer miró la tarjeta de Wyatt—. Por favor, no ponga mi nombre en el artículo.

—No lo haré. No sé ni cómo se llama. Avíseme si se le ocurre algo, ¿vale?

—Tengo que irme.

—Una última cosa. En los últimos días, antes de que se fuera, ¿ha venido alguien por aquí, otros periodistas o la policía, a preguntarle por Joyce y Mickey?

—¿La policía?

—No se alarme, es lo habitual. Solo me lo preguntaba.

—No. Ya se lo he dicho, hemos estado en Georgia. Mire, solo he podido hablar con mis hijos los últimos días, así que le he contado demasiado. ¿Me da su palabra de que no me va a mencionar?

—Lo prometo, y gracias.

La mujer asintió, miró a Wyatt con desconfianza, cerró el coche, entró en su casa y cerró la puerta.

Wyatt echó un vistazo a la casa donde había vivido Mickey Lee

Brim y pensó en la dirección del Bronx que llevaba en la cartera.

"Estoy más cerca. Un poco más cerca».

CAPÍTULO 27

Camino Starving Wolf, montañas Adirondack, Nueva York

"Concéntrate. Continúa".

Sí, pero ahora mismo, la agente de la Policía Estatal de Nueva York Brianne Drew necesitaba descansar. Ella y Jay Fulton habían llegado tarde la noche anterior con un equipo del destacamento A del condado de Niágara. No habían dormido mucho y se habían levantado temprano para relevar a otros equipos.

—¡Estoy aquí, Jay!

A lo lejos, Fulton levantó la mano, indicando que se reuniría con ella en el saliente rocoso. El sol estaba alto y Drew cogió su botella de agua. Se alegró de que aún estuviera fresca mientras bebía. Se pasó el brazo por la frente y contempló la belleza del sector que les habían asignado, uno de los más escarpados de la región.

Drew y Fulton llevaban registrándolo desde el amanecer.

Drew era una policía de veintiséis años, una novata decidida con la ambición de dejar la patrulla de carreteras para trabajar en investigaciones de homicidios. Sus compañeros la habían apodado Nancy Drew.

Estaba agradecida por formar parte de esa operación. Era un caso desgarrador, como era evidente en los rostros de algunos de los investigadores; la mayoría eran padres. Incluso los veteranos más curtidos se mostraban serios.

El corazón de Drew estaba con toda la familia Nelson.

Después de beber más agua, cerró la botella y se reprendió por quejarse de los pequeños dolores que sentía en las pantorrillas. Era una policía estatal con vaqueros y camiseta, equipada con calcetines gruesos, botas, agua, comida, un arma, espray para osos, repelente de mosquitos, botiquín y radio, y tenía formación. Si unas pocas horas caminando por ese terreno la habían agotado tanto, no se podía imaginar lo que habría supuesto para una niña de Yonkers.

"Si sigue viva».

—Ey. —Fulton llegó respirando con dificultad. Sacó el mapa—. Muy bien, este sector ya se ha registrado tres veces. —Señaló con la cabeza un árbol con tres cintas naranjas atadas alrededor—. ¿Ves? Está marcado. —Fulton consultó entonces la brújula—. Así que estoy pensando que deberíamos ir al norte. ¿Qué te parece?

—Déjame ver el mapa, Jay.

Cuando Drew extendió la mano, se le cayó la botella de agua, que rodó por una pendiente unos metros. Soltó un gruñido y bajó de la cornisa para cogerla. Había caído en una pequeña fisura superficial. Al agacharse, un destello metálico captó su atención.

"¿Qué es eso? Parece algo que no debería estar ahí», pensó Drew. Sacó la linterna y la encendió. Protegiéndose los ojos del sol, dirigió la luz hacia la grieta. La abertura tenía unos veinticinco centímetros de ancho y casi un metro de profundidad. Parpadeó varias veces para acostumbrar la vista a la oscuridad mientras la sondeaba con la linterna.

Drew contuvo la respiración cuando lo vio.

—¡Jay! Avisa por radio al Equipo de Análisis de Evidencias. Los necesitamos aquí ya.

En menos de media hora, el equipo del FBI había descendido sobre la cornisa. Lo primero que hicieron fue precintar la zona con cinta amarilla. Las radios crepitaban mientras se tomaban fotografías y medidas.

Drew permaneció en la escena para preservar la cadena de custodia.

—¿Usted es la agente Drew, la que ha hecho el hallazgo? —le

preguntó un agente del FBI mientras tomaba nota.

—Sí, soy yo.

—Buen trabajo.

—Fue pura suerte, la verdad.

A Drew se le aceleró el corazón al ver cómo los forenses sacaban con cuidado un hacha de mango largo de la grieta de la superficie rocosa.

CAPÍTULO 28

Manhattan, Nueva York

Encontrar el hacha fue un avance.

Unas fotos grandes y nítidas llenaban el monitor de Jill McDade en la oficina del FBI en Nueva York.

Estudiando el patrón de manchas de sangre oscurecida en la cabeza y el mango, estaba convencida de que tenía que ser el arma utilizada para asesinar a Phil y Margaret Nelson.

"Si tenemos en cuenta dónde estaba y cómo estaba situada, tiene que ser esta».

El Equipo de Análisis de Evidencias realizó pruebas preliminares de tipificación sanguínea en el lugar de los hechos antes de enviarle las fotos. Los análisis mostraron que la sangre seca correspondía al grupo sanguíneo de los Nelson. El hacha había sido enviada al laboratorio de Quantico para un análisis más profundo. Allí, los expertos determinarían si la sangre del arma coincidía con la de las víctimas. También la analizarían en busca de ADN y huellas, y realizarían un análisis de marcas de herramienta.

McDade volvió a revisar la descripción. Era un hacha de una sola hoja, con una cabeza de acero de un kilo y medio y un mango de nogal de ochenta y siete centímetros. Cerró el documento y consultó el informe de la autopsia, en el que leyó de nuevo que los Nelson habían sufrido lesiones por arma blanca, heridas provocadas por un arma pesada de filo cortante, como un machete o un hacha.

El informe señalaba que los golpes habían provocado el desprendimiento de fragmentos de huesos, fracturas en bisagra y

zonas en las que los bordes del hueso parecían haberse despegado. El análisis de marcas de herramienta en el laboratorio determinaría si las mellas en la hoja del hacha coincidían con las heridas.

McDade volvió a mirar las fotos. El código de barras del hacha estaba desgastado y deshilachado en algunos puntos, pero seguía siendo legible. Ayudaría a determinar dónde se había vendido y quién la había comprado.

Tomó un buen trago de café recién hecho.

Cada vez recibía más información y los elementos empezaban a encajar para ofrecer una imagen más clara de lo sucedido.

Los cuatro miembros de la familia Nelson habían salido de Yonkers para pasar dos semanas en su cabaña, según amigos, compañeros de trabajo y quienes los habían visto o hablado con ellos por última vez.

Los asesinatos se produjeron aproximadamente una semana después de que empezaran las vacaciones de la familia.

Según las autopsias, el contenido de los estómagos de Phil y Margaret Nelson indicaba que lo último que habían comido eran perritos calientes, malvaviscos tostados, patatas fritas y galletas. Eso sugería que la familia había cenado alrededor de la hoguera. Era coherente con las cenizas de la misma y la colocación de las sillas a su alrededor.

McDade hizo una pausa, parpadeó varias veces y luego miró a la nada.

De repente, se imaginó a la familia, el fuego crepitando y silbando, las brasas girando hacia las estrellas, el aroma amaderado de los perritos calientes asados y la dulce viscosidad de los malvaviscos tostados.

Se imaginó el fuego reflejado en los ojos de la familia: Phil, Margaret, Ethan y Emma. Casi podía oír las risas de los niños.

El retrato de una familia unida.

Ninguno de ellos sabía que era su última vez juntos.

"Su última vez juntos».

"Tim».

McDade pensó de repente en su marido. Sus ojos se encontraron con los de él en la foto enmarcada de su escritorio. Tim. Podía ver su sonrisa, oír su voz, sentir su tacto. Tim. Luchó contra una punzada breve, intensa y desgarradora antes de volver a centrar su atención en los Nelson, felices alrededor del fuego, felices en su mundo, sin saber el horror que estaba a punto de alcanzarlos.

McDade regresó a los informes, que sugerían que el asesino había atacado por la noche, después de que la familia se hubiera acostado.

"¿Dónde está Emma? ¿Dónde está su mochila? Los rastros y el uso de platos, tazas y utensilios de cocina indican que estuvo allí. ¿Y cómo escapó Ethan? ¿Qué vio? Dios, ojalá pudiera decírmelo. ¿Y quién hizo las camas de los niños? ¿Y por qué? Si fue el asesino, sugiere que se tomó su tiempo. Que tenía el control. El control. Todo apunta a Mickey Lee Brim. Mira su historial, es un hombre vengativo y violento. ¿Es la Hidra? Tenemos que encontrarlo».

Sonó un aviso y McDade leyó un nuevo correo electrónico, en el que se le informaba de que los cadáveres iban a ser entregados a las familias, que planeaban un funeral conjunto. Eso la hizo pensar en Dean Street, el exmarido de Margaret.

"¿No debería estar ya de vuelta en Estados Unidos? Necesito hablar con él. Quizá pueda aportar algo que nos ayude».

Sonó su teléfono. Era un número oculto.

—McDade.

—Jill, soy Crenetti.

El sonido de su voz le reconfortó. Will Crenetti era uno de los mejores amigos de Tim en la Unidad de Servicios de Emergencia de la Policía de Nueva York.

—Hola, Will.

—Quería que supieras que nuestros chicos han presionado todo lo posible a sus informantes y hemos conseguido una pista sobre Brim, una buena.

—¿Y de la niña?

—No tenemos nada de ella. Pero, con respecto a Brim, la Unidad de Servicios de Emergencia se está preparando para detenerlo.

Pensé que debías saberlo, que querrías estar allí.

—Sí.

—Bien, te mando los detalles ahora.

—Gracias, Will. En cuanto tenga la ubicación, me pongo en camino.

CAPÍTULO 29

Parque Neverpoint, el Bronx, Nueva York

—Mi abuelo vivió aquí —dijo el taxista a Wyatt, señalando la nueva urbanización en construcción—. Trabajaba en una fábrica de pianos que estaba justo ahí.

Esa parte del sudeste del Bronx estaba delimitada por el estrecho de Long Island y el East River. Pasaron por una mezcla de pizzerías, casas de empeño, peluquerías, almacenes y bloques de apartamentos antes de llegar a barrios con casas de una y dos plantas con pequeños jardines.

Giraron hacia Glanton Road. Wyatt buscaba el número 265. Los coches aparcados se alineaban a ambos lados de la calle.

Pasaron casa tras casa hasta que lo vieron, un bungaló de estuco con un jardín vallado. Un Toyota Corolla antiguo con el guardabarros delantero derecho abollado estaba aparcado frente a la casa. El camino de entrada estaba vacío.

Wyatt le dijo al conductor que se detuviera a mitad de la manzana, pagó el viaje y le dio una propina de veinte dólares.

—Apague el taxímetro y espéreme. Puede que necesite volver rápido a Manhattan.

—No tengo prisa. —El conductor abrió su ejemplar del *Daily News*.

Wyatt se acercó a la casa con varias preguntas rondándole la cabeza.

"¿Y si Mickey Lee Brim está realmente aquí? ¿Y si fue él quien decapitó a los Nelson y se llevó a su hija?».

Ahora, de pie frente a la casa, Wyatt se obligó a relajarse.

"Solo haz tu trabajo».

Empezó anotando la matrícula del Toyota, del estado de Nueva York, y luego echó un vistazo rápido a su interior. El asiento del copiloto estaba cubierto de folletos y envoltorios de comida basura. Hizo unas cuantas fotos rápidas y luego algunas de la casa.

Las cortinas estaban cerradas.

Todo estaba tranquilo, salvo por los aviones que despegaban y aterrizaban en LaGuardia.

A lo lejos, oyó herramientas eléctricas, una sierra de mesa.

En la casa, se percibía una luz tenue en una de las ventanas. Una sombra pasó junto a una cortina.

Sin duda, había alguien allí.

Wyatt entró en la propiedad y se dirigió a la puerta lateral que daba al camino de entrada vacío.

Levantó la mano para llamar cuando se sobresaltó.

En el patio trasero se oyó un grito infantil.

"Una niña pequeña. ¿Podría ser Emma?».

Algo dentro de la casa vibró, alguien se movía. Wyatt se dirigió hacia el patio trasero, pero lo detuvo una valla de madera y una puerta que le llegaba a los hombros.

La puerta estaba cerrada.

Tratar de alcanzar el pestillo por encima fue inútil.

Agarrándose a la parte superior de la valla, se impulsó y cayó al otro lado, aterrizando sobre una manguera de jardín que se extendía hacia la parte trasera. Wyatt la siguió hasta una pequeña terraza con sillas de jardín y una mesa de pícnic, el típico patio trasero familiar.

Se detuvo en seco al ver a dos niños de pie sobre la hierba, a unos cinco metros de distancia: un niño blanco de unos once años y una niña blanca que parecía tener cuatro o cinco, demasiado pequeña para ser Emma Nelson.

Ambos llevaban bañador.

La manguera serpenteó hasta el niño, que sostenía la boquilla chorreante, que seguía apuntando a la niña, que estaba empapada. Durante unos incómodos segundos, el único sonido que se escuchó

fue el del agua que caía de la niña a la cubierta, antes de que ambos se girasen hacia Wyatt. Los ojos de los niños se abrieron de par en par y se quedaron mirándolo, mudos, hasta que Wyatt notó que su atención se desviaba hacia su izquierda.

—Tengo una pistola —dijo una voz de mujer desde detrás de él.

Wyatt se giró.

Los brazos de la mujer estaban extendidos. Sus manos rodeaban la pistola, que le apuntaba.

—¡Arrodíllate y pon las manos detrás de la cabeza!

Antes de que Wyatt pudiera explicarse, ella gritó:

—¡Hazlo ahora, gilipollas! ¡O juro por Dios que te disparo!

CAPÍTULO 30

El Bronx, Nueva York

Los detectives Cheryl Sanger y Phil Campisi estaban en su primer turno tras unos días de descanso y cinco noches de trabajo.

Habían cerrado un caso relacionado con bandas y se dirigían a la comisaría para una entrevista de seguimiento cuando oyeron el aviso de que la Unidad de Servicios de Emergencia se disponía a entrar en la residencia de Mickey Lee Brim.

—¿Ese es el tipo que llevan días tratando de atrapar por el caso del doble homicidio y la niña desaparecida en el norte del estado? —preguntó Sanger desde el asiento del conductor de su coche sin distintivos.

—Sí, llevan todo el día difundiendo información sobre él. —Campisi repasó la información en su *tablet*—. Acaban de recibir el chivatazo de su dirección y vehículo. Se supone que ha estado conduciendo otro estos días.

—Me encantaría participar en esa operación.

Campisi revisó las alertas en la *tablet*.

—Cuidado con lo que deseas.

—¿Por qué?

—El Centro de Delitos en Tiempo Real dice que está cerca. Da la vuelta.

—¿Hablas en serio?

—Da la vuelta, Cheryl. Toma la siguiente a la derecha.

Giraron hacia Rampart Avenue y habían recorrido tres manzanas cuando Campisi vio un sedán que iba en dirección contraria.

—¡Creo que es él! ¡Síguelo, Cheryl! ¡Mantén un par de coches entre nosotros!

Mientras Sanger realizaba un giro de ciento ochenta grados, Campisi cogió el móvil y llamó al Centro de Delitos en Tiempo Real, confirmando que su coche sin distintivos estaba dentro de la zona caliente con contacto visual.

—Estamos alcanzando al vehículo sospechoso —dijo Campisi.

Una furgoneta y una moto iban delante de ellos.

Campisi cogió unos pequeños prismáticos de la consola, enfocó el vehículo sospechoso y dio su confirmación al analista del centro.

—Es un Chevrolet Malibú gris del 99. La matrícula del estado de Nueva York coincide. El único ocupante visible es un hombre que va conduciendo. Lo tenemos. Instrucciones, por favor.

El Centro de Delitos en Tiempo Real, situado en el centro de la ciudad, en One Police Plaza, gestionaba una amplia red informática que incluía cámaras de vigilancia y lectores de matrículas en todos los distritos. También tenía acceso al sistema de comunicaciones de la policía de Nueva York. Se enviaron llamadas y mensajes urgentes a los oficiales al mando para que tomaran una decisión.

La estrategia con Mickey Lee Brim había sido que la Unidad de Servicios de Emergencia lo detuviera en su residencia de Glanton Road. Pero aún no se habían establecido los perímetros ni desplegado las unidades. Dado el desarrollo de los acontecimientos, el riesgo de que Brim pudiera huir o tomar rehenes y la gravedad del caso, se dio la orden a la central de detener a Brim.

Todas las unidades sin distintivos disponibles fueron enviadas a la zona con las luces y las sirenas apagadas. Los coches patrulla tomaron posiciones estratégicas, formando puntos de estrangulamiento variables en los perímetros interior y exterior a medida que la operación se ajustaba a los movimientos del sospechoso.

A lo largo de Rampart, el Malibú de Brim los condujo por un barrio salpicado de *sex shops*, concesionarios de coches usados, licorerías de mala muerte y centros comerciales antes de girar hacia Glanton

Road.

El Malibú avanzó varias manzanas antes de detenerse en un semáforo en rojo.

—¡Vale, ahora! —Campisi activó las luces de emergencia y la sirena mientras Sanger posicionaba el vehículo en ángulo, bloqueando al Malibú.

—¡POLICÍA DE NUEVA YORK! ¡Salga del coche! ¡Al suelo! ¡Las manos sobre la cabeza!

Con las armas desenfundadas y las placas visibles, Sanger y Campisi repitieron la orden. Desconcertado, el hombre obedeció. Más vehículos policiales llegaron al lugar mientras el hombre era esposado y cacheado en busca de armas.

Su cartera lo identificó como Mickey Lee Brim.

La agente del FBI Jill McDade estuvo entre los que respondieron al operativo y registró el Malibú de Brim en busca de señales de Emma Nelson.

Nada.

Abrieron el maletero y McDade contuvo el aliento al mirar en su interior.

CAPÍTULO 31

Parque Neverpoint, el Bronx, Nueva York

Ray Wyatt se arrodilló en el césped, con las manos en alto.

La mujer había ordenado a los niños que entraran en la casa, pero siguió apuntando a Wyatt con la pistola y se mantuvo a distancia mientras se acercaba para verle la cara.

Parecía tener veintitantos años, pero las profundas líneas de expresión alrededor de la boca delataban una vida dura. Llevaba vaqueros y una camiseta. Los tatuajes serpenteaban a lo largo de sus brazos.

—Saca la cartera.

Wyatt la sacó de su bolsillo y la arrojó a sus pies. Sin bajar el arma, ella la cogió y examinó su carné de conducir y su acreditación de *First Press Alliance*.

—¿Eres periodista?

—Sí.

—Será mejor que no estés mintiendo.

—¿Por qué iba a mentir?

—¿No eres un cobrador de deudas? ¿Ni uno de esos que vienen a embargar? Porque ya vendimos el coche y nos compramos uno más barato.

Wyatt no dijo nada.

—¿Eres algún tipo de pervertido con carné falso, que se mete en casas para amenazar a mi hijo y a mi sobrina?

—Soy periodista.

—¿Por qué demonios estás aquí?

Wyatt se preguntó si habría llamado a la policía. Si estaba involucrada en el caso, no querría que la policía fuera por allí.

—¡Respóndeme, gilipollas!

—Quería hablar con Mickey Lee Brim para que me ayudara con una historia, sobre el caso del norte del estado, donde Phil y Margaret Nelson fueron asesinados. Su hija ha desaparecido. Tengo entendido que el señor Brim los conocía y quería hablar con él.

—¡Y una mierda!

—Es la verdad. Oí gritar a una niña y pensé que era la desaparecida. Por eso me colé en el patio. Lo siento.

La mujer lo miró fijamente, sin saber qué pensar.

—¿Conoce al señor Brim? —preguntó Wyatt.

—¿Por qué crees que está aquí?

—He hablado con gente. ¿Es usted Joyce Seleronte?

Wyatt vio que tenía los ojos azules, un poco vidriosos, y buscó en ellos alguna reacción.

—¿Es usted Joyce?

Ella no respondió. Tragó saliva y, con cada segundo que pasaba, su dureza empezaba a resquebrajarse. Parpadeó para contener las lágrimas. Murmuró algo para sí misma, que Wyatt no logró entender.

—Lo siento —dijo él—. ¿Qué ha dicho?

—Todo esto está mal, mal, mal.

Le temblaba la voz, y también las manos, una señal clara de que estaba dejando de verlo como una amenaza.

—¿Podría bajar el arma para que podamos hablar?

—Quiero que te vayas. —Le lanzó la cartera.

—¿Está el señor Brim aquí?

—Fuera. ¡Ahora!

Wyatt no tenía elección.

Cogió su cartera y, manteniendo las manos visibles, descorrió el pestillo de la verja. Cuando llegó a la calle, buscó su taxi. Se había ido.

En ese momento sonaron las sirenas y vio las luces de emergencia de varios coches de policía que se dirigían a un vehículo situado a

una manzana de distancia. Estaban arrestando a alguien. Corrió hacia allí, se detuvo, hizo varias fotos con el móvil y luego continuó. Cuando se acercaba al lugar, un hombre vestido de paisano, con una placa colgada del cuello y la mano sobre la funda de su arma, lo detuvo con la palma de la mano.

—¡Alto ahí! ¡Manos arriba!

Wyatt obedeció.

—¡Soy periodista!

—No pasa nada. Conozco a este tipo. —La agente del FBI Jill McDade despidió al detective y se llevó a Wyatt a un lado—. ¿Qué estás haciendo aquí, Wyatt? —preguntó.

—Mi trabajo. Busco a Mickey Brim. —Wyatt señaló con la cabeza al hombre esposado que estaban metiendo en la parte trasera de un sedán sin distintivos—. ¿Es él?

McDade asintió.

—¿Emma Nelson estaba con él?

Ella no contestó, estaba mirando algo detrás de Wyatt. Él se giró y vio a varios detectives, con las armas desenfundadas, acercándose al domicilio de Brim.

—Dime, Wyatt, ¿cómo has conseguido esta dirección tan rápido?

—Investigación periodística. ¿Habéis encontrado a la niña? ¿Qué hay en el maletero?

McDade no contestó.

El coche con Brim arrancó y se alejó.

—¿Brim es la Hidra?

McDade se quedó mirando a Wyatt sin decir nada.

CAPÍTULO 32

Saranac Lake, Nueva York

—Entendido... Ahora mismo... Entendido. —El agente del FBI Doug Ahern colgó la llamada tras recibir una solicitud urgente de la agente al mando del caso, Jill McDade.

Ahern revisó el archivo que ella le había enviado a su *tablet,* apostado en el pasillo frente a la habitación de hospital de Ethan Nelson. Un momento después, llamó al médico y a la enfermera de Ethan, y les explicó lo que había que hacer.

En el rostro del doctor apareció una expresión de preocupación y desconcierto, y Ahern percibió cierta resistencia.

—Doctor, es nuestro único testigo. Este nuevo dato es clave.

—Vale, pero con la condición de que lo haga Juanita. —El médico señaló a la enfermera—. Parece que tiene un ligero vínculo positivo con ella.

—De acuerdo.

Ahern le pasó la *tablet* para mostrarle lo que tenía que hacer. Luego los tres entraron en la habitación. Ethan, con el pijama que le habían llevado sus familiares, estaba junto a la ventana mirando hacia fuera. Los médicos estaban preocupados por su estado, pues seguía sin hablar desde que lo habían encontrado en el bosque.

—Ethan, cariño. —Juanita se acercó a él y se agachó—. ¿Me ayudas con algo importante?

El niño parecía ajeno a su presencia, seguía mirando el bosque más allá del aparcamiento del hospital mientras ella continuaba.

—¿Ves mi *tablet*? Voy a enseñarte algunas fotos de personas, y

solo necesito que me digas si alguna estuvo en la cabaña de tu familia justo antes de que te fueras, ¿vale?

Ethan seguía sin reaccionar.

Juanita intercambió rápidas miradas con el médico y con Ahern, que estaba grabando con el móvil. Juanita giró con suavidad a Ethan para que pudiera mirar la *tablet*.

—Muy bien, cariño, allá vamos.

Juanita empezó a deslizar las fotos de seis hombres de rostro serio que McDade había preparado.

Ethan miró la primera sin que su expresión se alterase. Lo mismo ocurrió con la segunda foto. Nada cambió cuando la enfermera pasó a la tercera y a la cuarta imagen. Nada, ni un cambio. El niño seguí inmerso en su mutismo, en ese estado de trance.

Cuando Juanita llegó a la imagen del quinto hombre, Ethan se quedó boquiabierto. Se echó hacia atrás. Emitió un sonido agudo que fue subiendo de intensidad hasta convertirse en un grito desgarrador.

Juanita soltó la *tablet* sobre la cama, y el médico y ella corrieron a consolar a Ethan. Ahern cogió la *tablet*, que seguía mostrando la foto cinco: la imagen de la ficha policial de Mickey Lee Brim, con el ceño fruncido.

CAPÍTULO 33

Manhattan, Nueva York

Mickey Lee Brim miró a su alrededor en la pequeña sala sin ventanas situada en lo alto de la sede del FBI en Manhattan.

Sabía que estaba equipada para grabar las conversaciones.

Brim estaba familiarizado con ese tipo de salas.

Tenía paredes de bloques de hormigón blanco, una mesa con acabado de imitación madera y sillas de respaldo duro a ambos lados, donde se sentaban frente a él la agente del FBI Jill McDade y Carl Rudd, un investigador de la policía del estado de Nueva York, que era un detective clave en los asesinatos de la Hidra.

Rudd acababa de leerle sus derechos.

—¿Entiende estos derechos, señor Brim?

—Sí.

—Y, teniendo en cuenta estos derechos, ¿desea hablar con nosotros?

—No necesito ningún abogado. No tengo nada que ocultar.

Rudd le deslizó un bolígrafo y un formulario legal.

—Firme la renuncia a sus derechos.

Las esposas tintinearon mientras Brim firmaba.

—¿Por qué vais a por mí, tío? —Brim le devolvió el formulario y el bolígrafo—. He estado viviendo honestamente desde que salí.

—¿Conoce a Phil Nelson? —preguntó Rudd.

Brim dejó escapar un largo suspiro y sacudió la cabeza.

—Sabéis que trabajé para él. Sabéis que me despidió sin motivo. Vi en las noticias lo que les pasó a él y a su mujer. Fue una tragedia.

Me sorprendió, pero yo no tuve nada que ver. Yo ni siquiera estaba por allí cuando ocurrió. Estaba en Baltimore, buscando trabajo.

McDade miró a Brim durante largo rato.

—Dice que le despidió sin motivo. —Se inclinó hacia delante—. Le despidió porque mintió sobre su historial como delincuente violento y convicto.

Brim sacudió la cabeza, alzó la vista al techo y parpadeó rápidamente.

—¿Sabes lo difícil que me resulta encontrar trabajo? ¿Intentar ir por el buen camino? Cumplí mi condena. Así que sí, no le hablé de mis errores. Usé a unos amigos como referencias. Lo hice para mantener a mi familia. ¿Y sabes qué? Phil decía que yo era su mejor trabajador, que no le daba ni un problema. Ni una sola vez. Era bueno en ese trabajo. Me gustaba trabajar para él. Me encantaba, tío.

—¿Así que le cabreó que le despidiera?

—Pues claro, joder.

—¿Por eso aparcó varias veces delante de su casa después, para intimidarlo, para acosarlo?

Brim negó con la cabeza.

—No fue así.

—¿No? —McDade lo miró fijamente—. Phil tenía mujer, dos hijos pequeños y acababa de conocer su historia, todas las cosas que usted hizo. Estaba enfadado y quería vengarse de él, Mickey.

—No. Intentaba encontrar el valor para suplicarle que me devolvieran el trabajo.

—¿Y lo encontró en el centro comercial, cuando lo amenazó a él y a su familia?

Brim frunció los labios, entrelazó los dedos, apretó las manos con fuerza y se le quebró la voz.

—Me habían invitado a su casa a cenar, por Navidad. Entonces un hijo de puta le susurró al oído que la cagué hace mucho tiempo, ¡y Phil Nelson me menospreció como si nada! Como si yo fuera una mierda en su zapato.

—¿Estaba enfadado?

—¡Pues claro que estaba enfadado! Había estado bebiendo. Lo encontré en el centro comercial. Estaba asustado, desesperado. ¿Cómo iba a mantener a mi familia? Le rogué, le supliqué que me diera una segunda oportunidad. Tenía facturas que pagar, facturas del coche. Íbamos a perder la casa. Tuve que vender el coche y comprar una chatarra. Tuvimos que poner la casa en venta y mudarnos.

—¿Estaba mal?

—Muy mal.

—¿Por eso le dijo: «Quizá tu familia debería sufrir como la mía»?

Brim apartó la mirada sin responder.

—Tiene una naturaleza vengativa, ¿no es así, Mickey? —preguntó Carl Rudd.

Brim no dijo nada.

—Quiero decir, lo que le hizo a su prometida y a ese tipo con el que se acostaba —dijo Rudd—. Aquello fue pura ira directa contra los que le agraviaron. ¿Recuerda lo que le repetía una y otra vez en el bosque cuando la secuestró, la violó y la golpeó con un bate de béisbol? Una y otra vez le decía: «¡No puedes hacer esto! ¡No puedes hacerme esto! ¡No vas a salirte con la tuya!».

McDade miró a Brim por si reaccionaba al oír «No puedes» mientras Rudd continuaba.

—Entonces cogió un martillo y le destrozó la cara a aquel tipo. Pero en el fondo, durante todo ese tiempo, lo que de verdad quería era cortarles la cabeza y ponerlas en estacas, ¿no?

Brim seguía sin decir nada.

—Es como si se convirtiera en otra persona cada vez que alguien le hace daño; como si se transformara. ¿No le parece, Mickey? —Rudd puso ante él varias imágenes de los restos de las víctimas de la Hidra—. Esto es obra de una personalidad muy vengativa. Todas estas personas fueron víctimas del mismo asesino, la Hidra.

Brim no dijo nada.

—¿Y adivina qué descubrimos cuando investigamos su historial? —

dijo Rudd—. Que residía cerca de cada una de las víctimas en el momento de sus muertes: Filadelfia, Boston, Nueva Jersey, Long Island.

Brim apartó la mirada.

—Oh, y hay más. Podemos situar en la cabaña de los Nelson un todoterreno como el del que se deshizo hace poco —dijo Rudd.

Brim lo miró fijamente.

—Así es —dijo Rudd—. ¿Sabe también lo que encontramos en el maletero de su coche antes de que tuviera oportunidad de deshacerse de él? Una lona. Con manchas de sangre.

Brim no dijo nada.

McDade puso una foto del hacha sobre la mesa.

—Esta es el arma utilizada para matar a Phil y Margaret —dijo.

Brim la miró.

—En ella está la sangre de las víctimas y... sus huellas.

Brim miró a McDade y luego a Rudd.

—También tenemos un testigo, Mickey —dijo Rudd.

Ambos investigadores vieron el miedo y la duda en los ojos de Brim.

—¿No es obvio? —dijo Rudd—. Todo el mundo sabe que Ethan Nelson sobrevivió.

Brim no dijo nada.

—¿Puede justificar dónde ha estado durante la última semana? Ha dicho que estaba en Baltimore buscando trabajo. Vamos a comprobarlo.

Brim sacudió la cabeza lentamente, como si el mundo se le viniera encima.

—Mickey, mientras hablamos, estamos ejecutando órdenes de registro en sus viviendas, sus vehículos. Estamos interrogando a Joyce Seleronte, su pareja. Se acabó.

Las esposas de Brim hicieron un pequeño ruido metálico mientras se pasaba las manos por la cara, y luego miró a McDade como si estuviera cayendo a un abismo.

—Mickey. —McDade le puso la mano sobre las manos esposadas

—. Ahora es el momento de desahogarse y aliviar su conciencia. Sea un hombre. Haga lo correcto por usted, por Joyce y por su hijo, Rocky.

La miró fijamente.

—Mickey, cuéntenos lo que ocurrió en la cabaña. Díganos dónde está la pequeña Emma Nelson. Cuéntenos qué le pasó a ella y a todas esas personas a lo largo de los años.

Brim miró a McDade y luego a Rudd.

Tragó saliva.

—Quiero un abogado.

CAPÍTULO 34

Manhattan, Nueva York

Mickey Lee Brim tenía las manos esposadas a la espalda. Su rostro lleno de cicatrices mostraba un gesto hosco mientras los detectives lo introducían en la parte trasera de un coche sin distintivos.

"Es una buena foto para el artículo».

Ray Wyatt la evaluaba en el monitor de su ordenador en la redacción, entre el repiqueteo de su teclado mientras redactaba el arranque del artículo.

> Se ha producido una detención por el asesinato de una pareja de Yonkers y la desaparición de su hija de ocho años en los bosques del norte del estado de Nueva York.

Era un comienzo. Se acercaba la hora de cierre. Wyatt continuó con el primer borrador.

> Los investigadores también están estudiando una posible relación entre el doble homicidio y los asesinatos de la Hidra, una serie de espeluznantes asesinatos sin resolver que dejaron trece víctimas en cuatro estados a lo largo de varios años.
> Phil Nelson, de treinta y ocho años, propietario de una empresa de jardinería en Yonkers, y su mujer, Margaret Nelson, de treinta y siete años, agente inmobiliaria, fueron encontrados muertos en la cabaña de la familia en la remota región de Starving Wolf, al norte del estado de Nueva York, después de que unos excursionistas encontraran a su hijo, Ethan, de seis años, deambulando solo por el bosque a pocos kilómetros

de la cabaña hace cinco días.

El estremecedor caso dio lugar a una búsqueda a gran escala que abarca miles de hectáreas y cientos de kilómetros de un terreno escarpado y espectacular que llega hasta la frontera canadiense. La operación no ha dado ningún resultado hasta ahora.

En los acontecimientos de hoy, Mickey Lee Brim, de cuarenta y dos años, un delincuente convicto que trabajó para la empresa de jardinería de Phil Nelson hasta que fue despedido hace dos meses, fue detenido cerca de su residencia en el sur del Bronx...

Unos veinte minutos después, Wyatt terminó el borrador. Sabía que la noticia era veraz, pero también que Lou Talbott lo presionaría por no tener una fuente oficial. Wyatt necesitaba más confirmación, así que hizo una llamada urgente a Vic Baker, una de sus fuentes de confianza en la Policía Estatal de Nueva York. Cuando lo localizó, Wyatt le leyó los puntos más destacados del artículo.

—Vic, necesito confirmar que esto es correcto. ¿Puedes comprobarlo con la gente que conozcas que participe en la investigación?

Se hizo un momento de silencio.

—No te prometo nada. Haré lo que pueda. Dame unos minutos.

Wyatt hizo una segunda llamada urgente con la misma petición a su amigo Tony DeCastilla, el detective retirado de la policía de Nueva York.

—Déjame ver qué puedo averiguar. Me pondré en contacto contigo, Ray.

Mientras esperaba, Wyatt fue a la cocina de la redacción a por café recién hecho. De vuelta a su mesa, Talbott lo detuvo.

—¿Cuándo voy a ver algo, Ray?

Wyatt le había insinuado antes a Talbott que podría tener una historia sobre un avance en el caso, pero no le había dado detalles.

—Todavía tengo que confirmar un par de cosas. Te lo enseñaré pronto.

—Mejor que sea algo potente.

—Estoy en ello.

Ya en su mesa, Wyatt dio un sorbo a su café y se metió en Internet para revisar las redes sociales y comprobar si sus competidores se le habían adelantado con la exclusiva sobre la detención de Brim. *Associated Press* no tenía nada; *Bloomberg*, nada; *Reuters*, nada. El *New York Times*, nada. Lo mismo para el *Newsday*, el *Daily News* y el *Post*. Luego revisó si alguna cadena de televisión había dado la noticia.

Nada.

"Cero. Parece que, hasta ahora, esta noticia es solo mía».

Wyatt estaba puliendo el texto cuando sonó su móvil.

—Wyatt.

—Soy Vic. Uno de mis chicos dice que lo que tienes es correcto.

—Genial. Gracias, Vic.

Wyatt tomó otro sorbo de café cuando su teléfono vibró con un mensaje de Tony D: «Confirmado».

Wyatt le dio las gracias, terminó el artículo y se lo pasó a Talbott, junto con la foto del arresto de Brim.

Unos minutos después, Talbott lo llamó a su despacho.

—Esto es bueno, pero no tienes a nadie confirmando oficialmente, Ray.

—Tengo al portavoz del FBI confirmando que una persona de interés ha sido arrestada en el Bronx.

—Pero no van más allá de eso.

—Lo sé, pero también tengo dos fuentes distintas, un agente de la estatal y otro de la policía de Nueva York. Y yo estaba allí durante el arresto, donde una fuente me confirmó que era Brim. Tengo la imagen. Es sólido, Lou, y es todo nuestro.

Talbott se frotó la barbilla, pensativo.

—Vale, lo publicamos. Es justo lo que necesitamos. Este artículo plantea por primera vez la posibilidad de que Mickey Lee Brim sea la Hidra.

—Lo sé —dijo Wyatt—. Pero, si Brim es el tipo, ¿qué hizo con Emma Nelson?

CAPÍTULO 35

Manhattan, Nueva York

—¿Qué piensas, Jill?

Carl Rudd y McDade estaban en su ordenador revisando la grabación de la entrevista a Mickey Lee Brim. Esperaban mientras Brim y su abogado hablaban en privado en una sala aparte.

Durante casi una hora, Rudd y McDade habían estudiado el lenguaje corporal de Brim y las respuestas a sus preguntas sobre los asesinatos.

—Creo que estamos cerca —dijo McDade.

—¿Cerca? Yo creo que lo tenemos.

—Tenemos muchas piezas, pero no hemos dado en el clavo. Todavía no.

—El chico, Ethan, acaba de elegir a Brim en una rueda de reconocimiento fotográfica.

—Pero Ethan no ha dicho que viera a Brim en la cabaña ni que lo viera asesinar a sus padres. No ha dicho ni una palabra, Carl. Podría haber reaccionado al altercado que presenció entre Brim y su padre en el centro comercial, que Brim admitió. No podemos situarlo en la cabaña. No de forma concluyente. Todavía no.

—Jill, vamos. Tenemos las huellas de Brim en el hacha, impresiones de neumáticos que coinciden con el todoterreno del que acaba de deshacerse. Tenemos la lona manchada de sangre, que apuesto que usó para transportar las cabezas.

—Brim ha dicho que estaba en Baltimore buscando trabajo —dijo McDade, recordando de repente algo mientras cogía el móvil para

buscar en Internet.

—Tendrá que demostrar esa coartada —dijo Rudd—. También tenemos su forma de expresarse en el ataque a su exprometida, el «no puedes», que concuerda con los mensajes de la Hidra y el nuevo mensaje en la cabaña, y el hecho de que los asesinatos cesaron cuando Brim estaba en prisión. ¿Qué? ¿Por qué sacudes la cabeza? ¿Qué pasa?

McDade le mostró a Rudd una noticia sobre el caso, la última de Ray Wyatt para *First Press Alliance*.

Rudd la leyó y dijo:

—Vaya, ha dado en el clavo.

El teléfono de McDade sonó y ella contestó.

—Hola, Jill. Soy Rachel Curtis, la madre de Olivia. Te llamo para contarte lo de la fiesta de cumpleaños. ¿Es mal momento?

McDade cambió el chip, se apartó un poco e invitó a Rachel a que le explicara los detalles de la fiesta de pijamas. Cuando Rachel terminó, McDade le dio las gracias y colgó. Segundos después, su teléfono volvió a sonar. Tal vez Rachel había olvidado algo.

—McDade.

—Agente, soy Dean Street.

—Señor Street, ¿dónde está?

—En Hawái, de camino a Nueva York —dijo—. ¿Ya han encontrado a Emma?

—Lo siento, pero aún no. Estamos haciendo todo lo posible para encontrarla.

—¿Cómo está mi hijo? ¿Ha hablado?

—No habla, pero nos está ayudando.

—¿Ayudando? ¿Cómo?

—Señor Street, no puedo hablar de eso ahora. ¿Cuándo tiene previsto llegar a Nueva York? Necesitamos hablar con usted. Nos vendría bien su ayuda.

En ese momento, McDade oyó un anuncio de embarque. «Todos los pasajeros con destino a Nueva York, por favor, diríjanse a la puerta cincuenta. El embarque comenzará en breve...».

—Por eso la llamo. No tengo mucho tiempo antes de embarcar, pero deberían hablar con un tipo que trabajó para Phil. Se llama Mickey Lee Brim.

—Sabemos quién es. ¿Por qué deberíamos hablar con él?

—Puede ser sospechoso. Fue condenado por secuestro y violación, y casi mata a golpes a un tipo. Cumplió condena en Rikers. Solía encargarme de comprobar el tipo de gente que contrataba Phil porque Maggie y los niños iban a menudo a la oficina de la empresa. Le conté a Phil en privado lo de Brim. Le dije que no debía tener a ese tipo cerca. Phil no sabía lo de Brim, pero hizo lo correcto y lo despidió. He oído que Brim estaba muy cabreado y que amenazó a Phil. Se suponía que la policía de Yonkers lo estaba vigilando. Así que creo que es importante que investiguen a Brim, agente McDade.

McDade dudó. En el fondo de sus entrañas era consciente de la llamada y del momento tan oportuno en el que se había realizado, pero su intuición quedó eclipsada al interpretar el aviso de Street como la afirmación por parte de otro detective de que iban por el buen camino en la investigación con Brim.

—¿Alguna vez habló usted directamente con Brim? —preguntó McDade.

—No, nunca, pero hablé con la policía de Yonkers —dijo Street por encima de más ruido de fondo—. Tengo que colgar, agente McDade. Nos vemos en Nueva York.

—Gracias por llamar. —McDade se giró hacia Rudd—. Era Dean Street. Está en Hawái, de camino a casa. Ha sugerido que investiguemos a Brim. Ha dicho que fue él quien informó a Phil Nelson de los antecedentes penales de Brim.

—Ahí lo tienes —dijo Rudd—. Brim encaja cada vez más.

En ese momento, apareció una asistente de oficina.

—Agente McDade, el abogado del señor Brim dice que su cliente está listo para volver a hablar con usted.

—Muy bien, gracias. Vamos, Carl.

CAPÍTULO 36

Manhattan, Nueva York

Cuando Rudd y McDade se sentaron frente a Brim y su abogado en la sala de interrogatorios, las sillas chirriaron.

—Agente McDade, agente Rudd, siento que no nos hayan presentado bien. —La voz grave del abogado tenía un ligero acento sureño. Era calvo, corpulento, con un poblado bigote y gafas gruesas. Se levantó y les estrechó la mano—. Soy Eugene Pine. Mi bufete ofrece asistencia legal gratuita a personas que han saldado su deuda con la sociedad, como mi cliente. El señor Brim está más que dispuesto a cooperar y preparado para aclararlo todo, si están de acuerdo.

—Vamos a ello —dijo Rudd, que señaló—: Que conste que se le han leído sus derechos.

—Por supuesto. —Pine hojeó las notas que había tomado en un bloc amarillo—. En el poco tiempo que he tenido para hablar con mi cliente, he hecho varias llamadas, y estoy seguro de que los resultados les resultarán útiles en su investigación sobre este gravísimo y terrible crimen.

—Lo escuchamos —dijo Rudd.

—El pasado de mi cliente dista mucho de ser intachable, en eso estamos todos de acuerdo. Pero estos son los hechos. Sí, engañó al señor Nelson. Sí, se enfrentó a él estando enfadado y bajo los efectos del alcohol. Sí, hizo una enérgica petición de reincorporación, por la que se disculpó y por la que nunca se presentaron cargos.

—Hay otros hechos. Pruebas, señor Pine —dijo Rudd.

—En efecto. Si me permite. —Pine cogió su móvil—. En cuanto al hacha, mi cliente puede demostrar que estaba entre un grupo de empleados invitados a la cabaña de los Nelson para construir una terraza hace algún tiempo. —Buscó una foto—. Ah, sí, fue hace dos años. Lo verán en esta foto del grupo tomada en la cabaña. Ahí está el señor Nelson, sonriendo con la mano en el hombro del señor Brim. Verán que mi cliente sostiene un hacha, que había utilizado para cortar leña para la familia. Creemos que la de la foto es el hacha en cuestión, a menos que tengan otra.

McDade y Rudd mantuvieron el rostro imperturbable mientras estudiaban la imagen.

—Estaré encantado de facilitarles la foto original para que vea que no está alterada. Y podrán comprobar la veracidad de este hecho con los demás empleados que aparecen en ella.

Rudd dio unos golpecitos con el bolígrafo en su cuaderno mientras Pine continuaba.

—Ahora, en cuanto a la lona encontrada en la furgoneta de mi cliente, esperamos que sus expertos la estén analizando, porque encontrarán que los rastros de sangre son de pescado. El señor Brim ha encontrado un empleo temporal, mal pagado, en el mercado de pescado de Hunts Point. Su jefe le permite llevarse a casa las porciones no vendidas.

Rudd y McDade no dijeron nada.

—En cuanto al paradero de mi cliente en torno al momento de la tragedia, ha declarado, y podremos confirmarlo con recibos de motel, gasolina, comidas y la grabación de una cita con terceras personas, que se encontraba en Baltimore para dos entrevistas de trabajo: una con un contratista y otra con una empresa de jardinería.

Rudd y McDade no dijeron nada.

—Por último, en cuanto a ese asunto de la Hidra, bueno, es un poco fantasioso, ¿no creen? —Pine se quitó las gafas y, mientras las limpiaba, añadió—: Ahora, seamos sinceros. Al arrestar a mi cliente, apenas cumplieron con el requisito de causa probable. Y, con los

hechos que se acaban de presentar, se enfrenta a un océano de dudas razonables para considerarlo sospechoso. Por lo tanto, insisto respetuosamente en que liberen al señor Brim y lo exculpen públicamente de inmediato.

Pine se recolocó las gafas, rematando su argumento con una sonrisa.

CAPÍTULO 37

Washington Heights, Nueva York

—¿Mamá? —Alison se terminó el último trozo de *pizza*—. ¿Tierra llamando a mamá?

Jill volvió a centrar su atención, que se había desviado momentáneamente de la conversación de la cena a su trabajo, aunque hacía horas que había salido de la oficina.

—Lo siento, cariño. ¿Qué decías?

—He dicho que si ya has decidido si puedo ir a la fiesta de cumpleaños de Olivia y quedarme a dormir.

—Sí. Está bien, puedes ir.

—¡Bien! Gracias, mamá. Tengo que comprarle un regalo. He visto una funda para el móvil que le encanta.

—Iremos de compras mañana o pasado.

—¿Y las deportivas rosas tan chulas también?

—Ya veremos. Se está haciendo tarde. Antes de acostarte, quiero que recojas la ropa de tu habitación mientras yo limpio aquí.

—¿Primero puedo decirle a Olivia que voy a su fiesta?

—Sí, anda, ve.

Alison se marchó y la sonrisa de McDade se desvaneció.

Solo habían pasado un par de horas desde que habían liberado a Mickey Lee Brim, pero la ira ardiente que había estallado en sus entrañas seguía consumiéndola. Todo apuntaba a Brim. Habían actuado según el procedimiento, pero no había sido suficiente. El abogado de Brim había desmontado su caso pieza por pieza.

Ahora, mientras McDade lavaba platos y cubiertos en el fregadero,

se obligó a recordar su regla fundamental en toda investigación: «No pierdas la perspectiva general».

Había caído la noche y, mientras observaba el parpadeo de las luces del tráfico sobre el puente George Washington, algo le llamó la atención: un leve pensamiento que empezaba a asomar en su mente.

"Dean Street».

Le pareció extraño que hubiera llamado justo cuando estaban entrevistando a Brim. Que hubiera llamado poco después de que el artículo de Ray Wyatt hubiera sido publicado en Internet. McDade lo vio enseguida porque había configurado una alerta en su teléfono para recibir información de la prensa sobre el caso.

"Dean podría haber hecho lo mismo, y el artículo podría haber hecho que recordase a Brim. No. Espera. Hay algo más sobre Street».

McDade se secó el jabón de las manos y se apresuró a buscar en su portátil del FBI el artículo de Wyatt. Había informado de que tenían a Brim bajo custodia, así que, si Street había leído la noticia, ¿por qué llamaría para sugerir que buscaran a Brim cuando ya lo tenían?

Había algo más sobre Dean Street no terminaba de encajarle. Mientras intentaba dar con ello, la respuesta empezó a tomar forma con una claridad que la inquietó.

—Mamá, ya he terminado de recoger mi cuarto.

—Muy bien, cariño. Ve a llenar la bañera.

McDade se concentró en su portátil, cada vez más intranquila mientras seguía su corazonada sobre Street. Buscó en archivos encriptados información sobre la unidad especial multiagencia que investigaba a la Hidra. Encontró las notas y los puntos del orden del día de las reuniones, que se remontaban a varios años atrás.

Al abrir los primeros expedientes, estudió la lista de asistentes. Era una lista larga, pero se concentró en quién representaba al condado de Suffolk en ese momento. Lucy Castillo y Ted Seznary. McDade pensó un momento antes de buscar cronológicamente en las listas

todas las reuniones.

Cuando llegó a la cuarta reunión, vio que Seznary ya no estaba en la lista. Se había inscrito un suplente para representar al condado de Suffolk.

Dean Street.

La inquietud se apoderó de McDade y los pensamientos se agolparon en su mente. «*Street estaba en la unidad especial antes de que yo me incorporara».* Así que Street sabría detalles sobre la Hidra; tenía una conexión con las víctimas.

Street había dicho que vigilaba a su familia, que era un exmarido atento. Estaba interesado en saber qué les había contado Ethan sobre aquella noche, si es que les había contado algo.

Mientras escuchaba correr el agua de la bañera, McDade se frotó las sienes.

Pero había respuestas racionales y lógicas a cada una de las preguntas que se estaba planteado. ¿Estaba empezando a sospechar de Dean Street solo porque habían tenido que soltar a Brim? No tenía sentido, porque en el momento de los asesinatos, Dean Street estaba fuera del país, en la otra punta del mundo.

McDade oyó el chirrido de los grifos al detenerse el torrente de agua que entraba en la bañera.

Todo estaba en silencio, salvo por el suave chapoteo de Alison.

Dean Street había estado en Australia, en Japón y en Hawái, ¿verdad? ¿No había alguien en el equipo encargado de comprobarlo? «*¿O se nos ha pasado por alto?».*

Se frotó la cara con las manos y miró la pantalla del ordenador, pensativa.

"¿Seguro que estaba fuera del país?».

Abrió la lista de contactos de su ordenador y cogió el teléfono.

CAPÍTULO 38

Manhattan, Nueva York

Se hacía tarde. Ray Wyatt estaba junto a la ventana, contemplando el horizonte de Manhattan desde la redacción de *First Press Alliance,* en el piso veinte.

"¿Qué está pasando con Brim?».

Echó un vistazo al móvil, frustrado porque sus fuentes no habían podido confirmar qué había ocurrido tras la detención de Brim. También le decepcionaba no haber podido contactar con nadie de la familia Nelson para obtener una reacción. Había hecho llamadas y dejado mensajes, pero nadie se había puesto en contacto con él.

Una mano le dio una palmada en el hombro.

—Hora de irse, Ray —dijo Lou Talbott—. Es una buena historia y ha tenido una gran acogida. Necesitaremos una continuación potente mañana para mantenernos en cabeza con este caso.

Wyatt asintió, observando la puesta de sol sobre la ciudad antes de coger su chaqueta. Decidió comer algo antes de coger el metro hacia Queens y se dirigió al Shake Shack de Grand Central. Allí, pidió una hamburguesa con queso, patatas fritas y un batido de vainilla, y luego se dirigió a Bryant Park.

Mientras comía, pensaba en la historia.

"¿Es Mickey Lee Brim el asesino? ¿Lo han acusado?".

Mientras la gente paseaba por el hermoso césped del parque y los padres saludaban a sus hijos en el carrusel, Wyatt buscaba respuestas.

"¿A dónde voy ahora con esta historia?».

Estaba pensando en llamar a Jill McDade cuando sonó su teléfono.

No reconoció el número.

—Wyatt.

—Señor Wyatt, soy Rhonda Meyer, la hermana de Maggie Nelson. Habló conmigo y con mi marido en el hospital de Saranac Lake.

—Hola, Rhonda. —Wyatt se incorporó en su asiento y se limpió la cara con una servilleta—. ¿En qué puedo ayudarla?

Wyatt oía voces al otro lado del teléfono, gente discutiendo.

—Señor Wyatt, ¿podría reunirse conmigo y con mi marido mañana por la mañana, en privado? Es muy importante.

—Por supuesto. ¿Están en Saranac Lake?

Wyatt oyó que contenía la respiración, como si sollozara, mientras la discusión continuaba de fondo.

—¿Rhonda? ¿Está todo bien ahí?

—Sí, todo bien. Estamos en Yonkers. Estamos organizando los funerales. Pero iremos a Manhattan para vernos con usted. Ahí es donde trabaja, ¿verdad? Eso es lo que pone en su tarjeta.

—Sí, en Manhattan. Me reuniré con ustedes cuando y donde quieran.

—Esto tiene que ser en privado. Sin cámaras ni nada, ¿vale?

—De acuerdo. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

Pasó un momento en silencio, con más discusiones de fondo, antes de que respondiera.

—Quiero darle algo que explica por qué asesinaron a Maggie y a Phil.

CAPÍTULO 39

Manhattan, Nueva York

A primera hora de la mañana siguiente, McDade corrió los últimos pasos hacia su escritorio en la oficina del FBI en Nueva York para contestar el teléfono fijo.

—McDade.

—Scott Thurston, agregado legal en la Embajada de Estados Unidos en Canberra. Le llamo para responder a su consulta. Siento haber tardado tanto.

—Sí. Vaya, trabaja hasta tarde. ¿Qué hora es allí?

—Las nueve y media. Es un requisito del puesto. Agente McDade, no hay constancia de que su sujeto, Dean Ezekiel Street, de Nueva York, entrara en el país. Lo hemos confirmado con Inmigración y Protección de Fronteras de Australia.

—¿Nada? Pero me llamó desde Brisbane. Creo que desde el aeropuerto de Gold Coast.

—Eso está al sur de Brisbane. Aun así, no hay constancia de su entrada. Tendría que haber tramitado una autorización para entrar en el país.

—¿Qué tipo de autorización?

—Una que da permiso a un ciudadano estadounidense a viajar y entrar en Australia. Está vinculada electrónicamente a su pasaporte. No se puede entrar en el país sin ella, y no hay constancia de que su sujeto la haya tramitado. Nunca estuvo aquí.

—¿Nunca estuvo allí? No lo entiendo.

—Lo siento, no hay nada más que pueda decirle.

—Muy bien. Gracias, Scott.

Al colgar, McDade dejó el bolso sobre la mesa, cogió el móvil y buscó la grabación de la primera llamada de Street. La encontró, la puso cerca del final y la reprodujo.

—Señor, necesito entrevistarle en cuanto pueda.

—¿Está usted a cargo de la investigación? —preguntó entre sollozos.

—Sí, pero yo...

—¿Ethan está bien?

—Sí.

—Gracias a Dios. ¿Qué les ha dicho?

—Es incapaz de hablar. Escuche, necesito hablar con usted tan pronto...

—Oh, Dios... Ni siquiera puedo...

—¿Dónde está, señor Street?

—¿Cómo?

—¿Dónde se encuentra?

—En Australia. Cerca de Brisbane. En el aeropuerto de Gold Coast. Estoy a punto de embarcar en un vuelo a Tokio. Pero tengo que volver a casa de inmediato. Lo siento, agente McDade. La llamaré.

Consternada y confusa, McDade se dejó caer en la silla.

"¿Qué está pasando? Tiene que haber un error. Street estaba en Australia. Sé lo que oí».

McDade volvió a reproducir la grabación, esta vez retrocedió un poco más y se concentró en los anuncios de embarque que se oían de fondo. «Buenos días, señoras y señores. Bienvenidos al vuelo JQ11 de Jet Sun Star con destino a Tokio Narita...» y, más adelante, el anuncio de un vuelo de Virgin Australia a Adelaida.

Estaba a punto de reproducir de nuevo la grabación cuando sonó el teléfono fijo.

—McDade.

—Tenemos a Bernadette Koenig y a Audrey y Cooper Stowe abajo en recepción. Tienen cita con usted.

La atención de McDade volvió a centrarse en la llamada que había

recibido la tarde anterior de Koenig, abogada de Phil y Margaret Nelson, solicitando una reunión. Después de ordenar sus ideas, McDade avisó de la cita a otros dos agentes y se dirigió al aseo para comprobar su aspecto. No tenía ni idea de qué se trataba, solo que Koenig había insistido en que era de suma importancia, diciéndole: «Hemos descubierto algo que tiene que ver, agente McDade».

***

Diez minutos después, McDade y otros dos agentes saludaron a Koenig y a los Stowe.

Bernadette Koenig, una mujer alta con un traje de falda azul marino bien cortado, llevaba un maletín fino. Los Stowe, serios, rondaban los cuarenta años. Audrey, la hermana de Phil Nelson, llevaba un vestido estampado y poco maquillaje; tenía los ojos enrojecidos de llorar. Cooper, su marido, medía más de metro ochenta y llevaba una chaqueta deportiva oscura sobre una camisa de botones y vaqueros. McDade los condujo a una pequeña sala de reuniones, cerró la puerta y dejó que Koenig empezara.

—Soy abogada. Nuestro bufete de Yonkers se encarga de los asuntos comerciales de SunTop Landscaping y de los personales de Phil Nelson, que siempre trataba con mi colega, Dominic Savianto. Dominic fue operado en el momento en que se produjo la tragedia de la cabaña. Fue durante su recuperación cuando se enteró de los horribles sucesos y me hizo una llamada urgente para alertar a la familia y, posteriormente, al FBI.

—¿Alertarnos de qué? —preguntó McDade.

—Hasta la muerte de Margaret Nelson, nadie, excepto Dominic, sabía que tenía un acuerdo confidencial con él.

—¿Qué tipo de acuerdo? ¿De qué se trata?

—Margaret le había dado a Dominic la llave de una caja de seguridad con instrucciones de entregar a su familia su contenido al morir, específicamente si su muerte no era natural.

Koenig se inclinó, colocó el maletín sobre la mesa y lo abrió.

—Habrían tenido esto antes, pero, como he dicho, Dominic estaba

en el hospital y me pidió que lo gestionara. Para que quede claro, no somos abogados patrimonialistas. Esto no tiene nada que ver con un testamento.

Koenig abrió el maletín, sacó un sobre grande y lo deslizó por la mesa hacia McDade.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Koenig miró a los Stowe, como indicándoles que hablaran.

Audrey se aclaró la garganta.

—Nadie lo sabía, excepto Dominic, pero Maggie llevaba un diario secreto que quería que recibiera el FBI, no la policía local, en eso fue muy clara, en caso de que le ocurriera algo.

McDade estudió la cara de Audrey, luego la de Cooper y después la de la abogada.

—¿Qué dice ese diario?

—Léalo —dijo Cooper Stowe—. Y, cuando termine, debería tener una idea clara de quién mató a Maggie, a Phil y, tal vez, también a Emma.

McDade arqueó ligeramente las cejas y su mente empezó a trabajar a toda velocidad.

—¿Cuándo se enteraron de esto? —le preguntó McDade a Koenig.

—Ayer por la tarde, cuando llamé. Quería que la familia tuviera la oportunidad de discutir el asunto primero.

—¿Hay más copias?

—Ese es el original. La hermana de Margaret, Rhonda Meyer, tiene una copia.

—Vale, lo estudiaremos. Pero necesitaremos una lista de todas las personas que lo hayan manipulado, incluyendo dónde se hizo la copia, para mantener la cadena de custodia.

—Hay una cosa más que debería saber, agente McDade —dijo Koenig.

—¿El qué?

—Hay desacuerdo entre la familia sobre si debe divulgarse el diario. Algunos familiares creen que solo debería tenerlo el FBI. Pero, después de leerlo, Rhonda, la hermana de Margaret, está

convencida de que Margaret también habría querido entregar una copia a la prensa para asegurarse de que se hicieran públicos todos los detalles sobre Dean Street. Y Rhonda está segura de que Margaret habría querido que esta historia saliera a la luz lo antes posible.

CAPÍTULO 40

Manhattan, Nueva York

Ray Wyatt se encontró con Rhonda y Martin Meyer en Scotty's, un restaurante del centro situado a dos manzanas del Grand Central Terminal.

Entre la multitud del desayuno, encontraron una mesa al fondo y pidieron café. Tras unos instantes de conversación, Rhonda sacó de su bolso un manuscrito sujeto con una pinza metálica amarilla, lo colocó sobre la mesa y apoyó las palmas de las manos sobre él con cierta ternura.

—Hacia el final de su vida, mi hermana llevaba un diario personal —empezó Rhonda, y explicó cómo su existencia había salido a la luz a través del abogado de la familia—. El FBI tiene el original. Quiero que tenga esta copia porque sé que es lo que Maggie habría querido.

Conteniendo las lágrimas, Rhonda le entregó el diario a Wyatt.

—Daremos un paseo mientras lo lee y luego volveremos —dijo Martin.

Cuando se fueron, Wyatt pidió más café. Su corazón latió un poco más rápido cuando empezó a leer las páginas fotocopiadas de las notas escritas con la pulcra letra de Margaret Nelson.

En ellas describía cómo su primer marido, Dean Street, era un hombre controlador y maltratador, que exigía que todo en sus vidas estuviera en orden o montaba en cólera. ««Tu trabajo es servirme en todo», me decía. Una vez, Dean me agarró del cuello por cocinar demasiado sus chuletas de cerdo y me llamó inútil».

En una entrada del diario, escribió cómo Dean estaba trabajando en el jardín y «me lanzó una manguera de jardín por preguntarle dónde había estado la noche anterior».

Y una noche puso una pistola en la cabeza de Margaret y apretó el gatillo con la recámara vacía. «Me dijo que dejara de llorar, que solo era una broma».

Dean le decía a menudo que, según la Biblia, el marido era Dios en su casa, y tenía el deber bíblico y procreador de compartir su semilla fuera del matrimonio.

Margaret se reprendió a sí misma por haber sido una mujer débil y sumisa durante todo su matrimonio. Le aterrorizaba contarle a alguien los abusos de Dean porque él era un policía inteligente, un experto en informática que lo sabía todo sobre investigaciones, y ella le tenía miedo.

Pero de alguna manera, con el tiempo, encontró la fuerza para pedirle el divorcio. Dean volvió a entrar en cólera y dijo que nunca permitiría que el divorcio destruyera a su familia.

«Eres mía. Siempre serás mía. ¡Nos meteré a todos en la tumba antes de dejar que eso suceda!».

Desesperada, Margaret sopesó ir a un refugio o denunciar a Dean a la policía, pero sabía que sería inútil: con sus contactos, él la encontraría.

Con cuidado y suavidad, ella le presionó para que se divorciara, diciendo que no era digna de un hombre como él. Ella siguió presionándole, suplicándole, diciéndole que no pediría pensión alimenticia ni manutención para sus hijos, ni siquiera una parte de los bienes, que solo quería irse con los niños. Un día, en un gesto que la dejó desconcertada —»como si algo dentro de él se hubiera activado»— Dean aceptó, con la condición de poder ver a Ethan y a Emma, y de que el divorcio fuera limpio, sin que se alegara ninguna causa.

A Margaret no le convencía, pero accedió porque los niños querían seguir viendo a Dean. Él les hacía regalos caros y les decía que su madre «tenía problemas para pensar con claridad». Durante ese

periodo, Dean cambió. «Se puso una sonrisa postiza y se convirtió en un robot sin emociones».

Después del divorcio, cuando Margaret empezó a salir con Phil Nelson, estaba segura de que Dean los espiaba. «La noche en que Phil y yo nos casamos, recibí una llamada de Dean en nuestra luna de miel. Había averiguado en qué hotel estábamos. «Mientras te estés tirando a Phil», me dijo, «recuerda que siempre serás mi mujer y que Ethan y Emma siempre serán mis hijos. No importa lo que digan los papeles del tribunal. ¡Sois míos, y eso nunca cambiará!»».

En esa etapa, Margaret anotó en su diario que había mantenido en privado la mayor parte de su tormento para proteger a sus hijos y a Phil. Una vez más, se debatía entre ir a la policía o no, pero temía que, además de ser inútil, empeorara la situación con Dean. Escribió que intentaba por todos los medios llevar una vida feliz, y que parecía que funcionaba... hasta que Dean le confesó que padecía una enfermedad terminal y le quedaban menos de seis meses de vida.

«Cuando Dean me lo dijo, le dije que lamentaba su enfermedad». Pero Margaret se aterrorizó ante lo que él exigió: «No voy a morir solo. Tú, Ethan y Emma dejaréis a Phil, y volveremos a ser una familia. Quiero lo que es mío. He estado pensando en formas de hacer que esto suceda antes de morir».

Margaret se esforzaba por sobrellevar la situación con Dean sin contarle nada a nadie. «Rezo para que esto tenga que ver con su enfermedad, la medicación y su personalidad defectuosa. Quizá sea estúpida por no decírselo a la policía, pero temo que pueda empeorar su estado».

Escribió que Dean seguía llamando, exigiendo que dejara a Phil. Finalmente, le dijo que no iba a dejar a su marido y que debería buscar ayuda. Eso lo enfureció. «Os tendré a ti y a mis hijos conmigo antes de morir», le dijo Dean.

En una de sus últimas entradas, Margaret escribió que después de ver a Dean dentro de su coche, aparcado en la calle por la noche frente a su casa de Yonkers, se lo contó a Phil, y este se enfrentó a

Dean. Phil estaba furioso y quería denunciarlo a la policía, pero Margaret le rogó que no lo hiciera. «Podría empeorar las cosas. Sus amigos policías lo protegerán», le dijo a Phil, asegurándole que las cosas con Dean pasarían. Atribuyó los arrebatos de Dean a su estado y a la medicación, señalando que le quedaba poco tiempo de vida.

«Oh, Dios, ¿me he equivocado?», escribió Margaret. «Temo que Dean pueda matarnos. Es una locura, lo sé, pero, si alguna vez nos pasa algo malo, decidle al FBI —no a la policía, sino al FBI— que investiguen a Dean Street».

Eso fue lo último que escribió Margaret.

«Las últimas palabras de una mujer asesinada», pensó Wyatt, tan absorto en el diario que casi no se dio cuenta de que Rhonda y Martin Meyer habían vuelto a la cafetería.

—¿Y bien? —dijo Martin.

—Es un testimonio impactante, desgarrador, y apunta de forma abrumadora a Dean. Perdonen la pregunta, pero ¿algún otro medio de comunicación tiene una copia de esto?

—No, solo usted. —Rhonda sacó servilletas del dispensador y se secó los ojos—. ¿Entiende por qué Maggie mantuvo esto en secreto? Temía que no le pasara nada a Dean, que sus compañeros policías lo protegieran.

—Lo entiendo. Era prisionera de sus abusos —dijo Wyatt.

—En la familia se debatió que no debíamos compartir el diario de Maggie con la prensa, con ustedes —dijo Martin.

—De ninguna manera íbamos a dárselo solo al FBI y quedarnos callados —intervino Rhonda—. Yo quería darle el diario. Me negué a que la verdad permaneciera enterrada ni un segundo más. Quiero que se haga público cada horrible detalle. Quizá la historia de Maggie ayude a otras mujeres maltratadas. Puede que les dé valor para contar a la gente por lo que están pasando, para que no les ocurra lo mismo que a mi hermana. —Agarró la muñeca de Wyatt—. Prométeme, Ray, que contarás la historia de Maggie. El FBI tiene que arrestar a Dean. ¡Tienen que encontrarlo! Él, él... —Sollozó,

cubriéndose el rostro con las manos.

Algunos clientes se giraron cuando se le quebró la voz.

—¡Puede que tenga a Emma con él!

CAPÍTULO 41

Brookhaven, condado de Suffolk, Nueva York

Dean Street vivía en una calle tranquila, en una pequeña casa tipo rancho de color crema, con un jardín bordeado de olmos y arces.

Tras observarla durante unos instantes, el comandante de los SWAT del FBI de Nueva York le pasó sus prismáticos a McDade.

—No hay ningún vehículo en la entrada, y nuestro equipo no detecta movimiento.

McDade giró la rueda de enfoque y escaneó la propiedad mientras reflexionaba sobre la rapidez con que se habían desarrollado los acontecimientos. A los pocos minutos de leer el diario de Margaret Nelson, había tomado una serie de medidas urgentes.

Había emitido una orden de búsqueda para Dean Ezekiel Street, propietario de un Ford Escape, señalando que podría estar viajando con su hija, Emma Nelson.

Obtuvo órdenes judiciales exprés para intervenir las tarjetas de crédito, las cuentas bancarias, los ordenadores y los teléfonos de Street, tanto en su casa como en el trabajo.

A continuación, alegando las circunstancias excepcionales por los recientes homicidios, el peligro inminente para Emma Nelson y la posible destrucción de pruebas, McDade solicitó el apoyo del equipo SWAT para una posible detención de Street y el rescate de su hija desaparecida en su domicilio.

—Estamos casi listos —dijo el comandante de los SWAT.

El Departamento de Policía del condado de Suffolk había establecido el perímetro exterior. Habían cortado el tráfico en la zona

y evacuado discretamente a los residentes de todas las casas circundantes para despejarlas de la posible línea de fuego.

El equipo SWAT del FBI había tomado posiciones alrededor de la vivienda.

El comandante realizó las últimas comprobaciones por radio con los jefes de los equipos situados en el frente y en la parte trasera. Todo estaba listo.

El comandante dijo:

—¡Vamos!

Segundos después, el ruido de los botes de gas lacrimógeno disparados contra el edificio y el estruendo de cristales al romperse resonaron en la calle. Unas nubes blancas salieron por las ventanas, seguidas de un chasquido ensordecedor y los destellos de las granadas aturdidoras.

Los agentes del SWAT, con chalecos antibalas, entraron por las puertas delantera y trasera. Las luces de las linternas y los haces rojos de las miras láser atravesaban la niebla acre. La respiración de los agentes, similar a la de Darth Vader, fuertemente armados y con máscaras antigás, llenó la casa mientras realizaban una rápida búsqueda habitación por habitación de Street y su hija.

El salón: vacío. El baño: vacío. El dormitorio número uno: vacío. El dormitorio número dos: vacío. La cocina: vacía. Los pasillos: vacíos. Los armarios: vacíos. Revisaron techos, suelos y paredes en busca de masa corporal. El sótano y el desván: vacíos.

Una vez que el equipo SWAT hubo asegurado la casa, el garaje y el jardín de Street, su comandante entregó la escena a McDade, a su equipo y a los forenses. El humo se disipó y el caos dio paso a la calma. La propiedad fue acordonada.

McDade y los demás agentes se cubrieron los zapatos y se pusieron guantes, y luego entraron para empezar a buscar y recoger pruebas.

El fregadero de la cocina estaba vacío; los armarios apenas tenían comida; el frigorífico estaba vacío; la basura estaba vacía. El baño estaba limpio; no había rastro de medicamentos en el armario. Las

camas estaban hechas. Quedaba poca ropa en el armario. No había señales evidentes de que Emma hubiera estado allí.

—Parece que alguien limpió a toda prisa —dijo McDade.

Un agente experto en ciberseguridad y otro en informática habían estado trabajando en el ordenador de sobremesa de Street. Unos veinte minutos después, consiguieron acceder.

—Lo ha borrado todo: el historial del navegador, los archivos y el disco duro. Tenemos que llevarnos esta unidad —dijo uno de ellos a McDade.

«Street debe saber que lo estamos persiguiendo», pensó McDade, sacudiendo la cabeza con frustración. Estaba valorando los siguientes pasos cuando alguien en la puerta trasera la llamó por su nombre.

—Hemos encontrado algo.

McDade se dirigió rápidamente al garaje, donde unos agentes con mascarillas y guantes habían vaciado el contenido de un cubo de basura sobre una lámina de plástico extendida en el suelo. Habían estado hurgando entre cáscaras podridas de patatas y plátanos, latas vacías, envoltorios, contenedores y folletos. Un agente había desplegado una sola hoja de papel manchada.

—Mira esto. —El agente se la dio a McDade.

Era una factura de JBD Mini-Storage.

—Mira esta parte, Jill —dijo el agente—. Street empezó a alquilar un trastero hace tres meses, como si se estuviera preparando para algo.

McDade volvió a comprobar la dirección de JBD Mini-Storage y cogió el móvil.

"Nos estamos acercando a él, puedo sentirlo".

CAPÍTULO 42

Condado de Suffolk, Nueva York

Al otro lado del condado, en Medford, el agente del equipo SWAT del FBI colocó las cuchillas de las cizallas industriales en el grillete del candado de acero del trastero 95 de JBD Mini-Storage.

Las instalaciones se encontraban entre una planta de reciclaje y dos desguaces de automóviles, lo bastante cerca de la autopista de Long Island como para que McDade oyera el zumbido del tráfico.

Hacía cinco minutos, había enseñado su identificación y su teléfono con la orden judicial expedida a los encargados de guardia de JBD, que habían cooperado sin problemas. Incluso se habían ofrecido para ayudar a los investigadores a revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad del trastero 95, alquilado por Dean Street.

El trastero era exterior, de unos tres por tres metros y medio, con climatización y espacio suficiente para que un vehículo pudiera aparcar justo en la puerta.

¡CLIC-CRAC! Las cizallas rompieron el grillete.

Usando su coche oficial como cobertura, McDade esperaba con el arma desenfundada. Otros miembros del SWAT y agentes se situaron a los lados, con las armas en alto, preparados para lo que pudieran encontrarse cuando el agente levantara la puerta.

Cuando el ruido metálico cesó y la luz iluminó el interior del trastero, a McDade se le encogió el corazón.

No había nadie dentro, pero en una esquina había un colchón sucio con almohadas y mantas, señal inequívoca de que alguien

había estado allí.

Un agente se dispuso a entrar.

—¡Alto! —ordenó McDade—. ¡Cubrezapatos y guantes primero!

Una vez preparados, los agentes se adentraron, fruncieron el ceño y tosieron. El aire apestaba a aguas fecales. Junto al colchón, había una tapa de inodoro fijada a la parte superior de un cubo de plástico de casi veinte litros. El suelo estaba lleno de envases de comida para llevar, rollos de cinta aislante gastados y periódicos viejos.

A un lado había una mesa plegable con un montón de móviles baratos, desechables e imposibles de rastrear, y varios ordenadores portátiles que parecían usados y desgastados. «Probablemente robados o adquiridos en casas de empeño», pensó McDade mientras uno de los agentes los encendía y empezaba a teclear.

—Escuchad esto —dijo el agente, subiendo el volumen—. «Buenos días, señoras y señores. Bienvenidos al vuelo JQ11 de Jet Sun Star con destino a Tokio Narita...». —El agente puso otro—: «Todos los pasajeros del vuelo veinte de Virgin Australia a Adelaida...». —Luego otro desde Honolulú—: «Todos los pasajeros con destino a Nueva York, por favor, diríjanse a la puerta cincuenta. El embarque comenzará en breve...». Todas estas grabaciones están disponibles en Internet —dijo el agente.

McDade tragó saliva al darse cuenta de cómo Street la había engañado, haciéndole creer que estaba fuera del país cada vez que la había llamado.

En un rincón de la mesa, McDade vio somníferos: pastillas y jarabes que podían comprarse en cualquier farmacia.

—¿Jill? —Otro agente se puso en cuclillas junto al colchón, retiró las mantas con las manos enguantadas y dejó al descubierto un peluche, un elefante gris con las patas blancas, y una mochila morada con mariposas, lunas crecientes y estrellas.

—La niña estuvo aquí. La retuvo aquí. —McDade parpadeó varias veces, obligándose a mantener el control—. Necesitaremos que el Equipo de Análisis de Evidencias procese esto lo antes posible.

Otro agente descubrió algo inusual en una pila de periódicos

amarillentos en un rincón al doblar las esquinas para inspeccionarlos.

—Mira esto —dijo cuando McDade se acercó.

Eran ediciones antiguas, de hasta diez años atrás, del *Philadelphia Inquirer*, el *Boston Globe*, el *Newark Star-Ledger*, el *Newsday*, el *New York Daily News*, el *New York Post* y el *New York Times*.

Todos incluían artículos sobre la Hidra.

—¿Qué opinas sobre esto, Jill?

McDade maldijo entre dientes. Fue entonces cuando sonó su teléfono. Era uno de los agentes que revisaban las grabaciones en la recepción.

—Tenemos algo aquí que debes ver.

McDade corrió a la oficina, donde los agentes se habían reunido en torno a cuatro pequeños monitores de circuito cerrado.

—Esto es de hace menos de veinticuatro horas. Mira —dijo uno de los agentes.

Las cámaras habían captado imágenes nítidas de un todoterreno Ford Escape dando marcha atrás hasta la puerta del trastero 95. Pero el conductor no salió por la puerta. Se deslizó por el interior y abrió la puerta del trastero desde dentro, claramente sin querer ser identificado por la cámara. El todoterreno permaneció aparcado menos de cinco minutos antes de marcharse.

—¡Eso tiene que ser cuando Street se llevó de aquí a Emma! Le estamos pisando los talones.

CAPÍTULO 43

Manhattan, Nueva York

Ray Wyatt había regresado a toda prisa a la redacción y a su mesa.

Apartó viejos ejemplares del *New York Times,* que cayeron al suelo, para hacer sitio y poder hojear el diario de Margaret Nelson por los fragmentos que había marcado. Inició sesión en su ordenador, creó un nuevo archivo y se bebió de un trago el café que había comprado abajo.

Otros periodistas trabajaban cerca. El sonido de sus conversaciones telefónicas o de sus teclados se desvanecía mientras él se concentraba y sentía el subidón de adrenalina que siempre lo invadía cuando conseguía una noticia importante.

Comenzó a redactar el primer borrador.

> Las últimas palabras de una mujer asesinada, descubiertas en un diario secreto, señalan a su exmarido maltratador, un detective de Nueva York, como sospechoso, según cree su familia, en un escalofriante caso que podría estar relacionado con los infames asesinatos de la Hidra, aún sin resolver.
>
> ”Temo que Dean pueda matarnos. Es una locura, lo sé, pero, si alguna vez nos pasa algo malo, decidle al FBI —no a la policía, sino al FBI— que investiguen a Dean Street”, escribió Margaret Nelson en la última entrada de su diario.

Wyatt continuó escribiendo, deteniéndose solo para contestar al teléfono y tomar notas cuando sus fuentes le devolvían las llamadas. Había hecho varias llamadas y enviado mensajes de texto en el

trayecto en taxi tras su reunión con la familia.

Ahora que sabía que Brim había sido puesto en libertad y que la investigación se centraba en Street, se arrepentía de no haber prestado más atención a una llamada que le habían hecho esa misma mañana, antes de la reunión. Reprodujo la grabación con la esperanza de que allí estuviera la información que necesitaba.

—Ray Wyatt.

—Señor Wyatt, soy un amigo de la familia Nelson, he estado siguiendo sus artículos sobre el caso y esperaba que pudiera contarme qué ha ocurrido después de la detención de Mickey Brim. ¿Va a ser acusado?

—Parece que no. Tengo entendido que van a dejarlo libre, si no lo han hecho ya.

—¿De verdad? ¿Sabe si el FBI tiene alguna pista nueva?

—Voy de camino a una reunión y no puedo hablar ahora. ¿Qué tal si me da su nombre y le llamo yo?

Había ruido de fondo al otro lado de la línea, como un aviso de embarque en un aeropuerto.

—No puedo, ahora mismo estoy en Las Vegas a punto de coger un avión.

—¿Puede darme su teléfono o su correo electrónico? Dice que es amigo de la familia Nelson. ¿Podría ayudarme a contactar con el exmarido de Maggie?

—¿Con Dean? ¿Dean Street? ¿Es en él en quien se están centrando?

—Yo no he dicho eso. Pero sí, llevo días intentando contactar con Dean.

—Sí, lo conozco. Es un buen tipo. Sé que estaba muy volcado con su familia. Creo que tengo su número, pero se lo doy más tarde, ahora tengo que coger un avión.

Decepcionado por no haber conseguido el número de la persona que podría haberle puesto en contacto con Street, Wyatt sacudió la cabeza y reanudó la escritura.

Margaret Nelson, de treinta y siete años, agente inmobiliaria en Yonkers, y su marido, Phil Nelson, de treinta y ocho años, propietario de una empresa de jardinería también en Yonkers, fueron hallados muertos en la cabaña de la familia en la remota región de Starving Wolf, al norte del estado de Nueva York, después de que unos excursionistas encontraran a su hijo Ethan, de seis años, deambulando solo por el bosque a pocos kilómetros de la cabaña hace una semana.

Emma Nelson, la hija de ocho años de la familia, continúa desaparecida. Los investigadores creen que el asesino pudo secuestrarla en la cabaña durante el ataque.

Se está llevando a cabo una búsqueda exhaustiva en la región.

En su diario, Margaret Nelson —que se había divorciado de Dean Street, detective de la policía del condado de Suffolk, en Long Island, Nueva York— describía a su exmarido como un hombre abusivo y vengativo que había amenazado a su familia tras confesarle que padecía una enfermedad terminal.

Wyatt continuó escribiendo, reuniendo todos los aspectos del caso que conocía, y terminó el artículo con rapidez. Frustrado por haber recibido respuesta de todas sus fuentes policiales menos una, cogió el teléfono y volvió a llamar. Le sorprendió que esta vez sí respondiera a la llamada.

—McDade.

—Soy Ray Wyatt, de *First Press Alliance*.

—No es un buen momento, Ray.

—Tengo el diario de Maggie. En cuestión de minutos vamos a publicar un artículo, citándola a ella y a su hermana, en el que acusamos a Dean Street, su exmarido y policía, de ser el asesino.

Durante casi seis segundos no se oyó entre ellos más que estática.

—Sería mejor que retuvieras esa noticia el mayor tiempo posible.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo.

—Ya me he guardado información antes, Jill, pero ahora voy con todo lo que sabemos: las decapitaciones, la posible conexión con el

caso Hidra...

—Tienes que esperar.

—¿Por qué?

Pasaron otros cinco tensos segundos.

—Si esta conversación va más lejos, no puedes exponerme como fuente.

—Tienes mi palabra.

—Ray, estamos cerca de él, y puede que aún no lo sepa. Necesitamos esa ventaja.

Wyatt miró su artículo en el monitor, pensativo.

—¿Sabéis exactamente dónde está?

—No.

—El artículo saldrá en minutos. Somos una agencia internacional de noticias. Saldrá en todas partes: en Internet, en televisión, en la radio, en los paneles de Times Square y en los portales de noticias de todo el país. Tendrás a todo el mundo buscándolo en media hora.

—Creemos que Emma está viva y que él la tiene, Ray.

Wyatt miraba ahora la última foto de la familia Nelson junta; sus ojos se dirigieron a Emma, abrazada a su elefante de peluche.

—Escucha, Jill, el silencio es el mejor aliado de Street. Si esta noticia se publica ahora, se le acabó el juego. Todos los que tengan un móvil estarán pendientes de encontrarlo.

—Lo vamos a hacer público en cuanto podamos, convirtiéndolo en uno de los más buscados. Activaremos una Alerta Amber. Tengo que seguir el protocolo.

—Eso llevará tiempo. ¿Tenéis ya el vehículo y la matrícula? Dámelos.

McDade dudó.

—Jill —dijo Wyatt—, ¿quieres atraparlo o prefieres actuar como una burócrata y explicar después de otra tragedia por qué seguiste el protocolo? Estamos perdiendo el tiempo discutiendo. ¿Quieres seguir el protocolo o recuperar a Emma Nelson? De cualquier forma, nuestra noticia se va a publicar.

—Es un Ford Escape. Espera, te paso el año, el color y la

matrícula.

CAPÍTULO 44

Ramapo, Nueva York

A Emma Nelson le dolía la cabeza.

Su cuerpo se balanceaba con suavidad, como si rebotara sobre un muelle. Estaba despierta, sabía que se movía.

Viajaba en coche, o algo así.

Estaba aterrorizada. Las lágrimas le rodaban por la cara.

"Quiero mi elefante. Quiero sentir el suave pelaje de Ella en la mejilla. Pero nos hemos ido muy deprisa».

Emma abrió los ojos en la oscuridad. Estaba tumbada en el suelo, cubierta con una manta. Sintió la presión de un aro metálico en una de sus muñecas. Tiró de él. El otro extremo estaba sujeto a algo sólido.

—¿Me estás escuchando? Es importante que escuches.

Él estaba delante, conduciendo, hablando con ella otra vez.

Quería gritarle.

"¡Por favor, deja de hacer esto! ¡Por favor, suéltame! No entiendo lo que dices. ¡No sé qué es verdad! ¡Quiero a mamá, quiero a Ethan y a papá! ¡Por favor!».

Pero Emma no podía decir ni una palabra.

La mordaza se lo impedía. Sus dientes mordían algo encajado en su boca. Tanteó el objeto con la lengua. Era una tela, retorcida como una cuerda, que rodeaba completamente su cabeza.

Le costaba respirar. Tragar dolía. Sus cara estaba húmeda de su propia baba.

—Tienes que ser valiente por mí, ¿vale, cariño? Es como te dije,

todo es alto secreto. Algunas personas muy malas venían a haceros daños a mamá, a ti, a Ethan y a Phil. Lo que viste esa noche era de mentira, no era real. Era un montaje. Como en las películas o en Halloween, ¿vale? Necesitaban que pareciera real para engañar a los malos que venían a haceros daño. Los malos siguen buscándonos.

Escuchó el chasquido de un intermitente y notó que reducían la velocidad.

—Así que tienes que seguir siendo valiente, como hasta ahora, y seguirme la corriente. Todo acabará pronto, recuperaremos a Ethan y podremos estar juntos otra vez, ¿vale? Voy a arreglarlo todo para que estemos juntos. Vamos a un lugar mágico. Ethan y mamá estarán allí. Ya lo verás.

Emma estaba confusa.

No podía creer lo que le decía sobre aquella noche, solo creía en lo que se había quedado grabado a fuego en su corazón para siempre. Lo que había oído. Lo que había visto.

"Los gritos, los hachazos, la sangre... Había mucha sangre».

Lloraba con más fuerza, preguntándose si alguna vez dejaría de hacerlo.

El coche iba mucho más despacio.

—Ahora, tengo que entrar aquí para comprar algo de comer. No puedo llevarte conmigo, porque no es seguro. Los malos nos están siguiendo. Me pondré la gorra y las gafas de sol para que no me reconozcan, y te traeré algo especial.

Emma sintió que el coche se detenía y oyó el gruñido y el rechinar de motores diésel, el silbido de los frenos de aire. Supuso que estaban en una parada de camiones o algo así cuando él gritó:

—¡EH! ¡PARA! ¡PARA! ¡NO!

De repente, un golpe seco en la parte delantera sacudió todo el coche.

Emma se deslizó violentamente. Un dolor agudo le atravesó la muñeca y le subió por el brazo, pero estaba bien.

Se oyeron portazos y voces alteradas.

—¿Qué demonios haces? —le dijo su padre a alguien.

—¡Oh, Dios mío! —Era una mujer—. Lo siento mucho, creí que esta plaza estaba vacía, no te he visto. Ha sido un accidente. Lo siento mucho.

—Está bien —dijo—. Ni siquiera se han activado los airbags. No pasa nada.

—No, no. Dios mío, mira tu frente. Estás fatal. Será mejor que llamemos al seguro y a la policía.

—No, no es necesario. No pasa nada. Mejor lo arreglamos entre nosotros.

Mientras hablaban, Emma se dio cuenta de que, de algún modo —quizá por el impacto—, la cadena que la sujetaba al coche se había abierto. Su mano ahora estaba libre, con la esposa colgando de su muñeca. Era pesada y le dolía, pero tenía las dos manos libres.

—¿Puedes retroceder un poco? —le preguntó a la mujer.

—No lo sé. Parece que nuestros parachoques están enganchados. Lo intentaré.

Cuando Emma se quitó la mordaza de la boca, oyó el cambio de una transmisión, el rugido de un motor. El coche tembló.

—¡Para! —gritó él.

—Están muy enganchados —dijo la mujer.

—Tengo algo en el maletero de mi todoterreno para separarlos —dijo él.

El portón trasero se abrió. Emma lo sintió rebuscar en la parte de atrás, oyó un tintineo metálico. Luego fue hacia la parte delantera.

—Puede que funcione con esto.

Con cuidado, Emma retiró la manta y entrecerró los ojos por la luz. Al asomarse por el asiento trasero, lo vio agacharse en la parte delantera, con la mujer mirando. Ella se llevó las manos a la cara; parecía preocupada.

Entonces Emma vio que el portón trasero estaba abierto hacia el aparcamiento.

Hacia la libertad.

Despacio, se deslizó hacia él y, sin hacer ruido, salió.

Agachada, corrió tan rápido como pudo.

CAPÍTULO 45

Ramapo, Nueva York

Los terrenos del Empire Star Service Center de Ramapo, Nueva York, estaban bien cuidados, con setos floridos plantados a lo largo de los bordes. El edificio principal tenía una fachada rústica de vigas de roble, con enormes banderas junto a la entrada en forma de arco.

Un enorme mapa del estado de Nueva York y de la ciudad de Nueva York dominaba una de las paredes del vestíbulo. En otra, un gran televisor plano sintonizaba un canal de noticias. Debajo había un tablón repleto de anuncios y tarjetas de visita. Un cajero automático, máquinas recreativas y dispensadores de refrescos y aperitivos separaban las entradas de los aseos, tiendas y otros servicios.

En el restaurante, la gente hacía cola en el mostrador, charlando por encima del estruendo de una canción de Faith Hill y el tintineo de los cubiertos. El aire desprendía aroma a fritanga, café y conversaciones. Los reservados y las mesas estaban ocupados por hombres cansados con gorras, vaqueros, camisetas y camisas de cuadros, personas con uniforme y trabajadores de oficinas y comercios.

Rose Ladner estaba sentada cerca de la entrada con sus amigas, Beth y Polly. Las mujeres iban una vez a la semana desde Hillburn hasta Empire porque les gustaba la comida.

A Rose, subdirectora de una fábrica textil, le encantaba la ensalada Cobb. A sus amigas les gustaban los bocadillos de *bacon*, lechuga y tomate y los sándwiches club. Pero de lo que realmente se

alimentaban era de cotilleos.

—¿Habéis visto lo que se ha hecho Evelyn en el pelo? —dijo Beth entre bocado y bocado—. ¿Qué le pasa? ¿Ha perdido la cabeza?

—Rose, tú trabajabas con ella, ¿no? —preguntó Polly—. ¿Rose?

Polly y Beth miraron a Rose, que estaba paralizada por lo que acababa de ver en la entrada: una niña pequeña, vestida con un pijama sucio y el pelo alborotado como si no se lo hubieran lavado. Estaba desorientada, casi como un zombi, y chocaba con las personas que esperaban, que apenas repararon en ella. Miraba hacia el interior del restaurante con los ojos muy abiertos, como si viniera de otro mundo.

Una esposas colgaban de su muñeca.

—¡Oh, Dios mío! —Rose se levantó de un salto y corrió hacia la niña. Se arrodilló ante ella, intentó tranquilizarla y examinó las esposas—. Cariño, ¿qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? ¿Cómo te llamas?

La pequeña no habló.

Las conversaciones a su alrededor se detuvieron, las cabezas se giraron, las sonrisas dieron paso a la consternación.

—¿No es la niña desaparecida que ha salido en las noticias? —dijo una mujer, justo cuando la mandíbula de la pequeña empezó a moverse. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba a través de Rose.

—Cariño, estás a salvo —dijo Rose—. No pasa nada. Solo háblame.

—Mi-mi-mi nombre es Emma Nelson. Tengo ocho años. Tengo que encontrar a mi madre, a mi hermano y a mi padre. Creo que están muertos. Creo que él los descuartizó.

—¡Oh, Dios! —Rose tiró de Emma hacia ella y la abrazó con fuerza —. ¡Que alguien llame a la policía! ¡Llamad a una ambulancia! ¡Que alguien me ayude, por favor!

Unas llaves tintinearon cuando dos agentes del condado de Rockland y dos policías estatales salieron corriendo de sus asientos hacia Emma y Rose. Uno aún estaba masticando su hamburguesa

con queso cuando vio las esposas y cogió su radio.

***

Treinta minutos después de la huida de Emma, los investigadores y el personal se agolpaban en la sala de control del área de servicio, estudiando las imágenes que las cámaras de seguridad habían captado en el aparcamiento.

En ellas se veía un todoterreno Ford blanco aparcando. Un segundo después, un Subaru lo golpeó de frente. Una mujer bajó del Subaru y un hombre del Ford; ambos inspeccionaron los daños. Mientras el hombre utilizaba una palanca para separar los parachoques, Emma se escabulló por la parte trasera. Segundos después, al descubrir que Emma había desaparecido, el hombre se subió al Ford y salió disparado del aparcamiento, desapareciendo del encuadre.

Las imágenes desencadenaron los acontecimientos.

Con el apoyo del FBI, la policía de Ramapo, del condado de Rockland y del estado, desplegaron un dispositivo de búsqueda en la zona para localizar a Dean Ezekiel Street, buscado en relación con los homicidios de su exmujer y el marido de esta. La policía buscaba un Ford Escape blanco con daños visibles en la parte delantera.

Se alertó a la Autoridad de Autopistas de Nueva York. Se apostaron coches de policía en la barrera de peaje de Harriman y en otras, al norte y al sur. Se establecieron controles de carretera.

También se alertó a la Policía Estatal de Nueva Jersey. En menos de una hora, había controles de carretera en todas las autopistas principales y en el mayor número posible de carreteras secundarias de ambos estados.

CAPÍTULO 46

Condado de Rockland, Nueva York

Incluso con todos los bloqueos, McDade temía que Street hubiera conseguido escapar.

Su preocupación se vio eclipsada por el alivio de saber que Emma Nelson estaba viva. «Gracias al cielo», pensó al entrar en el hospital a donde la habían llevado.

La habitación de Emma estaba en la cuarta planta.

A McDade se le encogió el corazón cuando entró y la vio en la cama. Al igual que con su hermano Ethan, McDade no podía imaginar los horrores que Emma había vivido, pero necesitaba que hablara de ellos.

"Necesito tu ayuda».

Una mujer con coleta y gafas, que llevaba una bata blanca, estaba junto a la cama de Emma con una carpeta en la mano.

—Perdone, ¿quién es usted? —preguntó la mujer a McDade.

—Jill McDade, FBI. —Mostró su identificación—. Soy la agente a cargo del caso, ¿y usted es...?

—Soy la doctora Eleyna Chernoff. Emma está sedada ahora mismo. Vamos fuera.

Salieron al pasillo y se apartaron a un lado.

—¿Cómo está, doctora?

—Presenta signos de agotamiento, deshidratación, desnutrición y las secuelas de un trauma. Por lo demás, está bien.

—Necesitaremos los resultados de un examen de agresión sexual tan pronto como pueda realizarlo.

Chernoff enarcó una ceja y tensó la mandíbula.

—Lo necesitamos, doctora —dijo McDade—. Es fundamental para la investigación, y tendré la orden en mi teléfono en breve.

—Sí, soy consciente. El procedimiento es invasivo, como puede imaginar.

—A mí tampoco me gusta, pero es necesario. Y tengo que hablar con ella. ¿Cuándo podré hacerlo?

—Dentro de otra hora por lo menos, tal vez dos.

—Esperaré.

McDade se dirigió a los agentes locales que estaban al fondo del pasillo, hablando con los agentes del FBI que la habían acompañado al hospital.

—Chicos, esta es la agente McDade —dijo uno de ellos—. Jill, esta es la agente Brooke Shaw, de Rockland. Ella fue quien tomó la declaración inicial de Emma. Está grabada en vídeo.

—¿La tiene en su teléfono? —preguntó McDade.

—Sí. ¿Quiere verla? —dijo Shaw.

McDade señaló con la cabeza una habitación vacía y se sentó con Shaw mientras ella ponía el vídeo.

—Solo pudimos hablar con ella unos minutos —dijo Shaw—. Como ve, estaba bastante alterada.

Las imágenes eran claras y el sonido, bueno. Habían sentado a Emma en un sillón de una oficina privada del área de servicio. Su rostro estaba ceniciento.

—¿Puedes decirnos tu nombre y dónde vives?

—Me llamo Emma Nelson. Vivimos en Yonkers.

—¿Puedes contarnos qué ha pasado, cariño?

Emma temblaba, las lágrimas le rodaban por la cara y le temblaba la vocecita.

—Necesito a Ella, mi elefante. La necesito... ¿Dónde está Ethan?... ¿Dónde está mi mamá?... ¿Y mi papá?... La gente mala nos persigue...

—¿Qué gente mala, cariño?

—Él dijo que había gente mala que quería hacernos daño. Que por

eso lo hizo.

—¿Quién lo hizo? ¿Puedes decirnos quién?

—Mi verdadero papá.

—¿Tu verdadero papá, Dean Street?

—Sí, mi verdadero papá.

—¿Qué hizo?

Los ojos de Emma se abrieron de par en par.

—¡Ethan! Le dije a Ethan que corriera. ¿Dónde está Ethan?

—Está a salvo, cariño. Ethan está a salvo. ¿Por qué le dijiste que corriera?

Emma negaba con la cabeza.

—Mi padre me dijo que no era real, que era una farsa para engañar a los malos que nos perseguían. —Emma sacudió la cabeza con más fuerza—. Pero creo que era real porque lo oí... porque vi lo que estaba haciendo... —Su barbilla se contrajo de dolor mientras decía, con grandes sollozos ahogados—: Los descuartizó... Mi verdadero papá descuartizó a mi mamá y a mi papá y... había mucha sangre... por todas partes... Muchísima... Por favor, quiero a Ethan, quiero a Ella...

El vídeo terminó.

McDade se esforzó por contener la angustia y la rabia.

Después de dar las gracias a Shaw, le pidió que le enviara el vídeo a su móvil. Luego, tras actualizar sus notas, hizo varias llamadas. Una fue a Herb Tranter, del Equipo de Análisis de Evidencias. Su equipo aún estaba procesando la escena en el almacén de Street, en Medford.

—Herb, ¿puedes decirme el modelo exacto del elefante de peluche?

—Lo compruebo y te lo mando por mensaje de texto.

—Gracias —dijo McDade justo cuando sonó otra llamada.

—McDade.

—Jill, soy Crocker. Hemos encontrado el todoterreno.

—¿Tenemos a Street?

—No, pero hemos hallado su Ford abandonado en un callejón de

Hackensack.

El registro de la zona comercial donde habían encontrado el coche de Street en Nueva Jersey fue intenso. Se desplegaron unidades caninas y un helicóptero mientras los agentes peinaban la zona. Al cabo de una hora, sus esfuerzos no habían dado ninguna pista.

Entonces la policía de Hackensack recibió una llamada sobre el robo de un Nissan Altima del 2015, a solo un kilómetro del lugar. Un cliente lo había pedido para probarlo en Zito's Golden Deals Car Sales, redujo al vendedor que lo acompañaba y lo dejó atado en el baño de una gasolinera.

El sospechoso encajaba con la descripción de Dean Street.

CAPÍTULO 47

Ramapo, Nueva York

Casi cuatro horas después de que Emma se hubiera escapado, más de ciento cincuenta periodistas procedentes de Nueva York, Newark, Filadelfia, Hartford e incluso Boston habían tomado posiciones bajo las banderas del Empire Star Service Center, preparados para la rueda de prensa. Se especulaba con que Dean Street era la Hidra.

Ray Wyatt observaba la escena mientras los operadores de cámara pedían baterías, cables y conmutadores a los equipos de las unidades móviles. La información relativa a lo ocurrido se intercambiaba a través de atareadas llamadas que se remitían a directores, agencias y redes. Los reporteros de televisión se retocaban, revisaban el pelo, los dientes, los auriculares y los micrófonos de mano. Algunos consultaban en sus móviles el artículo firmado por Wyatt, que se había publicado en Internet un par de horas antes.

Los portavoces policiales se acercaron a la mesa plegable y al atril que sostenía una pequeña montaña de micrófonos. Wyatt estudió el trípode situado junto a la mesa, en la que había fotos ampliadas de Street y del Nissan Altima *beige* del 2015 robado en Zito's Golden Deals Car Sales, en Hackensack, Nueva Jersey.

—Bien, empecemos. Soy el agente especial Troy Hirst, portavoz del FBI. Nos complace informar de que Emma Nelson, una valiente niña de ocho años que logró escapar de su captor hace unas horas, ya ha sido localizada. Está ingresada en un hospital local y su estado es bueno. Eso es todo lo que diremos sobre ella.

«Continúa la búsqueda de su padre, Dean Ezekiel Street, de Brookhaven, Nueva York, sospechoso del secuestro de Emma Nelson y de los homicidios de su madre, Margaret Nelson, y de su padrastro, Phil Nelson, de Yonkers, Nueva York. Estamos difundiendo fotografías de Street y del vehículo que conducía la última vez que fue visto, y pedimos a quien tenga alguna información que llame al FBI o a la policía local. Ahora abriremos la ronda de preguntas.

Durante casi media hora, los periodistas fueron implacables, con preguntas que se centraron sobre todo en si Street, un detective de Nueva York, era la Hidra. El FBI se negó a confirmarlo. Las preguntas se repitieron y la frustración de los periodistas fue en aumento, hasta que Hirst zanjó el tema diciendo:

—La investigación sigue abierta. Más adelante se dará a conocer más información.

El FBI sorprendió entonces a la prensa presentando a Lamont Robinson, el vendedor de coches de segunda mano al que Street había amenazado y atado, y a Diane Fisher, la mujer que había chocado con Street.

—El señor Robinson y la señorita Fisher han accedido a contestar algunas preguntas —dijo Hirst.

Al relatar su terrible experiencia, Robinson dijo:

—El tipo me puso una pistola en la cabeza y me dijo: «Necesito este coche». Luego me ató con mi corbata a las patas del lavabo de una gasolinera. Quería dispararle, pero él tenía la pistola.

La adrenalina seguía corriendo por las venas de Fisher, alimentando su ira.

—Cuando choqué con ese hijo de puta, estaba muy alterada. Él no paraba de decir que no era nada. —Su mandíbula se tensó—. Pero, cuando pienso en esa pobre niña, resulta que mi accidente fue lo más afortunado que me pudo ocurrir.

Wyatt subrayó sus palabras, luego tocó y pulsó su teléfono hasta que apareció la foto de Dean Street difundida por el FBI. El Decapitador. Wyatt se quedó mirando sus ojos, con una sola pregunta quemándole por dentro: «¿Lo atraparán antes de que

vuelva a matar?».

CAPÍTULO 48

Condado de Rockland, Nueva York

A primera hora de la tarde, los efectos del sedante suave que le habían administrado a Emma casi habían desaparecido.

Había comido unos bocados de *pizza* de *pepperoni*. Cuando terminó, McDade entró en la habitación. El rostro de Emma seguía inexpresivo, como en el vídeo del condado de Rockland. Tenía las mejillas hinchadas y moratones en las muñecas.

Emma miró fijamente a McDade, con la mirada vacía de quien ha vivido un trauma. Acababa de pasar por un examen para detectar si había sufrido abusos sexuales. Los resultados indicaron que Emma no había sido agredida sexualmente.

Emma se mostró cautelosa cuando McDade ocupó la silla junto a su cama. Otra agente se sentó lejos, en un rincón, preparándose para grabarlo todo. Una enfermera se sentó cerca, al otro lado de la habitación, y Emma no dejaba de mirarla, como si no quisiera que se marchara.

McDade metió la mano en una bolsa de papel y sacó un peluche, un elefante exactamente igual que su Ella. Las lágrimas llenaron los ojos de Emma mientras la abrazaba, sin soltarla mientras McDade se presentaba. Charlando en voz baja, McDade le contó que tenía una hija, Alison, un año mayor que ella.

—Si alguna vez tiene que ser valiente, espero que lo sea tanto como tú —dijo McDade, antes de empezar a preguntar a Emma por el horror que había vivido.

Al principio de la entrevista, Emma quiso que la joven enfermera,

que estaba en la sala y con la que había establecido un vínculo, se sentara más cerca de ella.

—Me parece una buena idea —dijo McDade, asintiendo a la enfermera.

Mientras McDade y Emma hablaban, Emma abrazaba a su elefante con una mano y cogía la mano de la enfermera con la otra. Emma no soltó ni al elefante ni a la enfermera. Después de que McDade hiciera la última de sus preguntas, le dio las gracias y cerró su cuaderno.

—Tenemos a alguien que ha estado esperando para verte, Emma.

Se abrió la puerta y entraron Rhonda, la tía de Emma, y su tío Martin con su hermano pequeño, Ethan. Él se acercó a la cama, mirando fijamente a Emma, con algo agitándose en su interior mientras luchaba por comprender lo que estaba viendo.

Los ojos de Emma se iluminaron.

—¡Ethan! —Apartó las sábanas, soltó al elefante y a la enfermera y se bajó de la cama.

Fue entonces cuando Ethan habló por primera vez desde aquella noche.

—¡Emma!

Ella corrió hacia él y él se arrojó a sus brazos.

Nadie dijo nada mientras los niños permanecían pegados el uno al otro durante mucho tiempo, pequeños supervivientes huérfanos de una tragedia monstruosa.

Finalmente, McDade se secó las comisuras de los ojos y se giró hacia la ventana, contemplando la noche y la escalofriante verdad a la que se enfrentaba.

El padre de Emma seguía libre.

CAPÍTULO 49

Manhattan, Nueva York

A la mañana siguiente, en Manhattan, Wyatt hablaba por teléfono con Lou Talbott mientras caminaba deprisa hacia la redacción de *First Press Alliance*.

—¿Tiene el FBI alguna pista nueva sobre el paradero de Street, Ray?

Eran las 8:20 de la mañana, y Wyatt bebía un café cargado mientras se abría paso por las atestadas aceras del centro de la ciudad.

Había trabajado hasta tarde la noche anterior, repasando las novedades del caso. Después de la rueda de prensa en Ramapo, había ido a Hackensack y luego a Long Island para reunirse con un sargento de Suffolk que había accedido a hablar sobre Street. Pero el tipo se calló cuando Wyatt llegó, remitiéndolo a los canales oficiales.

—Estamos colaborando con la investigación —dijo un portavoz de Suffolk.

Wyatt fue entonces a Medford para ver el trastero que Street había alquilado, y luego a la casa de Street en Brookhaven, donde habló con los vecinos. Todo lo que obtuvo de ellos fue lo mismo: «Un tipo tranquilo. A veces saludaba, hablaba un poco del tiempo o de deportes, pero era bastante reservado».

Durante todo ese tiempo, Wyatt había estado trabajando con sus fuentes, llamando y enviando mensajes de texto hasta casi quedarse sin batería. Cada vez más policías ajenos a la investigación estaban

dispuestos a hablar ahora que el caso se había destapado. El hecho de que Street fuera policía les había puesto enfermos, pero Wyatt no conseguía nada de lo que necesitaba saber: dónde podría estar Street. Todavía estaba enfadado consigo mismo por no haber obtenido el número del amigo de Street, el que había llamado desde el aeropuerto de Las Vegas.

"Ni siquiera le pedí su nombre».

—¿Ray? —dijo Talbott—. ¿Me has oído? ¿Alguna pista nueva?

—No hay nuevas pistas hasta ahora. Estaré allí en diez minutos.

***

Wyatt llegó a su escritorio y, antes de quitarse la chaqueta, Talbott le dio una palmada en la espalda y leyó desde su móvil:

—Acabo de recibir este informe de la central. Ray, con tus artículos estamos arrasando a *AP* y *Reuters*. Tu material ha sido recogido o citado, con créditos, por... espera... es una lista... —Talbott se desplazó por la pantalla— de unos setecientos medios hasta ahora, incluyendo FOX, CNN, *USA Today*, el *Washington Post*, *L. A. Times*, *Times* de Londres, *Le Monde* de París, *Bild* de Alemania, *Sydney Morning Herald*, *South China Morning Post* de Hong Kong, periódicos de Japón, Rusia, Turquía, Sudáfrica y Egipto. Eso por no hablar de la repercusión en las redes sociales.

—No está mal —dijo Wyatt.

—¿No está mal? Es una pasada. Y escucha esto. Parece que estamos ganando suscriptores y que nuestras acciones han subido. ¿Te lo puedes creer? Sigue así, Ray.

—No creo que debamos cantar victoria, Lou. No sabemos cómo se desarrollará. Aún no han atrapado a Dean Street.

—Cierto, pero podríamos estar salvando puestos de trabajo. —Talbott le guiñó un ojo justo cuando sonó el teléfono de Wyatt y este contestó.

—Wyatt.

—Ray, soy Tony D. Tengo algo que te va a interesar.

—¿El qué?

—Acaban de encontrar el Nissan robado en Newark, en el aeropuerto.

—¿En serio? ¿Estás seguro, Tony?

—Completamente seguro, amigo.

CAPÍTULO 50

Newark and Elizabeth, Nueva Jersey

Cuando llegó el taxi de Wyatt, las cámaras de los informativos ya rodeaban el Nissan Altima robado, que había sido localizado en uno de los aparcamientos públicos del aeropuerto por un avispado agente de seguridad novato.

El FBI había acordonado la zona alrededor del vehículo y el Equipo de Análisis de Evidencias ya lo estaba procesando.

El cielo rugió cuando un avión de pasajeros despegó y ascendió por encima de ellos.

Observando a los investigadores agrupados junto a la cinta, Wyatt localizó a Jill McDade. Tras captar su atención, ella le hizo un gesto con la cabeza y se dirigió a un rincón alejado del aparcamiento, donde se reunieron detrás de una furgoneta, fuera de la vista de la escena.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Wyatt—. ¿Estáis más cerca de él?

—No. El Nissan lleva aquí algo más de un día, lo que le deja mucho tiempo y muchas opciones para moverse —dijo—. AirTrain, autobuses locales, lanzaderas, un vuelo, un coche de alquiler, un taxi, robar otro coche o caminar. Tenemos que revisar muchas imágenes de las cámaras de seguridad, pero, de momento, lo hemos perdido.

—Bueno, tenéis a la niña, y eso es bueno. ¿Os ha contado mucho?

—No te voy a decir lo que ha contado, pero tenemos que atraparlo. Tarde o temprano cometerá un error o alguien nos avisará.

Wyatt esperó un momento y luego dijo:

—Él es la Hidra, ¿verdad?

McDade lo miró sin contestar.

—Jill, con el diario, los acontecimientos recientes y lo que me dicen mis fuentes, todo apunta a que Dean Street es la Hidra.

—Que apunte en esa dirección no significa que podamos confirmarlo, Ray.

—Te diré algo que me han dicho mis fuentes.

—¿El qué?

—Ese Dean Street formó parte del equipo especial del caso Hidra, y tú también.

—Era una unidad muy grande; mucha gente iba y venía, Ray.

—Vale, digamos que Street y tú estuvisteis en él en momentos diferentes. Aun así, lo conocerías o sabrías algo de él.

—¿Qué quieres decir?

—Le da un giro muy interesante a la historia, ¿no te parece?

—¿A dónde quieres llegar con esto?

—Mira, el hecho de que Street formara parte del equipo del caso probablemente sea la razón por la que no lo han identificado como la Hidra hasta ahora. Era parte de la investigación. Estaba dentro. Eso le daba ventaja. Vamos, es detective. Es listo.

McDade no dijo nada mientras veía alejarse otro avión. No había nada que pudiera decir. Su expresión se ensombreció mientras observaba el aeropuerto, las terminales cercanas y el horizonte, como si las respuestas estuvieran ahí fuera.

CAPÍTULO 51

Manhattan, Nueva York

Habían pasado varios días desde que se había perdido el rastro de Dean Street en Nueva Jersey.

Ahora era uno de los más buscados del FBI.

La respuesta de los medios de comunicación fue feroz. Los medios lanzaron titulares frenéticos: «El policía cortador de cabezas en búsqueda y captura», «El Decapitador anda suelto», «Detective es sospechoso de ser la Hidra».

Los medios de comunicación nacionales ofrecieron una cobertura exhaustiva de la vida de Dean Street, informando de recuerdos de amigos de la infancia, profesores, entrenadores, vecinos y colegas. Mostraron fotos de su época escolar, de su etapa de policía de uniforme y de Dean, Margaret, Ethan y Emma juntos, sonriendo a la cámara como la típica familia feliz americana.

El funeral por Phil y Margaret fue privado, ya que las familias lo habían retrasado tras el rescate de Emma. Los niños estaban recibiendo atención de especialistas, y se hicieron arreglos para que vivieran con sus tíos en Siracusa.

Mientras Street seguía eludiendo la persecución del FBI, más agentes se unieron a la investigación, persiguiendo todos los ángulos a la vez que lidiaban con las pistas. Dada la notoriedad del caso, las llamadas con posibles pistas se contaban por miles. Muchas eran absurdas, como «He visto a Dean Street sentado a mi lado en el autobús que me llevaba al trabajo. Lleva dos años cogiendo el mismo autobús todos los días», «Mi vecino, he olvidado su nombre,

estaba en un bar y me dijo que creía haber visto a Dean Street trabajando de camarero, creo» o «Mi información sobre el paradero de Dean Street me llegó espiritualmente por un médium fallecido».

Los investigadores pensaron que habían dado con algo importante cuando uno de los antiguos compañeros de instituto de Dean Street llamó diciendo que, cuando eran adolescentes, Dean le había dicho que, si alguna vez tenía que huir, se escondería en la casa de campo de su tío abuelo en una zona boscosa de Pensilvania. La persona que llamó tenía una dirección. El FBI siguió el chivatazo, pero resultó ser una pista falsa.

Por su parte, Wyatt recibió un aluvión de peticiones para participar como tertuliano en programas informativos de cadenas de televisión para hablar del caso. A menudo, se unía a perfiladores, detectives o expertos en conducta criminal retirados del FBI en su análisis del caso Hidra, el caso Starving Wolf y la búsqueda de Dean Street. Como resultado, Wyatt recibió mensajes de personas que insistían en compartir con él sus teorías o sus preguntas sobre el caso. Algunas incluso sugerían lugares donde creían que podría estar Dean Street.

La mayoría de las llamadas eran irrelevantes, pero un sábado, sobre las nueve y media de la mañana, cuando Wyatt estaba en casa con Molly, recibió una llamada de un ayudante de la redacción.

—Hola, Ray. Tengo una llamada de una persona que necesita hablar contigo sobre Dean Street.

—¿Quién es?

—Una mujer. No quiere dar su nombre. Dice que es urgente.

Wyatt se lo pensó un segundo.

—De acuerdo. Pásamela. —Wyatt oyó el clic de la línea y dijo—: Hola, soy Ray Wyatt.

—¿Ray Wyatt, el periodista que escribe sobre Dean Street?

—Sí. ¿Quién es?

—No le daré mi nombre. No quiero formar parte de esto. No estoy involucrada.

—Está bien. Adelante. Ha dicho que era urgente.

—Escuche, estoy muy asustada. Le llamo desde un teléfono público cerca de Central Park, para que no me localicen. Solo voy a contar esto una vez, porque Dean Street tiene amigos policías.

Wyatt sujetó el teléfono con más fuerza.

—La escucho.

—He estado siguiendo sus artículos, y tengo información clave sobre cómo pueden atrapar a ese asqueroso.

—¿Qué información tiene?

—Sé exactamente dónde está Dean Street.

—¿Dónde?

—Solo se lo diré si se reúne conmigo en persona cerca del Madison Square Garden dentro de dos horas. Y tiene que hacer promesas, garantías, o todo se cancela.

—¿Qué tipo de garantías?

—Tiene que estar allí con McDade, la agente del FBI que lleva el caso.

Wyatt hizo una pausa y dijo:

—¿Cómo sabe que ella lleva el caso?

—Sé cosas.

—¿Trabaja en las fuerzas del orden?

—Puedo colgar ahora mismo. Si no le interesa, quizá llame a otra agencia de noticias.

—No, espere. Me interesa. No estoy seguro de si podré contactar con la agente McDade ni de si aceptará ir. Además, no entiendo por qué no la llama usted directamente o por qué no me cuenta ya lo que sabe.

—No, tiene que ser a mi manera. Debe estar allí con McDade. Solo ustedes dos. Sin más policías ni cámaras ni nada, o me largo y no volverán a saber de mí.

—¿Dónde se supone exactamente que nos encontraremos?

—Le llamaré en una hora con la ubicación. Diríjase al Garden.

—¿Cómo voy a conocerla?

—Yo lo reconoceré. Lo he visto en la tele.

—Mire, recibo muchas llamadas. ¿Cómo sé que la suya va en

serio, que no es una broma porque me vio en la tele?

La mujer dudó antes de responder.

—Emma Nelson tiene un elefante de peluche que le encanta.

—Eso se ha denunciado y se ha visto en fotos en las noticias —dijo Wyatt.

—Pero no se ha dicho cómo se llama.

Wyatt se lo pensó un momento. La persona que llamaba tenía razón y continuó:

—Se llama Ella. Dígaselo a McDade cuando la llame. Ella sabrá que esta llamada es real, e irá con usted. Cuando los vea a los dos solos, me acercaré y les diré dónde está Street. Pero tiene que ser en dos horas porque podrían perderlo. Y estoy muerta de miedo.

La llamada terminó y Wyatt se quedó mirando el teléfono.

¿Era de verdad?

Su corazón latía más deprisa. No sabía cómo se llamaba el elefante de Emma Nelson. ¿Quién podía ser esa mujer? ¿Quizá una detective de Suffolk amiga de Street? ¿O tal vez una chiflada? No podía arriesgarse a ignorar esa llamada. Pero ¿era auténtica? Solo había una forma de averiguarlo.

CAPÍTULO 52

Manhattan, Nueva York

McDade acababa de recoger a Alison de la fiesta de pijamas del cumpleaños de su amiga y estaba en la cocina preparando huevos revueltos para un desayuno tardío.

Con el teléfono encajado entre el hombro y la oreja, estaba siguiendo una pista sobre un posible avistamiento de Dean Street en Boston.

—Nuestra gente lo ha comprobado, ¿verdad? —dijo a su teléfono mientras utilizaba una espátula para pasar los esponjosos huevos al plato de Alison—. ¿Están seguros de que no es cierto? Bien. De acuerdo. Gracias, Jim.

Al terminar la llamada, McDade se detuvo en seco. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Alison balanceaba alegremente los pies en la silla mientras comía, pero llevaba unas deportivas rosas nuevas.

—Esas no son tus deportivas. ¿De dónde las has sacado?

—Las cambié en la fiesta con mi amiga Alyssa Silva.

—¿Por qué? Dios mío. ¿Lo sabe la madre de Alyssa?

—Alyssa me dijo que no pasaba nada. A ella también le gustan las mías. Nos las volveremos a cambiar en el cole, mamá.

—¿Qué te pasa con esas deportivas rosas, hija? Tendré que llamar a la madre de Alyssa. —McDade negó con la cabeza justo cuando sonó su teléfono.

—McDade.

—Soy Ray Wyatt. Tengo que hablarte sobre una llamada que acabo de recibir.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Que sea rápido.

Wyatt relató la llamada de la informante tan rápido como pudo. Cuando llegó a la parte del nombre del elefante, un escalofrío recorrió la espalda de McDade.

—Nos vemos en la entrada de la Séptima Avenida en una hora —dijo.

McDade colgó, pensativa.

—Te has puesto seria, mamá —dijo Alison.

—Tengo que salir para una reunión importante.

—¡Pero mamá, hoy íbamos a ir de compras!

—Lo sé, cariño. Iremos cuando termine. Voy a ver si Gwen puede quedarse contigo.

Como quería tomar precauciones, McDade hizo varias llamadas. Luego se arregló rápidamente. Al poco, llamaron a la puerta y, al abrir, vio a su amiga Gwen Lansing.

—Ay, Gwen. Gracias. Lo siento mucho. Ha surgido algo. Gracias de verdad.

Lansing agitó las manos, sonriendo.

—No hay problema. Así me puede contar todo sobre su fiesta de pijamas. —Sonrió a Alison—. ¿Hablasteis de chicos?

—Qué asco —dijo Alison. Luego se señaló los pies—. ¡Mira qué deportivas más chulas!

McDade besó a Alison y cogió su bolso.

—Un millón de gracias, Gwen.

Fuera, McDade se dirigió a la esquina y llamó a un taxi. Al entrar, pensó: «Esta es la pista que necesitamos».

***

Unos treinta minutos después, McDade llegó al Madison Square Garden y se reunió con Wyatt cerca de los semáforos de la entrada de la Séptima Avenida.

—Vamos —dijo él, y empezó a caminar hacia el este—. La mujer

me ha llamado de nuevo con la ubicación. Es una cafetería a tres manzanas de aquí.

El Wyoming Diner era un local clásico envuelto en cromo maltratado y adornos azules. Encontraron un reservado y pidieron café a una camarera que masticaba chicle.

—Háblame de la persona que ha llamado —dijo McDade.

—Te he contado todo lo que sé. Sonaba muy asustada y tenía una información de la que nunca había oído hablar. Ella también sabía que tú estabas a cargo del caso e insistió en que vinieras a esta reunión.

Sorbiendo su café, McDade examinó con discreción a los clientes de la cafetería. Una acción que no pasó desapercibida para Wyatt.

—Entonces, ¿estás segura de que no es una impostora? —preguntó Wyatt.

—Sí.

—¿Por qué?

McDade se quedó mirando el café.

—Fuera de la familia, muy poca gente sabe que el elefante de juguete de Emma se llama Ella. En cuanto a que supiera que estoy a cargo del caso... —McDade se encogió de hombros—. Toda esa información podría haberla obtenido de un familiar, de alguien cercano a la información. Ya sabes cómo funciona esto. Podría ser un policía amigo de Street, podría ser cualquiera.

Wyatt asintió, miró la hora y echó un vistazo a su alrededor. Luego estudió a McDade. Le parecía atractiva, pero algo más le llamó la atención.

—¿Tienes gente ahí fuera? ¿Nos están vigilando?

McDade parpadeó y miró hacia la calle.

—No vamos a correr ningún riesgo, Ray.

Wyatt exhaló mientras negaba con la cabeza.

Pasó media hora. Pidieron más café. Transcurrida una hora entera, Wyatt se masajeó el cuello, dispuesto a dar todo por perdido, cuando sonó el teléfono de McDade.

Miró el número.

Era Gwen Lansing.

—Hola, Gwen. ¿Qué pasa?

Silencio.

—¿Gwen? ¿Va todo bien?

McDade oyó un grito ahogado. En ese momento, su teléfono recibió una notificación: un mensaje que le decía a McDade que viera un vídeo que acababa de recibir.

McDade se quedó helada ante lo que apareció en su pantalla.

Los ojos de Gwen se abrían de terror. Estaba amordazada y atada a una silla.

La cámara mostraba a Alison, también amordazada y atada a una silla, sollozando.

A continuación, la cámara se desplazó hacia una figura con una máscara grotesca.

—Ha pasado mucho tiempo desde que trabajamos juntos, Jill.

McDade intentó hablar.

—No te preocupes, Jill. Si lo piensas, todo está predestinado. ¿Sabías que los niños son los guardianes del paraíso? Mi deseo de acabar con mi familia no funcionó. Ciertos acontecimientos y personas se interpusieron en mi camino. Pero ahora tengo aquí a la pequeña Alison, una pequeña guardiana. Todo tiene que ser así. No dejaré este mundo solo.

La llamada terminó.

La imagen desapareció de la pantalla.

CAPÍTULO 53

Manhattan, Nueva York

McDade se quedó helada, mirando fijamente su teléfono.

—¿Qué pasa, Jill? ¿Estás bien? —preguntó Wyatt.

Ignorándolo, con los ojos llenos de miedo y entumecida, apretó los dientes y se obligó a mantener la compostura. Forzando a sus dedos temblorosos a obedecer, hizo una llamada.

—¡Soy McDade! ¡Era una trampa! ¡Street tiene a mi hija y a mi amiga!

Recitó su dirección en Washington Heights.

En cuestión de minutos, las alertas se dispararon por toda la ciudad de Nueva York. La Unidad de Servicios de Emergencia de la Policía de Nueva York se desplazó al edificio de McDade, centrándose en su apartamento. Dada la magnitud de la amenaza, el equipo utilizó granadas aturdidoras y entró por la fuerza.

Dentro, encontraron a Gwen Lansing. La habían golpeado, estaba amordazada y atada a una silla, pero viva. La silla que había junto a la de Lansing estaba vacía.

Alison McDade y Dean Street se habían ido.

Un detective de la policía de Nueva York acompañó a Lansing en la ambulancia, preparado para tomarle declaración. Corría el riesgo de entrar en *shock* hipovolémico, pero los sanitarios permitieron que el detective se acercara. Lansing le contó entre jadeos que Street había puesto un paño empapado en cloroformo sobre la cara de Alison antes de meterla en una gran maleta y marcharse.

Lansing fue trasladada al hospital New York-Presbyterian

Columbia, y ya estaba en el quirófano cuando llegó McDade. La agente había permitido que Wyatt la acompañara. Casi fuera de sí por el miedo, McDade rezó por Lansing mientras luchaba por mantener el control para encontrar a su hija.

De repente, recordó algo crucial.

—¡Su móvil! Alison siempre lleva el móvil. Podemos rastrearla.

McDade dio el número de Alison a los investigadores presentes en el hospital, junto con detalles sobre la descripción de su hija, la ropa que llevaba, destacando las deportivas rosas. Toda la información se actualizó en el centro de llamadas de emergencias del 911.

En Manhattan, la policía de Nueva York también utilizó su Centro de Delitos en Tiempo Real, situado en One Police Plaza, y su red de cámaras de vigilancia y lectores de matrículas en los distintos distritos. Los investigadores estaban revisando todas las grabaciones disponibles que cubrían la hora y el lugar en torno al edificio de McDade en Washington Heights.

Al mismo tiempo, Wyatt había escrito una breve nota en su teléfono y la había enviado a *First Press Alliance* como alerta informativa, lo que garantizaba su difusión inmediata a todos los suscriptores de la agencia de noticias y su publicación en Internet.

Wyatt encabezó su alerta con el siguiente texto: «*Se cree que el fugitivo buscado por los asesinatos por decapitación de su exmujer y el marido de esta en el norte del estado de Nueva York ha secuestrado a la hija de nueve años de una agente del FBI que investiga el caso».*

En cuestión de minutos, la noticia de Wyatt empezó a aparecer en todas partes, a medida que otros medios y redes sociales se hacían eco de ella.

Poco después, la policía de Nueva York, utilizando tecnología de geolocalización, logró fijar la señal del teléfono de Alison McDade y rastrearla hasta un vehículo que se desplazaba hacia el sur, cerca de Central Park.

Todas las unidades sin distintivos de la zona fueron alertadas de la presencia de una camioneta Ford F-150 azul del 2016, con matrícula

de Nueva Jersey, que había sido grabada a dos manzanas del edificio de McDade en el momento del secuestro de Alison. Enseguida, un coche de la policía de Nueva York localizó el vehículo, que circulaba en dirección sur por la Quinta Avenida a la altura de la calle 106 Este. Cuando la camioneta del sospechoso pasó por la calle 97 Este, más unidades se sumaron y tomaron posiciones.

La camioneta se detuvo en un semáforo de la calle 89 Este, cerca del Museo Guggenheim.

Las sirenas de la policía chillaron cuando dos coches sin distintivos, con las luces encendidas, se pusieron delante de la camioneta. Otro se colocó junto al lado del conductor, mientras que otros dos se situaron en la parte trasera y en el lado del pasajero, bloqueando cualquier intento de huida.

Las puertas de los coches de policía se abrieron de golpe, los agentes apuntaron al único conductor y una voz dijo por un megáfono:

—¡Policía! Salga y túmbese en el suelo ahora. Bocabajo, con las manos extendidas. ¡Ya!

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡AHORA!

El conductor obedeció y fue esposado. Un rápido registro de la camioneta no reveló armas ni ningún rastro de Alison. La zona de carga de la camioneta estaba vacía, salvo por una lona. Un detective tiró de ella hacia atrás, revelando un montón de leña. Pero algo cayó de la lona al fondo de la zona de carga.

Un móvil.

Con una funda de oso panda.

El móvil de Alison McDade.

Los detectives buscaron el nombre del conductor y el vehículo en las bases de datos del Centro Nacional de Información Criminal y de la policía de Nueva York. No salió nada. A los pocos minutos de hablar con el asustado hombre, que dijo que estaba trasladando leña al piso de su madre, los investigadores llegaron a la conclusión de que Dean Street había tirado el teléfono de Alison a la camioneta

para despistarlos.

Cuando McDade recibió la noticia, se le encogió el corazón.

Luchó por mantener la cordura cuando sonó su teléfono.

—McDade.

—Jill, soy Bianca Silva, la madre de Alyssa. Llamo por lo de las deportivas.

McDade apretó los ojos, angustiada.

—¡Bianca, este es el peor momento!

Estaba a punto de colgar cuando oyó gritar a Bianca.

—¡Jill! ¡No cuelgues! ¡Jill!

McDade se llevó el teléfono a la oreja.

—¡No lo entiendes! —dijo Bianca—. Mi marido, Manny, es informático y sabe que me preocupo demasiado por los niños...

—Bianca, por favor...

—¡Así que instaló dispositivos de seguimiento GPS en sus zapatos y mochilas!

—¿Qué?

—He visto lo que le ha ocurrido a Alison en las noticias. ¡Manny está en su ordenador rastreándola ahora mismo!

—¡Gracias, Bianca!

McDade transmitió la información a la policía de Nueva York. Ellos se pusieron en contacto con Manny Silva y localizaron a Alison en Hudson Yards, en la zona oeste del centro de Manhattan.

CAPÍTULO 54

Manhattan, Nueva York

Un taxi ilegal se detuvo cerca de las obras de una de las torres de apartamentos más nuevas de Manhattan.

Dean Street pagó al conductor con una generosa propina, insistiendo en que no lo ayudara a sacar su voluminosa maleta del maletero.

Cuando el taxi se marchó y Street se quedó solo, abrió ligeramente la maleta de ruedas para ver cómo estaba Alison. Ella se agitó mientras él la abría un poco más y sacaba un casco blanco de obra. Luego, de los grandes bolsillos de la maleta, sacó un chaleco reflectante de color naranja fluorescente, una acreditación plastificada y una carpeta.

Street evaluó la estructura esquelética que se alzaba hacia el cielo. Los sesenta y siete pisos estaban terminados, pero aún no había fachada ni paredes. Street empujó la maleta hacia uno de los seis ascensores de obra.

Debido a su aspecto, nadie le prestó demasiada atención mientras esperaba su turno para subir al montacargas enrejado con su maleta, que era similar a otras maletas de herramientas.

Mientras el ascensor ascendía, Street oyó el sonido de las sirenas que se acercaban.

***

Con las luces parpadeando, varias patrullas de la policía de Nueva York y coches del FBI llegaron a la base de la torre. McDade y Wyatt

iban en uno de los vehículos y se unieron a los agentes que corrían a asegurar todos los ascensores.

La policía ordenó entonces a los encargados que alertaran al personal de todas las plantas para que informaran si veían un hombre con una maleta y una niña de nueve años.

Las radios de los obreros crepitaban.

—¡Creen que lo han visto en el último piso! —dijo un capataz a la policía.

Un aluvión de transmisiones llenó las radios de la policía mientras varios agentes, junto con McDade y Wyatt, subían a los ascensores.

***

Alison se despertó aturdida y asustada.

El extraño hombre que había entrado en su casa la ayudaba ahora a salir de la maleta. Al incorporarse bajo la luz del sol, se tambaleó por el fuerte vértigo y las ráfagas de viento.

El hombre la sostuvo.

Al mirar a su alrededor, supo que no estaba soñando. El corazón le martilleaba en el pecho; la sangre le latía en los oídos.

Empezó a llorar.

—Todo va a salir bien. —El hombre le cogió la mano—. Haz lo que te diga. Iremos allí y todo irá bien. Haz lo que te diga.

Avanzaron entre pilas de suministros, material, equipos y herramientas. Pasaron más allá de las barreras de seguridad hacia el borde del último piso. Era casi tan grande como una manzana, y una cuadrilla que trabajaba en el lado opuesto los había visto.

Cuando el hombre acercó a Alison a menos de dos metros del borde, ella se detuvo, negándose a dar un paso más.

Él le apretó la mano y gruñó.

—¡Sigue caminando, o te juro que te tiro ahora mismo!

Sollozando y temblando, Alison obedeció.

Despacio, el hombre la hizo avanzar y la sentó justo en el borde con una maniobra que encogía el estómago.

Él se sentó a su lado.

Sus piernas colgaban sobre el borde del piso sesenta y siete. Contemplaron la asombrosa vista de la ciudad a trescientos metros por debajo mientras las ráfagas de viento los golpeaban.

—Te he traído aquí porque vas a venir conmigo —dijo.

***

Utilizando pilas de material de construcción como cobertura, McDade, Wyatt, oficiales, agentes y trabajadores de la construcción se movieron con rapidez y sin ser vistos hacia Street y Alison.

Estaban a menos de cinco metros cuando Street se giró, los vio y agarró la muñeca de Alison.

—¡Alto ahí! —gritó Street.

—¡Dean, no hagas esto! Por favor, no lo hagas —dijo McDade.

Los agentes desenfundaron las armas y apuntaron a Street.

—Hola, Jill. Me alegra que todos estéis aquí para presenciar esto —dijo Street.

Las sirenas resonaron en el lugar. La policía y los helicópteros de noticias se acercaban desde la distancia. Mientras Street hacía una pausa para absorber el momento, algunos de los trabajadores de la construcción, que se habían colocado los arneses de seguridad y los habían sujetado a los cables, se acercaban a él.

—¡Dean, suelta a mi hija! ¡Por favor!

—Yo ya estoy muerto, Jill, y no quiero dejar este mundo solo.

De repente, Alison dio un tirón y se retorció, lo que le permitió soltarse y arrastrarse con rapidez hacia uno de los obreros.

Street se abalanzó sobre ella y le agarró el tobillo.

Pero perdió el equilibrio y empezó a resbalar por el borde cuando el obrero más cercano a Alison se lanzó y la agarró por las muñecas. Alison dio una patada a Street con el pie libre, lo que hizo que se tambaleara y se deslizara aún más hacia el borde mientras seguía agarrado a su tobillo, estirando el cuerpo de Alison en posición horizontal.

El peso de Street hizo que Alison gritara de dolor. Mientras un obrero la sujetaba por las muñecas, otro la sujetaba por el torso.

McDade se acercó al borde y apuntó con su arma a Street justo cuando este perdió su agarre: sus dedos pasaron del tobillo de Alison a la deportiva, que, por ser un poco grande, se le deslizó del pie.

Mirando fijamente a McDade, Street se precipitó al vacío.

Alison estaba fuera de sí cuando McDade la cogió en brazos, la abrazó y la consoló.

Pasó mucho tiempo antes de que regresaran al mundo de abajo.

CAPÍTULO 55

Condado de Rockland, Nueva York / Manhattan,

Nueva York

Los equipos de noticias se alineaban frente a la entrada del hospital.

Las cámaras enfocaron a Ethan y Emma, con sus rostros ocultos bajo grandes sudaderas con capuchas, mientras Martin y Rhonda Meyer los llevaban a su coche. La familia no se detuvo a responder preguntas mientras la prensa captaba la salida de los niños del hospital.

—Tiene que ser un momento abrumador para estos dos huérfanos inocentes —dijo Sunny Valencia, presentadora de la cadena, desde su mesa del informativo en Nueva York mientras seguían emitiéndose las imágenes en directo—. Para más información, conectamos con Clara Fields, que está en el hospital. Clara, ¿qué puedes contarnos?

Una mujer que sujetaba un micrófono apareció a un lado de las imágenes en directo que mostraban el hospital, a la gente de los medios de comunicación y a la familia dirigiéndose a su coche. Iba alternando la mirada entre la cámara y el vehículo.

—Según hemos podido saber, los niños vivirán con sus tíos, Martin y Rhonda Meyer, en Siracusa, Nueva York. Rhonda, como sabemos, es la hermana de Margaret Marie Nelson, que fue asesinada junto a su marido, Phil Douglas Nelson.

La pantalla se dividió y Sunny Valencia apareció en la mesa del plató, con el rostro marcado por la empatía y la preocupación.

—Dios mío. Qué niños tan valientes —dijo—. Cada uno ha escapado de su propia pesadilla, lo que finalmente ayudó a resolver el caso. Clara, ¿sabemos algo sobre el futuro de los pequeños?

—No hay nada confirmado, pero se barajan varias posibilidades. Según nuestras fuentes, Ethan y Emma se someterán a terapia y es posible que los Meyer inicien pronto el proceso de adopción. También hemos sabido que se han creado páginas con campañas de recaudación para ayudar a los niños en su proceso de recuperación tras uno de los crímenes más estremecedores de la historia del estado de Nueva York.

Las cámaras grabaron a los Meyer alejándose con los niños.

—Nuestros pensamientos y nuestras oraciones están con los niños y sus familiares —dijo Valencia—. Gracias, Clara. Ella era Clara Fields, desde el hospital del condado de Rockland. Ahora, pasamos a otro aspecto de este impactante caso.

Aparecieron nuevas imágenes acompañadas de un pequeño gráfico en el que se leía «Grabado anteriormente».

—Si acaban de unirse a nosotros —dijo Valencia—, esta fue la escena en la ciudad de Nueva York, donde no hace mucho tiempo este caso increíble y horrendo llegó a un final de infarto.

En la pantalla se reprodujeron imágenes aéreas del horizonte de Manhattan tomadas desde un helicóptero de noticias, con un recuadro en el que aparecía la foto de Dean Ezekiel Street. La toma se fue cerrando poco a poco hasta mostrar un rascacielos en construcción.

—Fue aquí, en lo alto de esta torre de sesenta y siete pisos en el barrio de Hudson Yards de Manhattan, donde se refugió el sospechoso de los asesinatos de los Nelson: el exdetective Dean Ezekiel Street, exmarido de Margaret Nelson.

«En un giro escalofriante, Street había secuestrado a la hija de una agente del FBI que investigaba el caso. La policía persiguió a Street hasta la azotea, donde se produjo un tenso enfrentamiento en el que intentaron rescatar a la niña. Durante la lucha, Street cayó al vacío y murió.

EPÍLOGO

Gwen Lansing sobrevivió al ataque de Street. Los médicos le dijeron que se recuperaría por completo, pero que llevaría las cicatrices, físicas y mentales, durante el resto de su vida.

McDade y su hija recibieron terapia, a veces solas, a veces juntas. Pasarían meses antes de que las pesadillas cesaran para ambas, les dijo el psiquiatra.

Algunas piezas de la investigación sobre Dean Ezekiel Street encajaron. Otras partes de la tragedia se convirtieron en objeto de especulación y teoría.

Tras revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad, los investigadores determinaron posteriormente que Street había estado siguiendo a McDade. También determinaron que Street había utilizado un cambiador de voz de alta calidad en su llamada telefónica para atraer a Wyatt y McDade al restaurante. Sospechaban que Street había optado por apuñalar a Gwen en lugar de dispararle para no arriesgarse a ser detectado con un disparo.

Pero no pudieron confirmar que Street fuera la Hidra. La comparación de su ADN con el de los anteriores asesinatos de la Hidra no fue concluyente.

A la incertidumbre se sumaba el hecho de que Street nunca había utilizado el mensaje completo del asesino en los homicidios de los Nelson. Como la mayoría de los investigadores del equipo de investigación del caso Hidra, Dean Street tenía conocimiento de que «No puedes» eran las dos primeras palabras del mensaje. Pero no estaba entre los pocos investigadores —McDade sí estaba entre ellos — que conocían el mensaje completo y verdadero.

—Y nunca se hizo público —le dijo esta a Wyatt.

McDade y los demás investigadores creían que Street había

utilizado sus conocimientos del caso para hacer creer que la Hidra era responsable de los asesinatos de Nelson.

El caso permaneció en los titulares durante varias semanas.

Con la ayuda de McDade, Wyatt escribió una serie de artículos sobre la tragedia de Starving Wolf. Su trabajo tuvo una gran repercusión y se habló de una nominación al Pulitzer antes de que *First Press Alliance* cerrara y Wyatt se encontrara sin trabajo. Recibió una indemnización por despido que le daría para varios meses, pero sus perspectivas de encontrar otro empleo en el sector periodístico eran sombrías.

Wyatt y McDade empezaron a quedar de vez en cuando para tomar café o comer, sin salir realmente; solo mantenían una amistad que había surgido a raíz de unos acontecimientos que habían cambiado sus vidas.

Tras todo aquello, Wyatt reanudó su búsqueda personal de respuestas sobre la desaparición de su hijo en el incendio del hotel.

Al revisar las fotos que le había enviado Tessa Van den Berg, una periodista de viajes holandesa, no encontró nada concreto, pero aun así le mandó un mensaje de agradecimiento.

Wyatt abrió entonces un nuevo correo electrónico de una pareja de Italia de la que casi se había olvidado.

> Estimado señor Ray Wyatt:
> Como le prometimos en nuestro correo anterior, le adjuntamos el vídeo que grabaron nuestros amigos canadienses durante nuestro encuentro en Banff. Fíjese, a los cinco minutos, en las personas que caminan detrás de nosotros al fondo, especialmente en el niño con la gorra de béisbol. No sabemos si esto le servirá de ayuda, pero lo compartimos con usted con la esperanza de que así sea.
> Saludos cordiales,
> Salvatore y Donatella Rossi
> Nápoles, Italia

El vídeo se reprodujo en la pantalla de Wyatt. Mostraba a una pareja de unos sesenta años abrazándose en Banff mientras la gente

pasaba por detrás de ellos. Alguien —era difícil saber si era hombre o mujer— llevaba en brazos a un niño con una gorra de béisbol blanca. El niño miró a la cámara menos de un segundo antes de desaparecer.

Parecía tener unos tres años.

A Wyatt se le cortó la respiración. Su corazón latía más rápido, la esperanza crecía.

Eso era nuevo. Reprodujo el fragmento una y otra vez, ralentizándolo; la cara del niño se volvía borrosa a cámara lenta, antes de desvanecerse casi al instante.

"¿Es mi hijo? ¿Es Danny?".

NOTA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado de *Hacia el fuego*, donde se presenta a nuestro protagonista, Ray Wyatt, que aparece en tres libros: este, *En la oscuridad* y *Réquiem*, que cierra la trilogía. La serie de Ray Wyatt está inspirada en mis experiencias como periodista. Si te ha gustado *Hacia el fuego*, espero que te animes a seguir acompañando a Ray en las otras historias.

Para dar forma a esta novela, he contado con el esfuerzo y el apoyo de muchas personas.

Gracias a mi mujer, Barbara, y a Wendy Dudley, por su inestimable ayuda para mejorar la historia.

Gracias también a Laura y Michael.

Y un agradecimiento muy especial a Tracy Turner y Jackie Olson, por ir más allá de lo esperado.

Quiero dar las gracias a los lectores. Porque sin vosotros, un libro sigue siendo una historia sin contar. Gracias por hacer una pausa en vuestras vidas y emprender este viaje. Agradezco profundamente a mi público de todo el mundo y a quienes me han acompañado desde el principio y siguen en contacto conmigo. Gracias a todos por vuestras amables palabras. Espero que hayas disfrutado del viaje y que eches un vistazo a mis libros anteriores mientras esperas el próximo.

No dudes en escribirme. Me encanta recibir mensajes. Aunque a veces me lleve tiempo, intento responder personalmente a todos.

Rick Mofina

https://www.rickmofina.com/
https://www.instagram.com/rickmofina/
http://twitter.com/RickMofina

http://www.facebook.com/rickmofina

Table of Contents

Hacia el fuego
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
EPÍLOGO
NOTA DEL AUTOR